

168

EL ESPAÑOL

2'50 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 10 - 16 julio 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 34

ABLAN OCHO MILLONES DE TRABAJADORES

DE IGUAL A IGUAL Y SIN COMPROMISOS DE PARTIDO

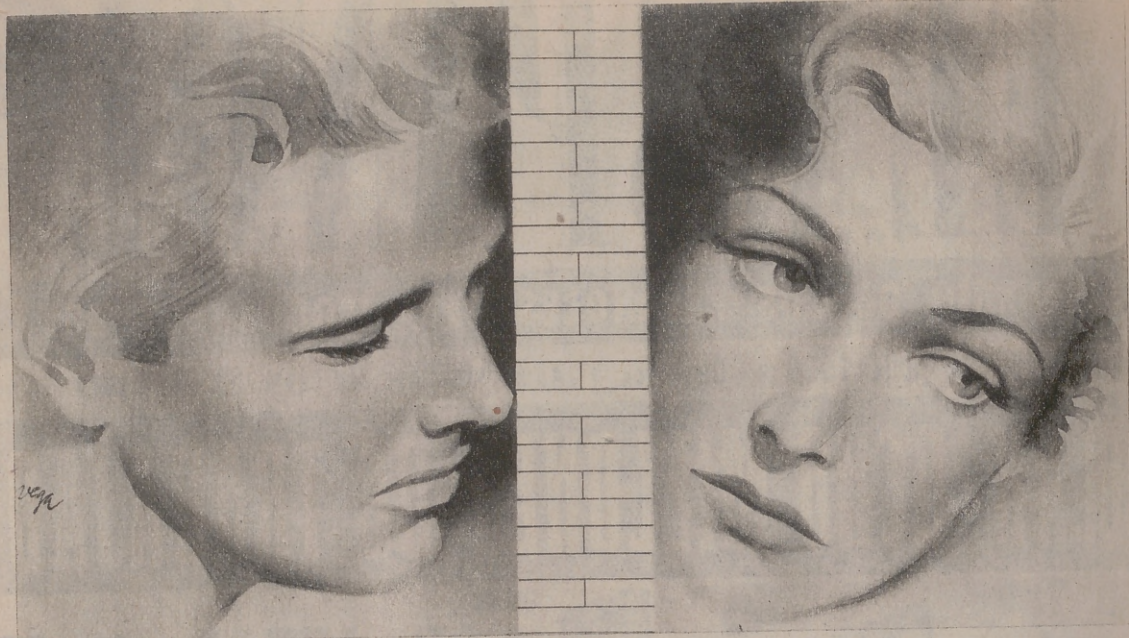
LA MAYOR MOVILIZACIÓN SINDICAL ESPAÑOLA DE TODOS LOS TIEMPOS



200.000 pesetas para Carmen Laforet, ganadora del Premio Menorca

(Página 12)

Carta del Director para don Cecilio (pág. 7) * Los II Juegos Mediterráneos, en Barcelona, por Santiago García (pág. 15) * Entrevista con Emilio Romero, por Diego Jalón (pág. 19) * Infantes, la ciudad más blanca de La Mancha, por nuestra enviada especial Blanca Espinar (pág. 25) * La investigación y fabricación de plásticos en España, por Jiménez Sutil (página 32) * El «Atlas general de España» del Instituto Geográfico y Catastral, por Ernesto Salcedo (pág. 44) * «La vida cotidiana de los Incas», un libro de Louis Baudin (pág. 48) * El Turia, torero por una apuesta, por José María Deleyto (página 51) * Túnez, moderna Babel, por Luis Antonio de Vega (página 56) * «Suceso en la playa de puerto Evora», novela de José Luis Azzaróni (página 22)



Un muro entre los dos...

Entre dos personas que se estiman se levanta, a veces, un muro infranqueable. No se han perdido la simpatía, ni el cariño, pero... hay defectos que no se perdonan. ¡Es tan desagradable reconocer el sudor por el olfato! Lo peor es que uno mismo no lo nota. Sólo nos enteramos cuando advertimos el desvío de los demás

ODO-RO-NO encauza la transpiración impidiendo que el sudor se concentre en sitios como las axilas, donde la piel se irrita y los vestidos sufren.

ODO-RO-NO, además, no "enmascara" como otros productos corrientes. Ataca la causa; desvía el sudor y sus efectos son duraderos y seguros.

ODO·RO·NO

**ELIMINA LOS DESAGRADABLES
EFECTOS DEL SUDOR**

ODO-RO-NO Normal (Rojo)

Para aplicaciones prolongadas. Seca en 20 minutos. Sus efectos duran hasta 4 días.

ODO-RO-NO Instant (Incoloro)

De acción más breve, pero instantánea. Sus efectos duran 48 horas y a veces más.

CREMA ODO-RO-NO

Se aplica como una crema de belleza. Práctico y cómodo. Tan eficaz como el líquido.

ATOMIZADOR ODO-RO-NO

Última novedad. Se maneja como los pulverizadores.

MUY PRACTICO PARA HOMBRES
y uso rápido y frecuente.



Concesionarios:

FEDERICO BONET, S. A. - Infantas, 31 - Madrid

HABLAN OCHO MILLONES DE TRABAJADORES

DE IGUAL A IGUAL
Y SIN COMPROMI-
SOS POLITICOS

La mayor movilización sindical española de todos los tiempos

Los trabajadores españoles van a celebrar su III Congreso Nacional. La Organización Sindical les ha convocado, una vez más, para que examinen y discutan libremente aquellos problemas sobre los cuales se centra hoy especialmente su interés.

Por la importancia indudable y la trascendencia cierta del acontecimiento, ofrecemos a nuestros lectores un extenso reportaje de esta gran Asamblea laboral. De lo que se sabe de ella en las vísperas de su celebración. Empezando por la descripción del escenario donde se reunirán los hombres que van a representar en este III Congreso Nacional ni más ni menos que a todos los trabajadores de España.

EN LA NUEVA CASA DEL SINDICALISMO ESPAÑOL

Como una alta advertencia de los tiempos nuevos se levanta, en el paseo del Prado, la impresionante Casa Sindical. Junto a grandes hoteles, oficinas de viajes y de empresas financieras, en pleno tráfico de la ciudad y en uno de sus barrios más nobles, la nueva Casa de los trabajadores de España se alza orgullosa y hasta nos atreveríamos a decir que soberbia, de no ser cosa bien sabida que es la sencillez una de las mejores virtudes de quienes sienten y batallan, principalmente, por el bienestar de los que ganan el pan con el sudor de su frente.

El Congreso va a celebrarse en el salón de actos más importante de la Casa, que en estos momentos vibra de autenticidad laboral en los grupos de trabajadores, a los que vemos golpear en plena tarea de acondicionamiento.

De un lado para otro van y vienen esos trabajadores que construyen su propia Casa de representación sindical. Ellos nos cuentan, entre paletada y paletada, ladrillo y ladrillo, interesantes cosas sobre las instalaciones del edificio, que va a tener entre sus



Arriba: En el castizo paseo del Prado se levanta la majestuosa mole de la nueva Casa del Sindicalismo español. Los organizadores del III Congreso de Trabajadores, reunidos, tratan de distintos asuntos relacionados con la próxima concentración.—Abajo: Trabajadores madrileños ante el cartel anunciador del Congreso

servicios una central térmica con seis calderas instaladas en serie y capaces de una potencia de 2.500.000 calorías hora. La circulación del agua se instala con ocho grupos electrobombas, que actuarán sobre un colector general de distribución, del que parten catorce ramales, uno por cada «barrio» de esa verdadera «ciudad vertical» que va a cubrir así sus necesidades de calor según la hora y las relaciones con que cada uno de los sectores esté con el sol.

El edificio no tiene radiadores, sino que su sistema calefactor está instalado por medio de «paneles radiantes» puestos en el techo o en el suelo, con el fin de ahorrar espacio y permitir también una mayor eficiencia y limpieza. Puestos en línea recta los tubos de calefacción de esta Casa llegarían de Madrid a Guadalajara y aun sobrarían seis kilómetros y medio de tubo.

En cuanto a la refrigeración, el gran grupo electrogénico y sala de transformadores también son muy interesantes los datos técnicos. Una potencia de tres millones de frigorías actuarán sobre el

clima estival de la Casa, hasta el punto que quizá, llegado el verano, puede darse el caso de que algunos trabajadores acudan, sin más causa justificada que la del calor, a resolver discutibles cuestiones a esta nueva Casa Sindical.

Y así nos hablan también del grupo electrógeno, de la instalación eléctrica, telefónica, de las dieciocho plantas del cuerpo central, dos de las cuales son subterráneas; de las hileras de ventanas, hasta rebasar el número de las dos mil entre todas las partes del edificio.

La sobrecogedora verticalidad de la nueva Casa Sindical va a estar servida por diez ascensores como complemento a la utilización de la escalera central, construida hacia el exterior; las tres escaleras laterales y las varias secundarias y de servicio.

El salón de actos donde se va a celebrar el III Congreso Nacional de Trabajadores es de grandes proporciones y llega hasta la parte trasera del edificio. Este salón está iluminado con luz cenital, que evita todo deslumbramiento y molestia.

La nueva Casa, central de los trabajadores españoles, con sus dos millones quinientas mil calorías-hora y sus tres millones de frigorías, además de otros muchos adelantos de la técnica, menos conocidos por el grupo de obreros con el que hablamos, constituye un gran edificio, en el que se instalan poderosos medios de eficiencia funcional.

Hasta hemos oído hablar de una emisora de radiodifusión que será la poderosa voz en el aire de los trabajadores españoles.

El cerebro y el corazón de la Organización Sindical de nuestro país va a ser alojado en ese gran alarde arquitectónico de verticalidad y de aprovechamiento funcional del espacio y la medida, pensando con un sentido matemático y sin tacañería. Este edificio se alza en un solar de setenta y mil metros cuadrados, de los que únicamente corresponden a la edificación cincuenta y ocho mil.

Setenta metros sobre el nivel de la calle, a los que hay que añadir los de profundidad de las plantas subterráneas, constituyen la gran columna de células sensibles, como las del cerebro desde las que va a moverse con sentido activo y también de atenta receptividad el gran mecanismo por el que se encausa, por vía natural y lógica, la representación de más de ocho millones de trabajadores españoles.

LAS ENTRETRELAS DEL CONGRESO. EXPECTACIÓN EN EL EXTRANJERO

Si. En el nuevo edificio, entre la airosa y atrevida arquitectura de la Casa Sindical, 600 trabajadores se reunirán el día 11. Entonces, todo estará en su punto; las Comisiones funcionarán con normalidad y el congresista encontrará alojamiento, ayuda y facilidades. Todo en orden. Pero hasta llegar ese día en que el telón se alza, muchos hombres se

han afanado estudiando detalles, resolviendo esas famosas «pegas» que aparecen en cuanto tratan de reunirse más de media docena de personas. Esos hombres son los miembros de la Comisión Organizadora.

En la Delegación Nacional de Sindicatos, estos últimos días el movimiento es extraordinario. A todos preocupa el Congreso y así todos tienen alguna participación en él.

—Juan Ramón Ginestal es un verdadero técnico en Congresos de Trabajadores. Imagine que ha tomado parte activísima en la Organización de los dos anteriores...

—Hable usted con Tarodo, que es uno de los que más saben de todo esto. Lleva varias semanas que no vive a fuerza del Congreso O bien.

Estos y otros hombres—y otros muchos hombres—son los que tienen en las manos los hilos de este complicado y complejo montaje del Congreso. Ellos escribieron dictaron, pensaron y solucionaron todo lo relativo a la vida de los congresistas, de su alojamiento—totalmente previsto—y de sus viajes.

No habrá confusiones ni barullo. Juan Ramón Ginestal, de la Comisión Organizadora del primer Congreso de Trabajadores, Vocal del segundo Congreso, conoce a la perfección cómo tejer la complicada trama de las Comisiones, Delegaciones y Secretarías. Hasta la cuestión de asiento a ocupar en el salón de actos en la Casa Sindical está bien estudiada. Cada asistente ha de tener desde el primer momento un sitio fijo, designado por la Comisión, que procurará agrupar a los congresistas por provincias.

La importancia de este Congreso de Trabajadores ha traspasado los ámbitos nacionales. De diversas organizaciones del exterior llegan representantes y telegramas de los agregados sindicales en Embajadas del extranjero no dejan lugar a dudas respecto a la expectación que esta reunión de trabajadores despierta fuera de España.

El agregado laboral británico, Mr. Corley Smith, aplaza sus vacaciones con el fin de asistir al

Congreso. Mr. Correl, agregado laboral de la Embajada de Estados Unidos, que ya asistió como observador al Congreso Regional de Burgos, dejará ver su alta estatura y su pelo blanco en éste. Así, de una y otra Embajada, personalidades conectadas con la cuestión laboral se hacen «reservar sitio» en la gran reunión de trabajadores españoles.

CUATRO CONCEPTOS EN EL HIMNO SINDICAL: PAZ, AMOR, HERMANDAD Y UNIDAD

Entre el ajeteo de la organización, entre el mare magnum de detalles, telegramas y comunicados llega un momento en que el perfil de lo que ha de ser el Congreso Nacional de Trabajadores se va dibujando claramente. Las Delegaciones Provinciales comunican los nombres de los congresistas; se sabe ya el número de Provincias, y en el salón de actos de la nueva Casa Sindical las obras avanzan vertiginosamente. ¿Todo está a punto? Todo, no. Hace falta un himno. Un Himno Sindical. Y hace falta un cartel y un emblema.

Lo del himno se trata de solucionar rápidamente. Alguien conoce al joven compositor, José Luis Navarro, y apunta su nombre. José Luis Navarro, hasta el momento autor de numerosas canciones modernas algunas de ellas bien conocidas, recibe el encargo de componer un himno. El famoso Himno Sindical. A los pocos días el maestro Navarro vuelve con su partitura debajo del brazo.

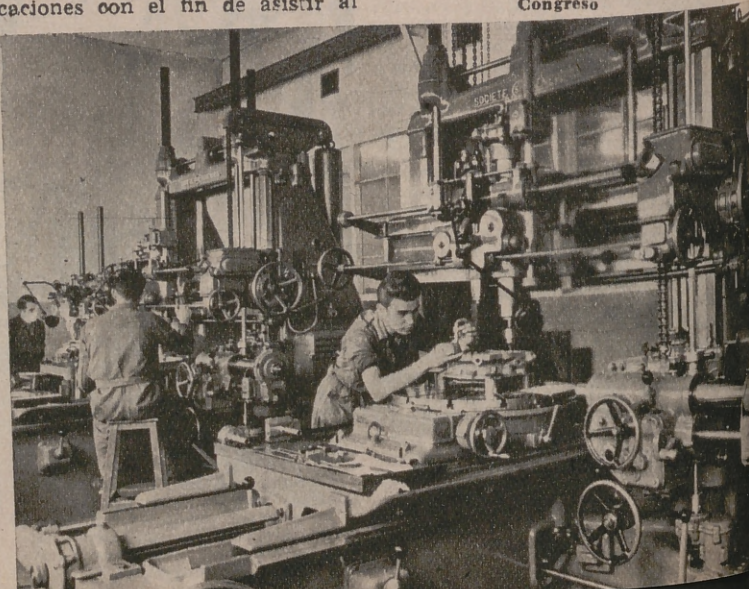
—Vamos a oír esto.

Y el Himno Sindical se escucha por vez primera. Es una melodía solenne y popular a la vez, honda y sencilla, sin caer en lo facilón. Una música que prende pronto en el oído. No hay discusiones.

—Este es nuestro Himno.

Un Himno de trabajo, de ritmo fuerte, en el que el compositor asegura ser mero transcriptor de esa fuerte musicalidad del trabajo mismo y de su ritmo.

Trabajadores de la industria española, mecánicos y metalúrgicos exponen sus problemas en el Congreso



Compuesta la música, falta la letra. Y el encargo de escribir la letra de la canción lo recibe el poeta extremeño Juan Solano. Alto, seco, enjuto, el autor de la letra de «Doce cascabeles» se pasa sus buenas dos horas en un café de barrio. Café tras café, y pitillo tras pitillo. La letra del Himno va surgiendo. Surge, de entre los conceptos de paz, amor, hermandad y unidad. Cuatro bellos conceptos. Luego, al día siguiente, en el mismo café, Solano vuelve sobre lo escrito. Más pitillos y más café. Pero esta vez el trabajo dura sólo media hora. La letra tiene ya la forma definitiva. Una letra de la que Dios no está ausente. Una letra en la que se habla «de justicia, de brazos heroicos y de esas luces nuevas de redención que empezaron a brillar el día de la recuperación de nuestros valores». Una letra sencilla, en al que se manejan vocablos y expresiones familiares dentro del trabajo.

UN CARTEL Y UN EMBLEMA: SENCILLEZ Y SOBRIEDAD. COMÚN DENOMINADOR

Para poder elegir el cartel del Congreso se hace necesario convocar un concurso entre pintores y dibujantes españoles. Y a la Delegación Nacional empiezan a llegar en buen número toda suerte de interpretaciones—hechas cartel—del acontecimiento. El Jurado del Concurso no vacila. Se elige uno sobrio y fuerte, un cartel de inmensa fuerza expresiva que después llena las calles y esquinas de Madrid con su rotunda llamada. El autor es Fernando Sáez. Sáez, que ha querido poner en el cartel, según expresión propia, «rotundidad en su concepto y sobriedad en el colorido, indispensables en un cartel político». Y también «rasgos de vigor y hasta de rudeza, que reflejen lo que es representativo del trabajo».

Por eso, sobre el sobrio y alegre azul de un cielo sin nubes, los brazos musculosos y enormes de dos obreros mueven, en el cartel de Sáez, el enorme emblema sindical. Fondo de fábrica, de

campo y de tractores. Porque Sáez también ha querido expresar el impulso y la fortaleza de una Organización como la de los Sindicatos, en la que el obrero es uno de sus más decisivos e importantes factores.

En el concurso de emblemas es Adolfo Balbuena, el veterano dibujante, quien se lleva el premio. Y es también la sencillez y la sobriedad del boceto lo que con vence al Jurado. Sobre un fondo de escudo con los colores rojo y negro, campea en relieve el emblema de la Organización Sindical en plata. Y alrededor de la inscripción: «Tercer Congreso Nacional de Trabajadores», también plateada y en relieve.

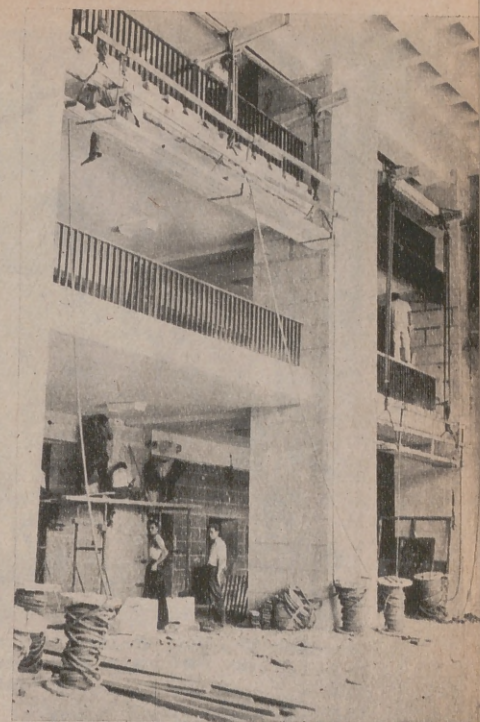
Emblema de una extraordinaria sencillez, cuya concepción y realización apenas lleva a Balbuena dos horas. Está convencido de que es la sencillez lo que debe de imperar, y a ello se atiene.

En la solapa de los 600 congresistas lucirá dentro de poco este emblema. Primero, como distintivo durante las jornadas de duración de las tareas del Congreso. Luego, como recuerdo de este gran acontecimiento de tanta trascendencia social.

600 CONGRESISTAS ANTE OCHO PONENCIAS.—UNA SALUTACION DEL DELEGADO NACIONAL

El total de los 600 congresistas formado por los trabajadores en activo elegidos en los diversos Congresos Regionales y por los Procuradores en Cortes que representan a los técnicos y obreros de los distintos Sindicatos nacionales. De tal modo que, dejando a un lado los Procuradores, para el resto no se han establecido más que dos requisitos para poder ser miembro del Congreso: estar en activo como trabajadores y haber resultado elegidos. O lo que casi es lo mismo: ser verdaderamente trabajador y contar con la confianza de los compañeros de trabajo. Con su voto.

Sobre el contenido de los ocho temas generales que ocuparán las sesiones del III Congreso Nacional de Trabajadores no es posible, a la hora de redactar este artículo, anticipar nada más que sus títulos. Porque hasta que no se discutan, casi nada



Los obreros trabajan a buen ritmo en el salón de actos de la Casa Sindical donde se celebrará el III Congreso de Trabajadores

se puede adelantar sobre las conclusiones que se aprobarán en definitiva.

Los ocho temas o ponencias generales a tratar son los siguientes:

- 1) La Empresa.
- 2) El salario.
- 3) La vivienda.
- 4) Formación Obrera.
- 5) Política Social Agraria.
- 6) Acción Sindical.
- 7) Seguridad Social.
- 8) Temas varios.

El actual Delegado Nacional de Sindicatos, don José Solís Ruiz, ha dirigido ya una salutación a los congresistas, de la que reproducimos el siguiente párrafo:

«Insistimos por tercera vez en el apartado y especialización de lo social dentro de nuestras reuniones nacionales, porque todavía es momento de matizar por separado este aspecto real de la vida del trabajo, el factor más sensible, porque es el hombre mismo con su urgente tarea para subsistir; pero quizá sea felizmente este III Congreso el remate de los anteriores Congresos Nacionales para llegar a la plenitud de nuestro sindicalismo que es la reunión de empresarios y trabajadores, fundidos en un objetivo común según la verticalidad de origen, que es la sustancia misma de la política sindical española, y es la experiencia asociativa que hemos de hacer triunfar, porque en ella está la paz social.»

Pero antes de alcanzar esta meta de intereses fundidos es menester que la selección representativa de los obreros españoles supere la tonalidad de los dos anteriores Congresos, como índice rotundo de madurez en el estudio y en el planteamiento de las cuestiones que lo justifican.

Estas palabras, que responden a una pregunta que muchos se han formulado—¿por qué en un sistema de sindicalismo vertical deliberan por separado empresarios y obreros?—nos señalan

Trabajadores del agro andaluz, castellanos de la meseta, labriegos de toda España dejaron oír su voz en Madrid





Las fachadas de las casas madrileñas aparecen cubiertas con los carteles anunciadores del III Congreso Nacional de Trabajadores

te otra interrogación: ¿Será este el último Congreso Nacional de Trabajadores?

La respuesta, a tenor de las palabras de Solís, parece que será, muy posiblemente, afirmativa. En las próximas Asambleas laborales seguramente dialogarán juntos empresarios y obreros.

Echemos ahora una ojeada a los dos pasados Congresos.

VISION ANECDOTICA DE DOS CONGRESOS

En noviembre próximo van a cumplirse los nueve años de la celebración de aquel primer Congreso Nacional de Trabajadores, que abrió una etapa de más amplio y fructífero diálogo dentro del cauce sindical.

Antes se celebraban regularmente Consejos Provinciales y Nacionales de Ordenación Social, y de esas reuniones se ha pasado a los Consejos Regionales y Nacionales de trabajadores, con los que se ha dado una amplitud mucho mayor a la representación viva de los distintos sectores de la producción.

El salón de sesiones del antiguo Senado, con sus escaños suaves, con sus recuerdos de altisonantes interpelaciones de respetuoso minué vitalicio, saben ahora bas-



Este es el emblema diseñado para los congresistas que asistan al magno acontecimiento en Madrid

tante de ese tono mucho más directo y hasta, a veces, duro que tiene el diálogo sobre problemas vitales de salarios, precios, pro-

ducción, reivindicaciones... con un lenguaje revolucionario que tenía que sorprender a lo que pueda quedar todavía de la vieja naftalina.

De la parte anecdótica del primer Congreso Nacional de Trabajadores se recuerdan todavía aquellas ramosas y apasionadas intervenciones del congresista Taboada, que pedía la palabra insistentemente, sin que la Presidencia le pudiese atender en todos los momentos en que lo deseaba. Cuando por fin aquel congresista pudo hablar a sus anchas comenzó con una poética intervención sobre Santiago, la estrella y Galicia, sin que ninguno de sus oyentes supiese dónde iría a parar todo aquello, hasta que concluyó en una protesta por la tardanza en poder hacer uso de la palabra. A aquella exaltación de Galicia correspondió el entonces Delegado Nacional de Sindicatos Fermín Sanz Orrio con un elogio del Noroeste y Navarra que logró los aplausos de toda la Asamble.

Al entusiasmo de aquel primer Congreso Nacional de Trabajadores, celebrado del 25 al 30 de noviembre de 1946, sucedería más tarde la madurez del temario y las ponencias del II Congreso Nacional, que tuvo lugar del 6 al 10 de marzo de 1951.

Entre las numerosas anécdotas del segundo Congreso Nacional de Trabajadores se recuerda la ocurrida en aquella Comisión que había de estudiar determinadas cuestiones agrarias. Lo primero que había de lograr en ella es la elección de presidente. Uno de los congresistas propuso a Eliseo Sastre del Blanco, dirigente sindical de Zaragoza, que había destacado mucho en el Congreso Social de la Tierra, en Sevilla. Entonces, un congresista nuevo pidió la palabra. Todos los asistentes se le quedaron mirando. ¿Se atrevería a discrepar de una opinión tan unánime? El congresista novato manifestó que no conocía a la persona propuesta y que le parecía poco serio dar el voto sin más ni más. Rogó entonces que el candidato se levantara. Eliseo Sastre complació al meticoloso congresista, quien, después de mirarlo de arriba a abajo, dijo solemnemente y con gran tranquilidad de espíritu: «Tiene buena lámina. Le voto».

OPINION

BOLETIN DEL INSTITUTO DE LA OPINION PUBLICA

PUBLICACION MENSUAL

36 PAGINAS

Suscripción semestral: 30 pesetas
Pedidos: al INSTITUTO DE LA OPINION PUBLICA

Monte Esquinza, 2

MADRID

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON CECILIO LEÓN DELGADO

SEGUN la ponderación de un morito que nos lustraba el calzado junto a la plaza de España, hay más limpiabotas en Tetuán que zapatos; pero usted, Cecilio León Delgado, «el Sevilla», es el número uno entre todos los betuneros de aguede y allende el Estrecho, el primero de Algeciras. Yo soy muy aficionado a las anécdotas de los limpiabotas y a observar las costumbres de este gremio, que varían en cada provincia española de acuerdo con los hábitos ciudadanos, constituyendo su trabajo en algún lugar una obra de arte, mientras que en Madrid hay betunero que durante los días de la semana, salvo el domingo, son albañiles o mozos de cuerda. Generalmente en Andalucía existe la delectación e incluso la manía por la limpieza del calzado, que tiene que brillar como los chorros del oro, a la misma manera de los peroles de cobre. Acaso se deba este virtuosismo de los «limpias» a la sobra de tiempo y a un atávico dominio musulmán de los cueros y los cordobanes, que los deja suaves y resplandecientes. Por esta razón en Algeciras, donde se espera el paso para África y donde se juntan las influencias arábigas heredadas y los efluvios de un Marruecos islamizado, es donde hay más diestros y más duchos limpiabotas a disposición de los que vienen y se van de la Península, quienes desean entrar con pie reluciente, con buen pie, o salir con las extremidades regolinadas.

Frente a la Estación Marítima y al muelle en el que atracan los transbordadores, al modo de un escaparate variopinto, despliegan sus toldos y sus mesas los bares y cafés más concurridos del puerto. Aquello es un hormiguero de gente impar, desde el fraile exótico que bebe sin descanso copitas de ojen al corro de señoritos andaluces, que luego resultan ser marroquíes. Desde los guitarristas ambulantes al que toca el violín a una viuda, o a esa señora que parece espía y es de Albacete, o al sargento legionario, o a las dos escandinavas con pantalones largos y tacón alto, a punto las dos de bailar el mamenco. Se ha condensado el bullicio expectante, porque el rebaño de colonos franceses que llegan del «Maroc» ha roto las líneas clásicas de la ciudad, ya que dos veces cada día hay un trasiego de estos turistas, que buscan en la paz de Franco lo que no tienen y ansian. Entonces podría suponerse que ustedes no darían abasto ante tanta sollicitación de pulcritud, como si los señores académicos de la Española se sintiesen requeridos por un alud de vocaños en demanda de su lema, que, con todos los respetos y pidiendo perdón por adelantado, es idéntico al de los betuneros, o sea el de «Limpia, fija y da esplendor».

Pues bien; fué entonces cuando le conocí, señor «Sevilla», porque estos evadidos del Marruecos francés, huyendo de la quema durante sus vacaciones, gastan muy poco o no gastan nada, habiendo excluido de su presupuesto la limpieza del calzado. El rumbo no va por ahí, sino por otra parte, sino, por ejemplo, en 1924, don Miguel Primo de Rivera desembarcó en Algeciras y ya era Dictador, y habíanse presentado para recibirle las autoridades y la multitud. Usted se acercó también, y bastante cerca, casi a su lado, porque alternaba su oficio con el de maletero. Hubo algún officioso que le dijo, y con la voz muy hueca: «¡Largo, que éste es un sinvergüenza!» Don Miguel, que era un caballero, replicó rápidamente: «Estos sinvergüenzas son los que me gustan a mí...», ordenando que le entregasen una maleta para lle-

varla al hotel María Cristina, y después le pagó cinco duros. Usted, señor «Sevilla», me ensalzaba la dádiva con unas palabras semejantes: «Cinco duros de los de hace más de treinta años»; porque usted concede a la cronología lo suyo y se acuerda del Algeciras de 1920, que enfrente del Peñón, debía ser un Algeciras colonial. Desde la Roca secuestrada, los ingleses extendían su soberanía en torno, aprovechándose de la afabilidad del andaluz y de la debilidad o vasallaje del Estado español. La bahía de Algeciras era el espejo de nuestras desgracias y del abuso de los pícaros, porque, en apariencia, la vida era fácil, tal vez para que resultase más cómoda y barata a los que habían iniciado su residencia allí con un acto de rapiña.

Me recordó usted que el actual hotel Marina Victoria, de don Miguel, el de Montejaque, se llamaba la fonda del «Bisté», en la que se comían cinco platos por tres pesetas. Sin embargo, usted no añoraba tales gangas gastronómicas, porque, don Cecilio León Delgado, usted es un patriota que ha visto demasiado y sabe dónde le aprieta el zapato a cada persona. En aquel momento de nuestra conversación había bruma tupida en el Estrecho, y el Peñón desaparecía tras un telón de niebla, como si fuera preferible que no le contempláramos en aquel instante de nuestro diálogo, ya que la mayor parte de las veces se nos ofrece obsesionante, agresivo, metiéndose en los ojos hasta el cerebro. Junto a la fonda del «Bisté», donde existen «Las Delicias», tres toneles de vino eran el pretexto para jugar en la trastienda a lo prohibido y a lo más prohibido. Era una Algeciras que no había alcanzado coturno a pesar del Tratado de su nombre...; aunque ignoro, señor «Sevilla», si los coturnos hay que lustrarlos con crema, con betún o con cualquier líquido mágico del Olimpo. Fué una suerte para usted, que tiene amor propio propio betunero (el número uno, según indica la chapa esmaltada concedida por el Ayuntamiento), que Algeciras no calzase coturno, pues se hubiese encontrado en un aprieto si hubiera sido menester limpiárselo. Por Algeciras ha transitado todo. Todo lo bueno y todo lo malo, o más bien lo malo que lo bueno, hasta ahora, en que el signo de Algeciras principió a cambiar, lo cual se nota en que el tropel de pequeños contrabandistas que asediaban al huésped de las terrazas de los bares y cafés ya no existen como antes, que era la peor y más triste de las plagas.

Esos guardias municipales son más elegantes que los británicos, las construcciones españolas prestan a la ciudad un aspecto novísimo, respirándose un aire de libertad y de independencia, que usted echaba de menos en la juventud. Algeciras es el punto de fricción de Europa y de África, pero se obtiene una chispa pacífica y luminosa, porque España y el Marruecos español gozan de una paz única e indivisible, mientras que el resto del Norte de África es una bomba de relojería retardada y Europa es un mito. Me entran ganas de ensartar un discurso con esta tesis, no obstante el apaciguamiento del contorno y de la melodía que se desprende de un violín en manos de un bohemio. Hay calma alrededor, porque el vecindario se ha marchado al partido de fútbol o a los toros de San Roque. El telón de bruma se ha levantado y aparece Gibraltar acosándonos con su ignominia. Para que mi discurso o mi carta en esta ocasión a usted, señor «Sevilla», no fuera de otro tono, yo también me levanto y me voy.

Distribución exclusiva de EL ESPAÑOL en la República Argentina

QUEROMON EDITORES, S. R. L. :: Oro, 2.455 :: BUENOS AIRES

Distribución exclusiva en Méjico:

QUEROMON EDITORES, S. A. :: Revillagigedo, 25 :: MEJICO, D. F.

UN SOFISMA AL DESCUBIERTO

SE ha dicho que los fundamentales errores del pensamiento contemporáneo radican en una ausencia sistemática del pensamiento. Y no es ésta una fácil paradoja. ¿Cómo se ha podido, en efecto, atribuir categoría de certeza infalible a un concepto como es el de la opinión, que desde siempre sirvió para expresar exactamente lo contrario? La opinión, sea privada sea pública, es sinónimo de un estado provisional de la mente, cuya característica es la fragilidad y la disposición hacia una sucesiva y más prudente revisión.

Sin embargo cierto fetichismo de nuestro tiempo pretendió erigir la opinión pública en un imperativo terminante ineludible definitivo; y no se dieron cuenta los libertarios autores de tal doctrina de que acababan, en el deseo de fosilizar lo transitorio, de privar el concepto de opinión también de su íntima, aunque provisional, validez intelectual.

El primer deber de cuantos quieren responder a la obligación de resistir a tal forma de fetichismo es el de situarse en una postura de equilibrio entre los dos extremos errores de divinizar la opinión pública o de negar a ella su legítima autenticidad. Creemos que la mejor forma de plantear el problema de la opinión pública en sus justos términos es la de dirigirse con honradez natural y cristiana, a través de los órganos habituales de la información, a quienes constituyen el sujeto vivo de la misma opinión: el público ya no es el público en este sentido de honradez cristiana; el público se convierte en prójimo. De tal manera el periodista católico se encuentra con unos deberes de responsabilidad y de moral superior cuya esencia trasciende el campo definido de una simple honestidad profesional.

De una claridad providencial y de una acuciante actualidad han sido a este propósito las augustas palabras del Sumo Pontífice en su reciente intervención en la audiencia concedida a los miembros del Sindicato de cronistas romanos. En su alto magisterio, Su Santidad el Papa ha querido recordar, una vez más, a los periodistas católicos la dignidad y responsabilidad social de su profesión, precisamente en el sentido de prevenir contra el peligro de considerar la profesión periodística como una gratuita o arbitraria información de hechos fuera de toda discriminación moral. «Y esto porque hechos insignificantes en sí mismos incitan con frecuencia a reacciones efectivas que no están proporcionadas a la importancia real de los

mismos hechos.» Tal desproporción nos parece, a bien ver, una directa consecuencia de la desproporcionada importancia que el periodismo irresponsable, del que hablábamos antes guiso atribuir en un principio a la «opinión» del público, sin saber que esta opinión no preexiste muchas veces a la información, sino que de ella se origina. Este círculo vicioso es una nueva confirmación de que el supuesto «pensamiento» liberal, cuya negatividad contaminó gran parte del mundo actual, radica en un sofisma ingenioso y contradictorio, además de ser, por sofisma, esencialmente opuesto a todo sentido ético del pensamiento. He aquí, nos parece, el objetivo amoral contra el cual el periodista católico no puede dejar de enfrentarse en su labor cotidiana.

«Vosotros—añade el Sumo Pontífice en su allocución—tenéis el deber de prevenir esas deformaciones y remediarlas, siempre que sea posible..., en un espíritu de comprensión sincera y de caridad generosa.»

Desde las premisas cristianas de este nuevo concepto de auténtica colaboración entre el informador y el lector, surge, por espontánea exigencia, la «opinión pública» en su acepción correcta de legítima postura de prudencia intelectual. Bajo este aspecto es posible llegar a una rehabilitación completa de ese «slogan» hasta ahora contaminado: opinión pública. Es ésta, según palabras hace tiempo pronunciadas por Su Santidad Pío XII, «un patrimonio de toda sociedad normal compuesta de hombres que, conscientes de su conducta personal y social, están íntimamente ligados con la comunidad de que forman parte. Ella es el eco natural, la resonancia común, más o menos espontánea, de los sucesos y de la situación actual en sus espíritus y en sus juicios.»

También en el campo de la información, como en todos los sectores de la técnica asociativa, es oportuno y necesario el llamamiento pontificio a la responsabilidad profesional del súbdito cristiano y a la conciencia activa y constante de sus deberes morales. La edificación colectiva y eficaz de un bien común, basado en el juramento de un destino nacional integralmente renovador, exige una previa revisión de todo mecanismo jalaz de la cultura con que en otros países las fuerzas anárquicas del liberalismo arrastraron a los pueblos.

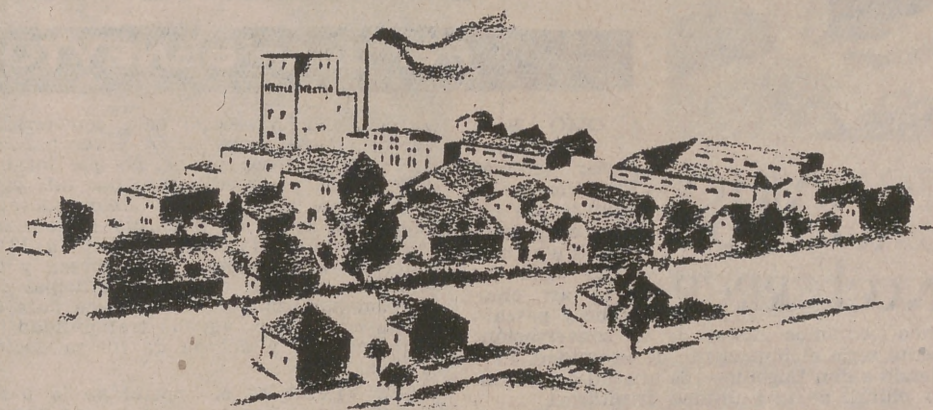
EL ESPAÑOL

**RELLENE Y ENVIE HOY MISMO ESTE BOLETIN
PARA CONOCER
POESIA
ESPAÑOLA**

LA MEJOR REVISTA
LITERARIA, QUE SOLO
CUESTA DIEZ PESETAS

Don
que vive en
provincia de, calle
... .., núm.
desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS,
un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

PINAR, 5 — MADRID



1905

1955

Cincuentenario
FABRICA NESTLÉ

La Penilla (Santander)

Desde 1905, la Fábrica NESTLÉ de La Penilla viene elaborando alimentos y productos dietéticos que, por su calidad, merecen la confianza del público y gozan del máximo prestigio.

Ahora, al cumplirse los 50 años de su instalación, deseamos expresar nuestra satisfacción y reconocimiento a los innumerables consumidores que día tras día distinguen con su preferencia a nuestros productos.

NESTLÉ



La marca de calidad para alimentos y especialidades dietéticas.

LAS TRES IMPACIENCIAS DE VICENTE FERRER

Por Juan BENEYTO



CENTENARIO ANONIZACION DE VICENTE FERRER

COMO San Francisco Javier, también San Vicente es hombre que carecía de paciencia. Eugenio d'Ors solía decirlo así charlando y paseando, cuando podíamos gustar de su conversación: San Vicente sería el impaciente de la unidad. Pero —corrigiendo a don Eugenio— ¡de una unidad multi-forme o plural, de una unidad trinitaria!

Porque no es una, sino trina la unidad que apeete Vicente. Busca la unidad de la Iglesia, destrozada por el Cisma y en trance de crisis a punto de ser resuelta, por la obra auspiciada por el Santo en el Cicilio de Perpiñán; busca la unidad del reino en aquella corona aragonesa que se encontraba sin sucesión y que buscó salida en el Compromiso de Caspe, obra principal de Vicente, y, en fin, busca la unidad de la ciudad y de las ciudades, destruidas por la presencia de las minorías raciales y confesionales por esa judería a la que quiso convertir en la controversia de Tortosa, y por las banderías de los nobles y de los burgueses, de las familias y de las ligas, a los que el Santo trata de reducir con sus intervenciones...

Si San Vicente dió un consejo, fué el de la unidad. Esa es la fruta que asoma en su árbol y lo que debió decir a cuantos le preguntaban por fórmulas políticas, a reyes y a príncipes, a regidores, a jurados y a amigos.

En Vicente, la primera impaciencia de unidad es la de la Iglesia. La unidad de la comunidad cristiana le parecía tan valiosa que pide que se procure «a cualquier precio». ¡Qué gran lección para nuestro mundo y qué anticipo de las preocupaciones pontificias sobre la unidad de la cristiandad! La deliberación de Perpiñán, inspirada por San Vicente, concluye los trabajos del Concilio con una súplica al Papa para que promoviese la unión «renunciando o por otro medio, sin que ninguno fuese excluido» es decir, ¡hasta acudiendo al mismo Concilio general!

La segunda impaciencia de unidad es la que sigue a aquélla en valor: la unidad del reino. En Caspe se ofrece la unidad como conveniencia del pueblo, solución venida de lo alto, por inspiración divina, y apoyada en una tradición cultural. Un hombre como Vicente, que procedía de un reino cuyo rey lo era a la vez de otros reinos—es decir, allí donde la realeza fué más que nada uno símbolo—, reiteraba la terminología aristotélica: «El mejor régimen para un pueblo consiste en ser gobernado por un solo hombre.» ¡Es disparatado pensar en la unidad española sobre la unidad de la corona de Aragón, que al mismo tiempo era unidad encima de Cataluña, de Aragón, de Valencia y de Mallorca? ¿Castilla y León no podían añadirse como florones de esa diadema? ¿No éramos todos hispanos?

La tercera impaciencia de unidad nos la propone la ciudad, aquella «civitas» cuya trabazón estribaba en la concordia y cuya vida presidida la justicia, doblemente rota en aquellos siglos. Las banderías de los nobles, las ligas y los ayuntamientos de los poderosos, con no menor daño que el ocasionado por las juderías, fracciones étnico-confesionales nunca asimiladas. Los bandos constituyen un fenómeno general. No sólo fueron cosa de Valencia, porque las Cortes castellanas de Guadalajara en 1390 y de Madrid en 1392 ocupan—y

pierden—mucho tiempo para someterlos. Pero en Valencia tuvieron volumen y resonancia grandes. En Valencia hubo un obispo que formó parte de la bandería, y otro que tuvo que interponerse, vestido de roquete, ante los alborotadores. En Aragón el ambiente de discordia lo revelan numerosas ordenanzas locales, en torno a 1391, que regulan para Zaragoza, para Huesca y para otras villas un régimen electoral municipal distinto: la elección por azar, que se justifica para imponer el «statu tranquillo», aquella tranquilidad hecha concepto político y dotada de fuerza doctrinal errónea.

San Vicente es el apóstol de la paz en todas partes, pero sobre todo, de la paz que más directamente nos inquieta: la paz urbana. Por él cesó la discordia, vista entonces—y aun hoy—como el mayor mal que la ciudad puede tener, cosa la más peligrosa y cruel aún, decían las gentes de aquel tiempo, comparada con la guerra misma. Con la judería buscó igualmente la paz. Aunque luego se acuñara a la expulsión, ¿quién sabe si de haber atendido a San Vicente las cosas hubieran desarrollado otro perfil? Porque un gran investigador judío señala que la disputa de Tortosa, por la que Vicente trata de convertir a los hebreos españoles, no es un eslabón más de la cadena que enlaza las persecuciones con la expulsión. Quizá el último acto de la tragedia judeoespañola hubiese sido representado de otra manera si la disputa tortosina acabara por dar un postrer apoyo a la judería española. San Vicente, al convertir al médico de Beneditó XIII, Josua Halorki, transformándolo en el apasionado converso Jerónimo de Santa Fe, ocupa puesto de protagonista.

Se suele hablar del Santo—quizá por un exceso en la versión francesa, que pone la política en la primera plana—como de un hombre de acción, influente en ministros y en príncipes, cuando más bien fué hombre de reflexión, cuya conducta marcó pautas antes de que se le pidiesen fórmulas verbales. Cuando se lee aquello de ciertos biógrafos de que Vicente se convirtió en el ministro de algún rey, se olvida que sólo podía ser instrumento de un único monarca: del Rey del cielo. Por ser ministro de Dios pudo tener su palabra tal aureola, y por vestir con ella las grandes verdades se ofreció como símbolo de paz.

Un predicador ofrece motivo para meditar sobre la fuerza de la palabra. Pocas veces el símbolo verbal ha llegado más arriba. Pero también en pocos santos se puede descubrir una dimensión humana tan profunda. La voz no sólo está en San Vicente viva, sino que encuentra ese punto de sabor del membrillo que se guarda entre las ropas...

Con la palabra de Cristo, la de Vicente ilumina a los hombres con el favor del Espíritu Santo. La unidad de la Iglesia, como conjunto y comunidad creyentes, hace romper el mito de Babel. Con amor, todas las lenguas son comprensibles. La caridad paulina se hace misericordia: del vínculo de la carne se pasa al vínculo del corazón. Y ése es—me parece—, después de tantas interpretaciones, la clave de la popularidad vicentina. Porque habla para unir, porque no duerme pensando en la discordia, en la dispersión, en la falta de unidad.

Valencia está celebrando este año a Vicente Ferrer. La significación humana de esta celebración tiene dos fechas centrales en dos Congresos: el de la Palabra y el de la Paz. Pero si sobre los dos no hacemos volar, entre la voz y el ramo de olivo, a la enseña que dibujaba el índice de la mano de Vicente, faltará el arquitrabe de tan bella cornisa.

VICENTE BOSCH



Reproducción del cuadro al pastel de R. CASAS

*ES EL
MEJOR
LA CIENCIA
LO DIJO
Y YO NO
MIENTO*

DELICIOSO CON
HIELO Y SELTZ

**ANIS
DEL
MONO**

EXPECTACION ANTE UN PREMIO LITERARIO

LAS DOSCIENTAS MIL PESETAS DEL "MENORCA" PARA CARMEN LAFORET

"La mujer nueva" es una novela de fondo escrita con sencillez para que pueda llegar a todas las manos, dice su autora

PRIMERO, MIS HIJOS
DESPUES, MIS NOVELAS

EN 1956 SE PREMIARA UNA BIOGRAFIA



Monseñor Albareda muestra el cheque de 200.000 pesetas

LA sala de exposiciones del piso primero de la Biblioteca Nacional se encuentra más que llena de gente. Son las nueve de la noche del día 30 de junio de 1955. Dentro de unos momentos va a ser conocido el resultado del Premio «Menorca». Doscientas mil pesetas pasarán a poder de un afortunado autor o autora de una novela. El Premio «Menorca» es hoy el más importante en cuantía de España. Ningún otro llega a los cuarenta mil duros.

Poco antes de las nueve y media el amplio estrado comienza a llenarse de miembros del Jurado: Síntes Obrador, monseñor Albareda, almirante Estrada, Cerviá, Castillo Pucho, Victory, Escobar, mosén Ribera, Carranza, Rídruejo, Torrente Ballester, Fernández Almagro y Rubió. El señor Rubió es el mecenas donante del Premio. Muchas miradas se dirigen a él. Porque ver de cerca a un hombre que se desprende generosamente de tal cantidad de dinero es también cosa poco corriente.

El director general de Archivos y Bibliotecas, señor Síntes Obrador, inaugura la sesión pública. Y habla del premio, del sistema bicameral, de eliminación de las obras, de la finalidad de sostener y promover las calidades literarias en España y de los premios futuros. Para el año que viene el premio se concederá a la mejor biografía; para el otro a la mejor obra de investigación, útil y provechosa para la Nación.

Cuando termina de hablar, en la sala se nota un movimiento como el de las olas contenidas en los estanques. Hay mareo, flujo y reflujo, tensión y cargazón en el ambiente. Por la mañana

se sabía que eran ya cuatro los finalistas: Tomás Salvador, Mercedes Ballesteros, Carmen Laforet y Mariano V. Pacheco. Dos mujeres contra dos hombres.

El secretario del Tribunal, José Luis Castillo Pucho, comienza a hablar. Y da a conocer el resultado de las votaciones previas. Junto a nombres conocidos, nombres de calidad—Emilio Romero, Mercedes Ballesteros—, había otros totalmente desconocidos, como ese alumno de la Escuela Oficial de Periodismo, Pedro Perdomo Azopardo. Luego, de los cuatro finalistas anteriores, dos caen por la decisión del Jurado. Y quedan para la votación final Carmen Laforet y Mariano V. Pacheco, seudónimo éste del poeta José María Valverde.

Uno a uno, los miembros del Jurado van a emitir su voto, mediante papeleta en un recipiente de paja. Primero empieza Castillo Pucho, y termina Síntes Obrador.

Momento de intensa emoción. Se va a dar lectura a los nombres.

—Carmen Laforet—es el primero.

—Carmen Laforet—es el último.

Once votos contra dos es el resultado numérico y final del premio. Carmen Laforet ha ganado en justa lid un importantísimo galardón.

Monseñor Albareda muestra entre sus manos el cheque a favor del portador, de doscientas mil pesetas. Y es el mismo monseñor Albareda el que, dirigiéndose a la sala, pregunta:

—¿Está presente la señora doña Carmen Laforet?

Desde el público, una voz femenina contesta:

—Está veraneando en Arenas de San Pedro.

Vuelve monseñor Albareda a preguntar:



El notario don Alejandro Pérgamo Llabrés examina el cheque

—¿Y no hay nadie que la represente?

Miradas entre sí de los circunstantes. Tal vez se esperaba que su marido estuviera presente.

—Entonces se levanta la sesión y depositamos el cheque en manos del notario don Alejandro Pérgamo Llabrés.

Los corrillos comentan, el público habla y la gente comienza a salir. Un hecho cierto se ha producido. Son poco más de las diez de la noche: Carmen Laforet, nuevamente, se ha convertido en figura del día.



La novelista premiada, Carmen Laforet, en su hogar

**PRIMERO, MIS HIJOS;
DESPUES, MIS NOVELAS**

La novelista vive en una casa de la calle O'Donnell, de Madrid; en el sexto piso del número 38. Bastante cerca del cielo, tal vez como si en las nubes estuviera su inspiración o por mejor contemplar la ancha ciudad donde pueden existir esos personajes que ella perfila, crea y da vida a través de la gracia y del pulso de su arte de novelar.

La casa de Carmen Laforet no es muy grande; es un piso pequeño, donde vive sin estrecheces, pero tampoco sin extensiones, un matrimonio con cuatro hijos. Porque Carmen Laforet tiene cuatro hijos. Tres niños y un niño. Las niñas se llaman Marta —que es la mayor y tiene ocho años—, Cristina—que es la segunda, con un año menos—y Silvia —que es la tercera, con cinco cumpleaños en la cuenta de su vida—. Y después está Manolito —el menor—, que no llega a cumplir los tres todavía.

—Mis hijos son antes que cualquier obra literaria.

El tópico furibundo de la novelista inflada no tiene presencia en Carmen Laforet. Ella—sencillez, armonía y dulzura—es un ama de casa perfecta, una esposa amorosa y una madre total. Después, siempre después, la literatura. Por eso Carmen Laforet, antes que nacía, es una mujer ejemplar, una mujer inmersa, por y para siempre, en su familia de cinco individuos: Manuel González Cerezales, su marido, y los cuatro retoños revoltosos que gritan que corren que cantan y que rien.



El público presencia la última votación del Jurado

Los pequeños necesitan aire nuevo, aire serrano. El verano es la época justa para ello. Cuatro hijos, a pesar de lo que pueda dejar una novela de la categoría de «Nada», traducida en siete u ocho países, son motivo de sacrificio. Y no hacen, pues, que el veraneo sea en lugar de lujo, en lugar de precio caro. Carmen Laforet este año se fué a veranear a Arenas de San Pedro.

—Nadar, correr entre los pinos, jugar con los pequeños: estas eran mis ocupaciones en el pueblecito de Avila hasta el mismo día del fallo.

Hasta la noche del mismo día del fallo. Pues el teléfono sonó, poco más o menos, a las diez y media de la noche. Y, eso sí, Carmen Laforet esperaba la llamada. En su interior aguardaba —¿por qué no?— la buena noticia. Y la buena noticia llegó. Su marido fué el primero en comunicársela.

Luego, Carmen Laforet regresó a su casa. Allí le esperaban, un poco ajenos al acontecimiento, los veraneantes menores. Al entrar en casa, Marta, la mayor, salió a recibir a su madre. Y la madre dijo: —¿Sabéis? Me acaban de dar un premio con mucho dinero. La pequeña, alegre, tuvo su respuesta:

—¡Ahí va, mamá! Con todo el dinero que tú tienes ya...

Y luego, inocentes, se fueron contentos, porque su madre lo estaba, a dormir.

Carmen Laforet también se fué a dormir. Sin embargo, quierase o no, las dos de la mañana le dieron con los ojos abiertos.

ANTES DE «NADA», NADA

A la mañana siguiente del premio, la ganadora estaba ya en Madrid. Hay en la casa de la escritora un silencio absoluto, sólo interrumpido por el continuo tintineo del timbre del teléfono. A juzgar por el timbre, Carmen Laforet debe tener muchas amigas en Madrid.

—¿Eres tú, Carmen? No sabes cuánto nos hemos alegrado en casa. Te visitaré esta tarde



Carmen Laforet en 1926, con su abuela doña Carmen Altolaguirre y sus hermanos Eduardo y Juan



Los cuatro hijos de Carmen Laforet: Marta, ocho años; Cristina, siete; Silvia, cinco, y Manolito, casi tres

La novelista se ha levantado muchas veces durante la entrevista. Ha respondido a todas las llamadas. Siempre la misma despedida:

—Gracias. Sí; ven cuando quieras. Hoy no saldré de casa. En la pequeña salita donde la escritora nos habla de su novela, de sus novelas, hay unas largas

estanterías repletas de libros. En las paredes, acuarelas, dibujos, un carbón de Borrell que representa a Carmen Laforet con algunos años menos, al fondo un retrato al óleo de su marido, aguafuertes de Castro Gil y un cuadro de Prego.

—Esta fotografía me la hicieron cuando yo escribía «La isla y los demonios».

—¿Qué tiempo tardó en escribir esta novela?

—No recuerdo exactamente. Para escribirla volví a andar los mismos pasos de mi niñez por aquellas tierras. Me interesaba mucho dar el paisaje tal y como yo lo había visto en mi infancia.

—¿Había usted escrito mucho antes de «Nada»?

—Antes de «Nada», nada. Fue mi primera novela. Había publicado algunos artículos de periódicos. Por uno me dieron mi primer premio: mil quinientas pesetas. Era algo que se refería al Día de la Madre. «Nada» tardé un año en escribirla. Había ya terminado la guerra, yo venía de Canarias, donde no había pasado nada, y, al llegar a Barcelona, me impresionaron los tipos y el ambiente de algunos personajes.

—¿No hay en «Nada» algo de autobiografía?

Carmen Laforet se sonríe. Esto de si sus novelas son o no son autobiográficas es algo que la crítica siempre aborda.

—No. No es autobiografía. Lo único que la novela podría tener de mi vida es que yo nací y viví en la calle Aribau, y la calle Aribau sale en la novela. Nada más.

—¿Cómo juzga usted ahora después de los años, su primera obra?

—Yo sigo sin entender nada de la crítica de mis libros. «Nada» va por la décima edición. Se ha traducido al francés, italiano, alemán, sueco, danés, portugués. Ahora se va traduciendo al inglés. En la edición alemana lleva otro nombre. El nombre de la protagonista: «Señorita Andrea».

Mientras habla, Carmen Laforet va sacando de un mueble-biblioteca un montón de libros con un mismo título en muchos idiomas.

—¿Ha recibido usted cartas particulares del extranjero hablándole de su novela?

—Sí. Muchísimas pero no guardo ninguna. Recuerdo que Juan Ramón escribió un artículo con muchos elogios.

—¿Después de «Nada»?

—Dos o tres años sin escribir. Me casé y comencé a tener chicos. Ocho años más tarde escribí «La isla y los demonios». Antes había publicado muchas colaboraciones literarias en «Destino» y habían salido muchos cuentos míos. Un tomo de estos cuentos se titula «La muerta». Ahora se publicará un volumen que recoge mis novelas cortas.

El cuento, para una madre puede parecer cosa fácil. Porque siempre hay que entretener a los hijos, para que no den esa ingenua «guerra» que es delicia de los padres. Aunque ellos por el exterior regañen a los «guerreros».

—¿Les cuenta usted a sus hijos muchos cuentos?

—Pues, no. Al contrario, son ellos los que me los cuentan a

mi. Las dos mayores tienen una imaginación portentosa.

Y Carmen Laforet da vueltas entre sus manos, gozosa, al libro que está leyendo: «Ocho-cero quince. La original rebelión del cabo Asch», de Hans Hellmut Kirst.

«HE QUERIDO QUE MI NOVELA LLEGUE A TODAS LAS MANOS»

En los estantes pueden verse bastantes libros de ciencias naturales. El mundo fantástico de los animales, de las plantas, de la Naturaleza es para la escritora su actual ocupación preferida.

—Son estos libros de ciencias los que me entusiasman. Aunque pueda parecer mentira, novela leo muy poco. Es más, no recuerdo ahora mismo cuál fue la última.

Hay que entrar ahora en lo que precisamente pasó ayer: en «La mujer nueva», el título de la novela que acaba de conquistar el Premio «Menorca».

—¿Cuál es el argumento de su obra?

Carmen Laforet se ríe y mira hacia arriba con ingenua sinceridad:

—Hombre, eso ya lo leerán ustedes en el libro cuando se publique.

—¿Hay en esta obra algo de autobiográfico?

La respuesta es cortante, como una arista dura:

—No; tampoco. Lo de decir que mis novelas son autobiográficas debe de ser una moda del tiempo.

Las novelas de Carmen Laforet, hasta ahora, han tenido en la geografía una localización precisa y exacta. Siempre el lugar, la ciudad o el paisaje, en su juego, han sido verdaderos y existentes.

—¿Dónde se desarrolla la acción de su nueva obra?

—En «La mujer nueva», el paisaje, el lugar, es lo de menos. La sitúa en un pueblecito de la provincia de León: Villa de Robre.

—¿Existe este lugar?

—En la realidad, no. Villa de Robre es un pueblo inventado por mí, pero un pueblo muy bonito, donde pasan muchas cosas. Aunque existir ya existía, porque antes había aparecido en una de mis novelas cortas, ya publicadas.

—¿Toda «La mujer nueva» empieza y termina ahí?

—No. Parte de la acción pasa también en Madrid. Sin embargo, como el lugar es lo de menos, la acción pudo ocurrir en Andalucía, en Murcia o en la misma Galicia. Si cuando empecé a escribirla hubiera pensado en presentarla al «Menorca», la hubiera localizado en algún lugar del Mediterráneo, que conozco mejor.

Una tendencia, tal vez, entre las novelas de ahora es la acumulación de personajes. Parece como si existiese en los trasfondos de las imaginaciones literarias un censo de extras novelescos en paro forzoso cuyo empleo es de absoluta necesidad.

—¿Muchos personajes?

—Muchos personajes y mucha «acción». «La mujer nueva» es una novela de fondo. Por su argumento la hubiera podido escribir de forma intelectual, para la «élite»; pero he querido hacer que llegue a todas las manos.

Carmen Laforet, cuando ha

contestado, sobre todo en la última parte, se ha sentido satisfecha. Y se ha quedado también un poco pensativa. «La original rebelión del cabo Asch», que sigue entre sus manos, se ha abierto y cerrado un par de veces seguidas.

LA CONVERSION DE LA PROTAGONISTA

Por los rumores, por las noticias que van y que corren en los círculos literarios, sin saber quien las dijo ni de dónde vienen, pero que luego resultan verdad, el argumento de «La mujer nueva», extraoficialmente, es algo conocido. Y sobre el argumento volvemos:

—¿En qué consiste la conversión de Paulina?

Paulina es la protagonista de «La mujer nueva». Una mujer en la que la gracia divina obra, produciendo el arrepentimiento total y la conversión sincera y perpetua. La historia arranca de antes de nuestra guerra, pero se centra en la época actual. Carmen Laforet responde:

—Es difícil explicarlo en pocas palabras. Paulina ha sido estudiante en Madrid. Una mujer un tanto frívola, incrédula. Después de muchos factores de tipo religioso y psicológico que intervienen en esta conversión. Paulina, huyendo de sí misma, va en el tren, en un vagón de tercera y es allí mismo donde recibe como una gracia tumbativa. Paulina es presa de desazones y fuertes inquietudes religiosas. Después viene la cooperación a la gracia, la cooperación que el alma ha de prestar a la llamada de Dios. Todo esto, el ambiente espiritual, lo he desarrollado en una acción viva y directa.

Carmen Laforet, cuando habla está ilusionada. Y sin dar tiempo todavía, vuelve a contestar:

—Esto, lo de la acción y la intriga, era lo más difícil de resolver. Y creo que me ha salido bien, y estoy por ello contenta.

Una mujer que escribe sobre el proceso anímico de otra mujer. Carmen Laforet, la autora, y Paulina, la protagonista. Si Paulina existiese, viva y tangible, ella podría contestar. Mas Carmen Laforet, que está aquí, que es también Paulina, nos lo dice:

—¿En qué condiciones espirituales ve usted a la mujer de nuestro tiempo?

—El medio ambiente de hoy en el extranjero es casi de una paganización y despreocupación absolutas. Parece como si el espíritu no fuese lo que más vale en nosotros. Creo que este materialismo, tanto en el hombre como en la mujer, es el signo de la época.

«La mujer nueva» está, pues, en una línea de espiritualismo superior a aquella que le mereció el primer Premio «Nadal».

Carmen Laforet—esta es la noticia—ha ganado hoy otro premio. Pero Carmen Laforet seguirá siendo la misma. Y mañana o pasado volverá, más contenta, eso sí, a Arenas de San Pedro a veranear con sus hijos. Y cuando, en las vacaciones, llegue su marido, juntos harán, frente a las sierras de la provincia de Avila, el perfecto conjunto de una auténtica familia feliz.

Juan Luis DE BENAVIDES
(Fotografías de Mora.)



BARCELONA INVITA A TODOS LOS DEPORTISTAS A ASISTIR A LOS II JUEGOS MEDITERRANEOS

**UNOS MIL QUINIENTOS PARTICIPANTES
TOMARAN PARTE EN LAS VEINTISEIS
REUNIONES DE DISTINTOS DEPORTES QUE
SE CELEBRARAN DURANTE NUEVE DIAS**



El grandioso acontecimiento tendrá lugar del 16 al 25 de julio en un marco incomparable

La primera vez que se habló de unos Juegos Mediterráneos en Barcelona apenas si fué considerada la idea como una mera ilusión que tal vez nunca llegaría a realizarse. Y, sin embargo, lo que en su principio no era más que el fruto de la gran ambición de unos deportistas españoles, está a punto de ser el espaldarazo olímpico de la deportivísima Barcelona. Porque la ciudad, representada por sus autoridades municipales y deportivas, viene recorriendo con afán el camino que voluntariamente eligió al solicitar para sí el honor y el compromiso de ser la continuadora de la nueva tarea deportiva cuyo primer paso se dió en Alejandría el año 1951.

El origen de los Juegos Mediterráneos está en el proyecto de una competición de atletismo entre los pueblos de la cuenca del Mediterráneo, patrocinada por los dirigentes españoles y turcos. El propósito no prosperó en su día por motivos que no son del caso, pero la semilla estaba echada y el Comité Olímpico egipcio recogió la idea, la amplió a otros deportes y por primera vez se reunieron atletas de once países mediterráneos para celebrar unos Juegos de carácter regional olímpico. Abanderados por los deportistas barceloneses, lo de toda España tomaron el relevo y así se ha llegado a estos II Juegos Mediterráneos que están a punto de florecer en Barcelona.

LA SOLERA DEPORTIVA DE BARCELONA

La elección de la hermosa ciu-



El teniente general Moscardó visitando el Pabellón Municipal de Deportes en Barcelona, que se inaugurará con motivo de los II Juegos Mediterráneos

dad española del Mediterráneo para dar albergue a la gran competición deportiva lleva en sí, como las dos caras de una misma moneda, emparejados un acierto, porque pocas ciudades del Mediterráneo poseen más solera deportiva que Barcelona, y un espaldarazo, porque al serle confiada una organización como los Juegos se acreditan los méritos de su rango de gran capital deportiva.

Al valorar lo que supone de esfuerzo y sacrificio el montaje de unos Juegos como los que van a ser inaugurados el día 16 de julio pudo haberse temido que el deseo

de añadir un nuevo florón a la corona deportiva española hubiese echado sobre los hombros de quienes asumieron el compromiso de hacerla realidad un fardo demasiado pesado para sus fuerzas, pero en torno al trabajo de empujar hacia adelante la organización de los II Juegos Mediterráneos se ha ido congregando un plantel de hombres de buena voluntad, generoso entusiasmo y fe iluminada

que, no sin lucha, áspera y venciendo obstáculos de todo orden, se han acercado paso a paso a la meta de su labor que ya está al alcance de su mano.

Pero nada se hubiera podido realizar sin que los organizadores se enfrentaran antes que nada con la tarea de hacer posible la competición de los participantes en los Juegos, brindándoles las instalaciones apropiadas para ello. Y en efecto, nuevas instalaciones, restauración de las existentes, acondicionamiento de otras, son realidades que han ido jalonando los esfuerzos de los organizadores a lo largo de una labor entusiástica, perseverante y efectiva, cuyo mejor logro quedará vinculado a la erección del nuevo Palacio Municipal de Deportes. Los II Juegos Mediterráneos han promovido una fiebre de instalaciones deportivas que redundará sin duda en el mejoramiento de las condiciones para la práctica de los deportes cuando, terminados los Juegos, queden incorporados al acervo de las que constituyen el palenque deportivo de la ciudad.

UN NUEVO PALACIO DE DEPORTES

Un paseo por los jardines del parque de Montjuich parece un sueño del que tema uno despertar. Presidido por la clásica estampa del Estadio, se ha ido reuniendo un conjunto de instalaciones para practicar deportes que confieren a la montaña de Montjuich un rango de zona deportiva de primerísima categoría. Llama la atención en primer lugar la soberbia construcción de cemento y cristal del Palacio de Deportes, con su pista de 40 por 20 metros y cabida para 13 500 espectadores que construido en un tiempo récord, constituirá el legado material más importante de los Juegos a la ciudad que le dió albergue generoso. El problema de los accesos ha sido resuelto de tal modo que en cuatro minutos el local puede quedar completamente desalojado. Su iluminación es perfecta pues de día recibe la luz por amolias y numerosas cristalleras abiertas en su estructura, y

de noche, por un completísimo sistema de focos adaptados a la necesidad de cada deporte. Una de las ideas básicas que han presidido la construcción de este Palacio ha sido asegurar la comodidad y visibilidad desde todas sus localidades. El Palacio Municipal de Deportes es sin duda, uno de los más bellos y eficientes locales de este tipo en Europa. En este Palacio se celebrarán las competiciones de hockey sobre patines, baloncesto, boxeo, gimnasia, lucha y levantamiento de pesos.

La construcción más considerable de las destinadas a los Juegos Mediterráneos es el bello Estadio municipal de Montjuich que construyó en 1929 el famoso técnico finés Pikkala. El terreno central está dotado de unas magníficas pistas de ceniza, entre ellas la mejor de España con 500 metros de cuerda y la famosa recta de 220 metros. Capaz para 70.000 espectadores, será el marco insuperable para las solemnidades de la inauguración y clausura, algunos partidos de fútbol y el festival hípico.

FUTBOL Y NATACION EN LUGAR DESTACADO

También se jugará al fútbol en los terrenos de los Clubs de Fútbol Barcelona, en el barrio de Las Cortes, magnífico estadio para 60 000 espectadores, y del Real Club Deportivo Español, en la zona de Sarriá, con 35 000 de cabida.

Cerca del Estadio de Montjuich se halla la piscina municipal de agua dulce y de 50 metros de longitud por 18 de anchura, con su juego de palancas y trampolín y cuya capacidad de 3.500 personas ha sido aumentada hasta 8.000 gracias a un atrevido proyecto de ingeniería arquitectónica.

Más allá está el viejo socavón de la Fuxarda lleno de nostálgicas resonancias deportivas, antiguo estadio de fútbol, hoy recuperado para el deporte y habilitado para la práctica del rugby rodeado de un bello marco de airas arboledas y jardines.

En el mismo parque de Montjuich se hallan los «stands» para el tiro al plato y pichón artificial y las instalaciones del Tiro Nacional para las competiciones de pistola y rifle.

Todo Montjuich se refleja en la lámina del puerto donde se ce-

lebrarán las regatas de remo y vela, las primeras con un recorrido entre la bocana y la estación marítima, y las segundas, dentro o fuera del puerto, según aconsejen las condiciones atmosféricas.

Junto al puerto estará el casino de San Sebastián que albergará la competición de esgrima. Y en cuanto a la prueba de ciclismo y las carreras de Marathon y 50 kilómetros marcha están señalados circuitos que partiendo de Montjuich abarcan para el primero 160 km. de carreteras de la provincia y para las otras dos la distancia necesaria sobre la autopista de Castelldefels.

Como puede apreciarse, el problema de las instalaciones para desarrollar las pruebas de los II Juegos Mediterráneos ha sido superado ampliamente y así había de ser para que la competición tuviese asegurado la base principal para su organización. Los deportistas que han cuidado de dotar a los II Juegos Mediterráneos del escenario más adecuado se han preocupado al mismo tiempo de que los participantes extranjeros aprecien el deporte rodeado de un marco bello y armonioso.

PRIMERO, DEPORTE DE EQUIPO; LUEGO, INDIVIDUALES

Otro de los elementos básicos de los Juegos, que se celebrará entre el 16 y el 25 de julio, era sin duda la confección del programa que fué ultimado tras una ardua tarea. Había que combinar el cuadro de los Juegos con los veintinueve deportes previstos en principio, de los que ha habido que eliminar el balonmano a siete y a once porque, según la reglamentación de los Juegos no ha reunido el número mínimo de tres países participantes para su celebración.

Un examen del cuadro del programa general que se reproduce en este trabajo permite observar que se ha dado preferencia en los primeros días de la competición a los deportes de equipo mientras en su fase final dominan los deportes individuales. Un aspecto curioso del programa es la gran actividad que se desarrollará en el nuevo Palacio Municipal donde están previstas veintiseis reuniones de distintos deportes en nueve días, o sea que tendrán efecto por la mañana, por la tarde y por la noche continuadamente, lo que supone una cuidada organización para habilitar la pista según las diferentes modalidades deportivas.

EL NUMERO DE PARTICIPANTES

Al cerrarse el plazo de inscripción para los diferentes deportes España y Francia figuran como participantes en todas las modalidades. Egipto e Italia en todas menos una y en proporciones variables las restantes naciones; Grecia, Líbano, Malta, Mónaco, Siria y Turquía como puede verse en la lista siguiente:

Atletismo: Egipto, Francia, Grecia, Italia, Líbano, Malta, Siria, Turquía y España.

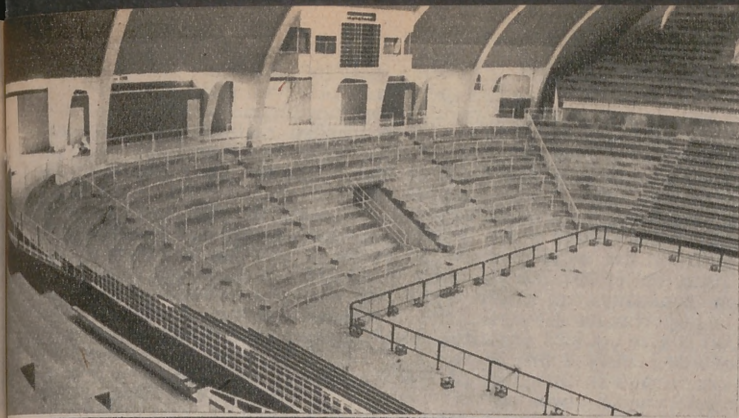
Baloncesto: Egipto, Francia, Grecia, Italia, Líbano, Siria, Turquía y España.

Boxeo: Egipto, Francia, Italia, Líbano, Siria y España.

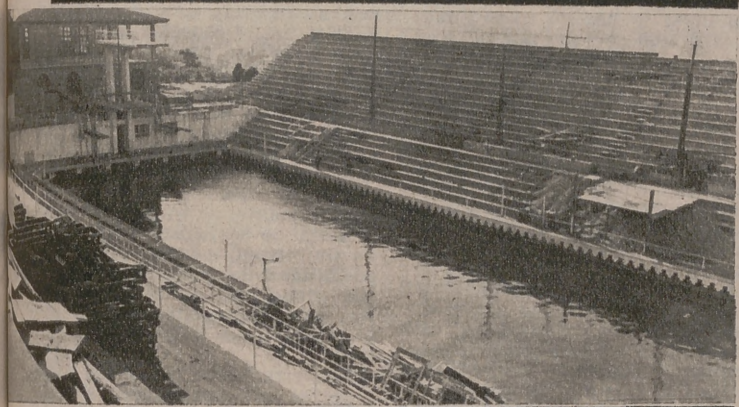
Ciclismo: Egipto, Francia, Italia, Líbano y España.

La Delegación española que asistió a los I Juegos del Mediterráneo, iniciando el destile en el Estadio de Alejandría en 1951





Interior del Palacio de los Deportes



La Piscina Municipal de Montjuich



Cartel oficial anunciador de los Juegos

Egrima: Egipto, Francia, Italia, Mónaco, Turquía y España.

Fútbol: Egipto, Francia, Grecia, Siria y España.

Gimnasia: Egipto, Francia, Italia y España.

Hípica: Egipto, Francia, Italia y España.

Hockey sobre hierba: Egipto, Francia, Italia y España.

Hockey sobre patines: Egipto, Francia, Italia y España.

Luchá: Egipto, Francia, Grecia, Italia, Líbano, Siria, Turquía y España.

Natación, water-polo: Egipto, Francia, Grecia, Italia, Líbano, Mónaco y España.

Pesos y Halteras: Egipto, Francia, Italia, Líbano, Siria y España.

Remo: Egipto, Francia, Grecia, Italia, Turquía y España.

Rugby: Francia, Italia y España.

Tiro nacional: Egipto, Francia, Grecia, Italia, Líbano, Mónaco y España.

Tiro al plato: Egipto, Francia, Grecia, Italia, Líbano, Mónaco, Siria y España.

Vela: Francia, Italia, Malta, Mónaco y España.

Base fundamental de los Juegos son las pruebas de atletismo, que se disputarán en las pistas del Estadio de Montjuich desde el 18 hasta el 25 de julio. Nunca en España se han visto actuar cerca de 1.000 hombres de clase internacional, entre ellos los componentes de los excelentes equipos francés o italiano, sin menospreciar otros de verdadera valía, aunque más modestos, como el turco y griego. El atletismo español, con sus 2.000 licencias, se esforzará en estar a la altura de las circunstancias.

BALONCESTO, BOXEO, CICLISMO Y ESGRIMA

Uno de los deportes que ha obtenido mayor inscripción es el baloncesto, con ocho naciones participantes, y para cuyo torneo

el equipo español se ha preparado con varios partidos de carácter internacional. La popularidad que ha alcanzado el baloncesto entre nuestros aficionados le asegura una extraordinaria expectación en los Juegos.

Deporte clásico en las competiciones olímpicas, no podía faltar el boxeo con su extraordinario atractivo realizado por la participación de los equipos francés e italiano. La formación del conjunto español se ha realizado a través de encuentros de preselección entre las regiones y un encuentro internacional.

En cuanto al ciclismo se decidió que la carrera fuera sobre 160 kilómetros en su mayor parte por carretera para que sirva de entrenamiento para el Campeonato del mundo. La llegada se efectuará en el circuito de Montjuich, de tres kilómetros de desarrollo, al que darán tres vueltas finales. El recorrido tiene una gran variedad de terrenos pero se ha estudiado cuidadosamente el porcentaje de las cuestas para que no resulten

Vista general del Estadio Municipal de Montjuich





Fachada del nuevo Palácio de Deportes

excesivamente duras. En esta prueba cada nación puede alinear un equipo de diez corredores.

La prueba de esgrima contará con torneo individual y por equipos y se desarrollará en dos pistas, con servicios de control eléctrico y todo lo necesario para el mejor desarrollo de la competición.

Por el hecho de ser uno de los deportes que cuenta con mayor atractivo entre el público es fácil pronosticar un gran interés por el torneo de fútbol, que se jugará por el sistema de Liga a una sola vuelta, y en el que participará Grecia que se proclamó campeón en los Juegos de Alejandría Egipto cuyo movimiento de aficionados tiene mucho auge. Siria y Francia que mantiene formado un excelente equipo de futbolistas «amateurs». Frente a estas selecciones, los aficionados españoles deberán esforzarse para repetir las buenas actuaciones de nuestros juveniles en los torneos internacionales.

EL SABOR OLIMPICO DE LA GIMNASIA

Entre los deportes de más puro sabor olímpico figura la gimnasia que ha ganado en los últimos tiempos mucha popularidad entre nuestro público de aficionados al deporte. Los gimnastas españoles han estado sometidos a un intenso plan de preparación y todos los

detalles de instalaciones han sido cuidadas para que esta competición cuente con todos los requisitos técnicos necesarios.

La calidad de los inscritos en hípica hace prever que la Copa de las Naciones, única competición de esta modalidad incluida en el programa de los Juegos y que se desarrollará el día de la clausura, 25 de julio, en el Estadio de Montjuich, constituya un cierre digno de la importancia del certamen.

Con cuatro equipos inscritos, el torneo de hockey sobre hierba se ha organizado en forma de Liga a una sola vuelta, cuyos partidos se jugarán en el Estadio de Montjuich y para el caso de un empate el partido para resolver el primer lugar se jugará en la Fuxarada el día 20 de julio por la tarde.

El éxito que conquistó el equipo español de hockey sobre patines en el reciente Campeonato del mundo jugado en Italia, concede al torneo de este deporte en los Juegos un interés considerable por participar en él los equipos campeón y subcampeón, español e italiano, respectivamente, secundados por los conjuntos francés y egipcio.

A juzgar por la inscripción en el deporte de la lucha en el que tomarán parte ocho países, ésta será una de las pruebas más competidas y, conocida la relevante calidad de alguno de los equipos participantes, su éxito deportivo parece asegurado. Hay que destacar la extraordinaria clase de los luchadores turcos.

Las pruebas de natación se disputarán en la magnífica piscina municipal expresamente acondicionada y ampliada como corresponde al marco que rodearán el segundo deporte olímpico, por su importancia propia. Las competiciones alcanzarán sin duda un alto nivel por la participación de los equipos francés e italiano, que cuentan con nadadores de la talla de Jean Boiteux y Gilbert Bronson o de Angelo Romani, frente a los que los españoles y los egipcios se esforzarán por alcanzar las pruebas finales.

DEPORTES EXTRAÑOS Y CONOCIDOS

Un deporte que tanto se practica en el extranjero y que entre nosotros empieza a ser lo ahora es el levantamiento de pesos, que servirá para que los aficionados españoles acaben de conocer y apreciar su atractivo.

El remo es uno de los deportes más exigentes para quienes lo practican y la inscripción en el torneo de los Juegos demuestra el favor que goza entre los países participantes. Además una com-

petición de remo contiene bellezas plásticas que la dotan de un extraordinario atractivo visual y la hacen realmente emocionante. Se disputará sobre la recta de 2.000 metros en el interior del puerto...

Deporte de gran dureza y que entre los países mediterráneos sólo se practica en la cuenca occidental, es el rugby, que dará, no obstante, ocasión para un interesante torneo triangular entre franceses, italianos y españoles.

El tiro, tanto en la modalidad al plato como a fusil y pistola, cuenta con gran preponderancia entre los países participantes en los Juegos, que han acudido a estas pruebas con pocas excepciones, asegurando una competición muy refida y espectacular.

La vela es quizá el único deporte que, tratándose de una competición mediterránea no podía faltar en su programa y dará lugar a una bella lucha entre los patrones más calificados de nuestro mar tan conocido y amado por todos ellos.

Finalmente, el water-polo o polo acuático se jugará en la piscina municipal, estando prevista la posibilidad de celebrar algunos de sus encuentros en la del Club Natación Barcelona, piscina cubierta de agua dulce y 33 33 metros.

Con esta breve referencia a los deportes que constituyen el cuadro de competición de los II Juegos Mediterráneos sólo se ha pretendido dar una somera impresión de la importancia de las pruebas deportivas que van a celebrarse en las instalaciones barcelonesas.

MIL QUINIENTOS PARTICIPANTES

Pendiente todavía al escribir estas líneas la formalización de las inscripciones individuales para las diversas pruebas, no es posible dar la cifra exacta de los participantes en los II Juegos Mediterráneos; pero no parece excesiva la de mil quinientos, suficiente por sí sola para dar una idea clara de la importancia de esta competición que es, sin duda, la de mayor importancia de cuantas haya albergado nunca España en pruebas de carácter internacional.

La ceremonia de la inauguración, que revestirá la solemnidad habitual en estos acontecimientos, no dejará de tener rasgos propios pues la antorcha y la llama olímpicas serán sustituidas en esta ocasión por un ánfora griega que los atletas transportarán desde la playa de Ampurias hasta Barcelona en relevos sucesivos y por agua del Mediterráneo que el último relevo vertirá, después de dar una vuelta al estadio el día de la inauguración de los Juegos, en el surtidor-cascada instalado junto a la puerta de Marathon y que funcionará durante los días de los II Juegos Mediterráneos.

Los mástiles de honor se aprestan ufanos a izar las banderas de los países participantes, como la mejor prueba de hermandad de unos pueblos que se reúnen a la orilla del mar que les es común para celebrar una gran competición en la que solo se libran batallas incruentas premiadas con el laurel simbólico para el mejor atleta...

Santiago GARCIA

El puerto de Barcelona



EMILIO ROMERO

UN HOMBRE FIEL A SU VOCACION

El autor de "La conquista de la libertad" y "Los pobres del mundo desunidos" opina que los libros políticos no deben escribirse en clave

NO creo que deba empezar el relato de esta entrevista con Emilio Romero sin decir antes, a modo de presentación, un par de cosas sobre él. Y como hay casos, y éste es uno de ellos, en los que nada importa el ambiente para dibujar el perfil de un hombre, voy a decir las en seco. Sin buscarle un escenario apropiado al personaje, ofreciéndole cara a cara al lector.

UN HOMBRE DE ACUERDO CON SU VOCACION Y SU FIGURA

Emilio Romero es, ante todo, un hombre de acuerdo con su vocación. Quiero decir que no estamos en presencia de uno de esos seres, no sé si caprichosos o realmente desafortunados, que son, por ejemplo, arquitectos y desearían haber sido químicos, o andan dedicados a la Medicina, proclamando que su verdadera afición es la pintura.

Emilio Romero tiene, en la más noble acepción de la palabra, vocación política. Y vive y ha vivido, y sospecho que vivirá siempre, fiel a ella. Sirviéndola por partida doble con la acción y el pensamiento, como político y como escritor, desde un cargo y a punta de pluma.

La primera impresión que produce Emilio Romero—y ésta es la otra cosa que me interesa echar por delante al presentarle al lector—puede resumirse en una palabra: inteligencia.

Tiene la figura típica del intelectual. Alto y delgado, de color pálido y rasgos finos. Con sólo, a lo que se ve, la carne suficiente para que no pueda reducirse a piel y huesos. En su cabeza, bien desarrollada, de frente despejada y amplia, se concentra toda su personalidad,



Emilio Romero en un rincón de su hogar

como suele ocurrir en los hombres en los que el espíritu es más fuerte que el cuerpo. El brillo de los ojos, empujados tras los cristales de las gafas; la línea limpia de la nariz y el breve trazo de la boca sugieren inmediatamente una idea de agudeza. Y todo él evoca algo metálico, algo a la vez duro, ligero y afilado.

Alguien dijo, al referirse al instinto de saber, a la curiosidad vital e inherente al ser humano, que el hombre, de tanto preguntar se ha configurado en signo de interrogación. Y desde luego, viendo caminar a Emilio Romero, encogidos los hombros e inclinada a una banda la cabeza, he pensado muchas veces en la silueta de un signo de interrogación ambulante. Y también en la imagen de un cerebro andando.

Y dichas estas dos cosas, conocida ya la doble concordancia de Emilio Romero con su vocación y de su vocación con su figura de intelectual, es el momento de iniciar la entrevista. Y de hacerlo, aunque ésta haya surgido al calor de la reciente publicación de su libro «Los pobres del mundo, desunidos», empezando por el principio.

LA HERENCIA Y EL AMBIENTE.—UN ARTICULO SOBRE ANA PAUKER Y UN BILLETE A LERIDA

No es difícil encontrar la doble raíz de la vocación política que orienta la vida de Emilio

Romero. Influyen en ella, sin duda, la herencia y el ambiente. Digo sólo que influyen, porque no puede centrarse todo exclusivamente en estos dos factores. Porque siempre cuenta, pese a los antecedentes familiares y al clima en el que se desarrolle la formación de un hombre, el propio carácter, el temperamento personal de éste. Y en el caso de Emilio Romero se unió todo: la herencia, el ambiente y el temperamento.

Su padre sintió ya la tentación de las preocupaciones sociales y nacionales. Era —según el hijo un «socialista intelectual». Pertenecía al Cuerpo de Telégrafos y había ganado a los veinticuatro años el primer premio en un concurso internacional de Telegrafía celebrado en Turín...

El padre murió muy joven, a los treinta y tres años. Y el hijo se crió en un ambiente y en unas condiciones muy propicias para sentir la «llamada» de la política. No es difícil imaginar que el carácter reflexivo del niño, agudizado por la orfandad, bajo el doble estímulo del recuerdo del padre—cuya peripecia se comentaría a menudo en la casa—y de la serie de crisis gubernamentales que agitaron los días de su infancia y su adolescencia, tendiera naturalmente a dedicar una



Este niño de tres años era Emilio Romero a poco de morir su padre



Y este jovencito de doce años era Emilio Romero, recién llegado a Madrid



Emilio (detrás), con sus hermanas, Raquel y Olga, y sus padres, en el año 1919

atención grande a las cosas públicas, a la estructura social, a la política, en definitiva. Más aun si se piensa que cuando volviera la mirada hacia sí encontraría su porvenir pendiente de sus estudios y éstos, a su vez, pendientes de una beca del Ministerio de Instrucción Pública y otra del Ayuntamiento de su pueblo. En una situación, en resumen, sobre la cual podía repercutir fácilmente cualquier cambio político.

—Hice el examen de ingreso en el Instituto de Avila y terminé el bachillerato en Madrid. Ya en estos años me parecía que los hombres no pueden ni deben vivir de espaldas a los problemas que plantea la gobernación de los pueblos. Al mismo tiempo se había despertado mi afición a escribir. Hacia versos, naturalmente, y algún artículo. ¿Sabe cual fué el tema de uno de los primeros? ¡Las diferencias doctrinales entre bolcheviques y mencheviques!

Reimos los dos. Tiene una risa contagiosa. La lanza sin estrépito, pero acompañada de un gesto de absoluto regocijo.

—El 34, al terminar el bachillerato, me afilié a Falange. En su Ideario encontraba satisfecha mi idea de una política realizadora de la justicia social. Emilio Alvargonzález me presentó a José Antonio. Fui a verle con él para que nos autorizase a fundar la Falange de Arévalo. Poco después caí enfermo. Y al producirse el Movimiento, fracasada la resistencia del Cuartel de la Montaña, me detuvieron. Pasé muchas vicisitudes en la guerra y, terminada ésta, el Jefe Provincial del Movimiento de Lérida, Cándido Sáez de las Moras, le pidió a Juan Aparicio que me nombrara director de «La Mañana», el periódico de la provincia. La sonrisa de Romero anuncia la anécdota:

—Juan Aparicio no me conocía y me mandó llamar. Debi causarle buena impresión, porque la cosa se resolvió pronto. Fué poco más o menos así. Después de la presentación y las primeras frases me preguntó: «¿Qué haces, qué éte gusta?» «Escribir», contesté. Me ofreció un periódico del día. Repásalo y dime sobre qué

tema escribirías hoy.» Hice el periódico y decidí: «Sobre Ana Pauker.» «Pues sientate en ese otro despacho y escribe tu artículo.» Lo hice. Se lo entregué, lo leyó y resolvió: «Quedas nombrado director de «La Mañana». Ya puedes coger un billete para Lérida.»

En Lérida, al frente de «La Mañana», empezó su carrera periodística Emilio Romero. Permaneció allí dos años y luego pasó otros dos en Alicante, donde fundó la revista «Tabarca», dirigiendo el diario «Información» y la dio de la Falange alicantina.

COMO DEBE SER UN PERIODICO QUE SIRVE A UNA POLITICA

Estos años de periodismo en las provincias completan la formación de Emilio Romero. Los periódicos de provincias no suelen andar muy sobrados de medios ni de redactores. En ellos el director tiene que estar en todo: en la Redacción, en la Administración y en los talleres. Tiene que vivir vigilante como un Argos, pero sin la ventaja de los cien ojos de aquél, atento a mil pormenores: a la afirmación del editorial y a la colocación de una esquelita, a los acontecimientos del mundo y a los sucesos de la provincia, a la crónica de sociedad y a los teletipos, a los titulares y a las fotografías...

Así, cuando, después de estos cuatro años, vuelve Emilio Romero a Madrid, a la Jefatura de la Sección de Prensa Nacional de la Vicesecretaría de Educación Popular, es un periodista maduro y joven al mismo tiempo al que Juan Aparicio podrá encomendar sin temor alguno la responsabilidad de los editoriales de la primera época de EL ESPAÑOL, y después el puesto de primer editorialista del diario «Pueblo».

Andando el tiempo, Romero alcanza en la dirección de este periódico un éxito notable. La cosa es reciente y nos sitúa ante una cuestión muy discutida. ¿Cómo debe ser un periódico político?

—Hay quien cree, incluso entre los profesionales de la Prensa, que la tendencia política de un periódico es un obstáculo, una dificultad. A mi me parece que si la política a la que sirve el periódico es buena, el periódico se acredita. Porque la política buena suele coincidir con el pensamiento de las gentes.

El periódico debe «recoger» la opinión, y si es necesario, «orientarla, encauzarla», si aparece desviada de los principios sobre los que descansa la vida y la estabilidad de la sociedad: la justicia, la moral, el bien común...

Y refiriéndose concretamente a su etapa de dirección en el diario «Pueblos», concreta:

—Me limité a sacar en sus columnas el máximo partido a la popularidad de la Organización Sindical. A presentar los Sindicatos como son: como Centros de diálogo no como oficinas burocráticas. Amabilicé los problemas, pero no inventé nada. Conté sencillamente lo que ocurría.



Esta fotografía fué obtenida en la Embajada de España en Buenos Aires después del almuerzo que le ofreció el embajador a Emilio Romero cuando, hace unos años, visitó la Argentina. Acompañan a Romero y Aznar, Pons Bedoya, Subsecretario de Difusión Exterior; Raúl Apold, Subsecretario de la Presidencia de la República para la Información, y algunos directores de periódicos de la capital

«LA CONQUISTA DE LA LIBERTAD». — LOS LIBROS POLITICOS NO DEBEN ESCRIBIRSE EN CLAVE

Hablamos en su casa, sentados frente a frente, en una habitación con las paredes cubiertas por la madera brillante de unas estanterías llenas de libros.

En la vida de Emilio Romero corren paralelas, y se equilibran y complementan, su condición de escritor y su vocación de político. Si escribiera sin actuar podría ser tachado de teorizante. Si actuara sin escribir, de incompleto, de no formado, porque tarde o temprano, con discursos o con escritos, el político tiene que expresarse, que comunicar su idea, que dar testimonio de su experiencia.

Era lógico que, dada su preocupación por los problemas sociales, Romero eligiera el camino sindicalista. Y era natural que, después de varios años de servicios en la Organización sindical, y después de haber sido, por elección, durante dos períodos consecutivos, Jefe del Sindicato Provincial del Papel, Prensa y Artes Gráficas de Madrid, tuviera cosas importantes que decir sobre el sindicalismo. Particularmente sobre el sistema sindical español. Y escribió y publicó en 1951 «La conquista de la libertad». Su primer libro político, y por la categoría de su pensamiento y de su estilo, quizá el primer libro sindicalista escrito en España desde hace mucho tiempo.

En una fila de la estantería veo casi un medio centenar de ejemplares. El sigue la dirección de mi mirada, se levanta y coge uno y lo trae. Al mismo tiempo dice, como excusándose:

—Hice una edición de unos 3.000 ejemplares; sobraron algunos y los retiré de las librerías para evitar que terminaran en la cuesta de Moyano. Es, ya lo sé, una niñería, pero no me hago a esa idea...

—Tuvo éxito «La conquista de la libertad»?

—La escribí para librarme de una serie de preocupaciones, de

ideas que me bullían dentro... Y tengo que confesar con tristeza que no provocó la reacción que yo esperaba. Los críticos hablaron bien del libro. Todos coincidieron en afirmar su interés. Pero me queda la sospecha de que lo hicieron más por agradarme, por compañerismo, que por creerlo así realmente.

Sin embargo, cuando se publicó, Juan Aparicio escribió en una de sus «Cartas del director»:

«Soy un superviviente, al cabo de veinte años, de la juventud que postulaba en 1931, encima de todas las cosas, «La conquista del Estado», acaso porque no nos faltó la libertad de movimientos imprescindible para que una juventud no languidezca, se desespere o se enrancie. Ahora bien, desde 1931 para acá han ocurrido tantos acontecimientos nacionales e internacionales que hacen a tu libro más completo y más factible que nuestras primitivas consignas. O sea, «La conquista de la libertad» es un libro maduro, cuyos pedimos y queremos del último capítulo parangonados con nuestros pedimos y queremos de «La conquista del Estado», tienen la diferencia que hay entre la niñez y la pubertad.»

Hablamos de Maquiavelo. Romero opina tajante:

—Los libros políticos nunca se deben escribir en clave. Deben redactarse con la mayor sencillez posible. Y con absoluta claridad. Sin disfrazar las ideas, sin intentar «pasar» nada de matufo.

Y remata, después de una pausa:

—El mayor atractivo que puede ofrecer una política es su sinceridad.

«LOS POBRES DEL MUNDO, DESUNIDOS». — LA GRAN PARADOJA DEL SINDICALISMO MUNDIAL.—Y UNA OJEDA AL SINDICALISMO ESPAÑOL

En la mesita ante la que estamos sentados, junto al ejemplar pequeño, de cubiertas negras, de «La conquista de la libertad» hay un ejemplar del último libro:

«Los pobres del mundo, desunidos».

—Es, como digo en el prólogo, una historia del sindicalismo internacional. Una historia relatada con estilo periodístico. Muy sintetizada. Más que un compendio, un «rapport». Realizado, desde luego, con objetividad.

El título que yo había escogido, «El proletariado organizado y desunido», daba mejor idea de su contenido, de la conclusión general que de él se deduce: que pese a las llamadas angustiosas de los sindicalistas y socialistas del siglo XIX a la unión, las distintas organizaciones sindicales, triunfantes y más poderosas cada día en sus respectivos países, no han logrado nunca la unión. Esta es la gran paradoja del sindicalismo mundial: estar organizado y desunido.

Sin exaltación, sin demagogia, serenamente, con la firme convicción del que ha reflexionado mucho sobre un problema y conoce bien todas sus facetas, Emilio Romero es sindicalista.

—«La mudanza de nuestras organizaciones políticas modernas —me lee libro en mano— está impuesta por el sindicalismo, que ya viene en las sociedades libres como instrumento ordenador, con un nuevo Derecho por delante, constituido sobre la progresiva liquidación de las injusticias, que vino acumulando nuestra derecho patrimonial.»

Pasa unas páginas y elige otro párrafo expresivo:

—«El sistema económico capitalista no resolvió entonces, ni tiene resuelto todavía, estas dos justas demandas: la de vivir todos, y esto con decoro, y la de dar trabajo a todos, y esto sin dificultad.»

Para completar su exposición cambia de libro. Abre ahora «La conquista de la libertad» y lee:

—«La democracia no es, en primer lugar, forma política de gobierno —que este alcance es cortísimo—, sino sistema de organización de la sociedad. La democracia es la participación de los individuos en la constitución y en el Gobierno de la sociedad política. En donde nos encontra-

mos es ante una nueva técnica de esta participación. La democracia de los partidos políticos está superada. Se nos urge al hazazgo de la democracia que corresponde a nuestro tiempo.»

Salta unas páginas y empalma otro trozo:

«Estamos delante de un desplazamiento de la democracia. «Las fuerzas políticas —observan los escritores políticos franceses— disminuyen y, paralelamente, aumentan las fuerzas sindicales.» Es un problema, pues, de gran hondura política. Se desplaza ni más ni menos, la democracia desde la esfera de las entidades artificiosas hasta la esfera de las entidades naturales.»

Cierra el libro. Del sindicalismo internacional hemos venido a parar, con sus últimas palabras, al sindicalismo español. A quedar situados, por ellas, frente a la clásica, y no cierta afirmación del apoliticismo, como condición esencial de los sistemas sindicales. El sindicalismo español se confiesa político, y sus mejores plumas, y entre ellas la de Romero, recalcan este carácter.

—No hay otro camino. La fuerza de las organizaciones sindicales sustituirá, más tarde o más temprano, a los partidos políticos. Aquí radica el mayor valor de la Organización Sindical española: ser la base de una democracia sindical. La primera etapa, la fase de planteamiento, está ya cubierta. Y la segunda, la de incorporación de obreros y empresarios e implantación del sistema electivo para la designación de muchos cargos, etapa en la que el actual Delegado Nacional de Sindicatos, José Solís ha jugado un papel decisivo, anda ya muy avanzada. La tercera, la última, está próxima; será la de plenitud de función y responsabilidad sindical y se consumará cuando todo el país se convenga de que la Organización Sindical no es un factor o un elemento más en la constelación de las fuerzas sociales, sino la sociedad entera. Cuando todos entiendan que «sindicalizarse» no es «proletarizarse». Y que el sindicalismo, más que una fórmula de encuadramiento de intereses, es una forma de ordenación estable de la sociedad.

En «La conquista de la libertad» hay afirmaciones interesantes sobre las funciones del sistema sindical español. Le recuerdo que se muestra poco partidario de la acción asistencial de los Sindicatos. Y confirma su posición:

—Toda función asistencial le resulta a los Sindicatos poco útil y muy gravosa. En este terreno, su papel es plantear necesidades, exponerlas; no resolverlas. Hay sin embargo, dos Obras Sindicales que me parecen justificadas, que yo en un esquema ideal seguiría manteniendo: Educación y Descanso y Formación Profesional. La primera, por su verdadera eficacia y atractivo proselitista. La segunda, por la necesidad de mano de obra especializada para cualquier plan de industrialización, y porque de los obreros formados en sus instituciones pueden salir los futuros líderes de nuestros Sindicatos.

También ha escrito: «El sindicalismo nacional se enquistará aquí, no podrá dar un paso más si no se aborda el problema de la reforma de la empresa.» Y explica:

—Hay que poner en la misma fase Sindicato y Empresa. Son valores interdependientes. Si el Sindicato evoluciona con un grado de desarrollo cifrado como cinco, la Empresa debe también evolucionar y transformarse en la misma proporción. Quiero decir que no basta con el establecimiento de un pacto de las clases en el seno de los Sindicatos, si tal pacto no va acompañado de un cambio estructural de la Empresa que evite, ya en ella, el nacimiento de la oposición y la lucha clasistas. A la Empresa de configuración capitalista debe suceder una forma de Empresa en la que, en definitiva el contrato de trabajo quede sustituido por alguna modalidad del contrato de sociedad. Hay que restablecer la dignidad y el rango del factor trabajo en la producción.

SU ÚLTIMO LIBRO: «LA PAZ EMPIEZA NUNCA»

Actualmente Emilio Romero desempeña el cargo de Subjefe Nacional del Servicio de Información y Publicaciones Sindicales. Y, por segunda vez, ha resultado elegido Procurador. Es ésta, pues,

su segunda legislatura en las Cortes. No podía—ni por tratarse de un caso tan claro de vocación, ni por los cargos que ha ocupado, ni por su significación actual—dejar de preguntarle qué opina sobre la dedicación a la política.

—Hay que diferenciar, ante todo, el móvil que impulsa al hombre. Si a la política no se acude por el puesto o el rango, si se entiende como ejercicio generoso, si se llega a ella por la noble y legítima ambición de intervenir en el gobierno de la sociedad a la que uno pertenece, con verdadero interés por los problemas y la vida del pueblo, ¿qué tiene de bajo o de censurable la dedicación a la política?

Cuando termina el párrafo me clava los ojos, como si esperara que yo respondiera a su pregunta. Y en el mismo instante, y antes de que yo pueda decir una palabra, cruza no sé qué otra idea por su cabeza y añade, sonriendo:

—Lo ideal para dedicarse a la política es ser rico. Tener detrás un capital que cubra cualquier riesgo. Así, todo es más fácil. Es como trabajar en el trapecio con la red tendida abajo.

Habla de prisa, porque piensa con rapidez y facilidad. Y escribe también con soltura y a muy buen ritmo. Quizá por ello necesita utilizar un medio que le comunique inmediatamente con el papel, que no ponga el más mínimo obstáculo al paso de las ideas a las cuartillas: un simple lapicero.

—Pero no me gusta escribir por oficio. Desarrollar un tema que no me atraiga, que no me interese, me produce la impresión de una tortura.

Emilio Romero acaba de llegar con otro libro suyo a las eliminatorias finales del Premio «Memorias». El libro tiene un título sugestivo: «La paz empieza nunca».

—Es una novela planeada, al modo de los «Episodios Nacionales», en torno a un personaje, a un tal López, cifra de un español de nuestro tiempo. López vive en la guerra, en la guerra y en la preguerra española y toma parte en todo esto. Por último, siente el deseo de fundar un hogar, de sosegarse en la paz de la familia y en la alegría de los hijos. Pero López es ya incurable. Tiene que volver a la acción, porque sabe que no es posible ni lícito vivir del pasado. Siente el impulso de «hacer», la obligación que tenemos todos de contribuir a la edificación del futuro. En sus palabras finales se explica el título: «Para hacer cosas, la paz empieza nunca».

El gran escenario de este último libro de Romero son esos quince o veinte últimos años apasionantes de la vida española. Aunque él, naturalmente, rehúsa dar su opinión sobre «La paz empieza nunca» y aunque yo no he leído el libro por sus palabras y conociendo al autor deduzco dos cosas importantes: que es, ante todo, un libro sincero y sentido y que resultará—que no en balde se ha dicho que los mejores historiadores son los novelistas veraces—un texto estimable para el buen entendimiento de mucho de lo ocurrido en las últimas décadas de la historia de España.

Diego JALÓN

Está a la venta el número 41 de

“POESIA ESPAÑOLA”

en el que encontrará las firmas de

Manuel Alcántara, Benjamín Arbeteta, Javier de Ben-
gochea, Ramón Cid, Francisco-Tomás Comes, José
María Fariás, Margarita Feal, Jean-Claude Ibert,
Leopoldo de Luis, F. Martín Iniesta, Manuel Molina,
José Miguel Naveros, Carlos Edmundo de Ory, Vicen-
te Ramos y Félix Ros

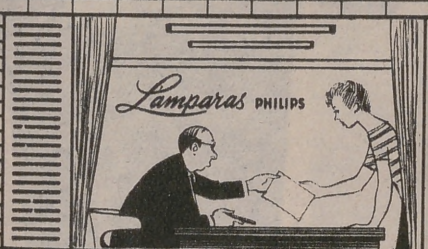
Precio del ejemplar:

DIEZ PESETAS

Pedidos a Pinar, 5. Madrid



PHILIPS



Con PHILIPS vivirá mejor

PHILIPS

Solicite nuestro interesante "Correo PHILIPS" al Apartado de Correos n.º 1.116. - Madrid.

Nombre

Domicilio

Plaza

VALVULAS ELECTRONICAS • LAMPARAS • RECEPTORES DE RADIO Y TELEVISION • APARATOS DE MEDIDA • MAQUINAS ELECTRICAS DE AFEITAR PHILISHAVE • APARATOS DE RAYOS X Y ELECTROMEDICINA • GENERADORES DE A. F. • ELECTRODOS PARA SOLDADURA • LAMPARAS FLUORESCENTES "TL" • AMPLIFICADORES • CINE SONORO CON CINEMASCOPE Y TODOS LOS DEMAS SISTEMAS DE PROYECCION • PROYECTORES PARA 16 MM • EMISORAS DE RADIO Y TELEVISION • EQUIPOS DE TELECOMUNICACION • INSTALACIONES AUTOMATICAS DE TELEFONIA • DISCOS

NOTA: Este anuncio ha sido publicado por primera vez en la Prensa el día 1.º de Enero de 1957.



Anótelo todo con...

PUNTA
BIC

*...y hará
más fácil su vida*

En las ocupaciones particu-
res y comerciales PUNTA BIC
presta siempre un eficiente
servicio con la sugestión de su
escritura suave, rápida, limpia
y duradera. Exija la palabra
BIC grabada sobre el cuerpo
y sobre la punta y podrá
decir como todos

¡ Así se escribe a gusto !



Gabernet

PUNTA

HAY PUNTAS
BIC
a partir de
6 pesetas

BIC

FABRICA: LAFOREST, S. L. - MAESTRO FALLA, 19 - BARCELONA

UN PUEBLO QUE ES COMO UN RELICARIO

INFANTES, LA CIUDAD MAS BLANCA DE LA MANCHA

Sus bodegas producen cada año 500.000 arrobas de vino de 14 grados que se bebe por toda la geografía española



Casa donde vivió el personaje cervantino don Diego Miranda

**AQUI ESTA LA CASA
DEL CABALLERO DEL
VERDE GABAN**

Se prepara la celebración del centenario de Santo Tomás de Villanueva

Tertullias de poetas y de arlesanos. "Los mayos de las damas"



La calle de Cervantes, donde están la casa de los Caballeros de Santiago y los palacios de Melgarejo y Revuelta



Edificio del Ayuntamiento, reconstruido recientemente

DENTRO de poco se reanuda la construcción del ferrocarril Baeza-Utiel, que atravesando varios pueblos de la planicie manchega vendrá a dar cima a un anhelo de hace muchos años. Entre ellos, Infantes va a ser uno de los más beneficiados, pues es, medio de transporte le permitirá exportar sus vinos con facilidad fuera de la provincia. Al mismo tiempo, una ruta turística se podrá abrir sobre este pueblo de tantos recuerdos emocionales del «Quijote». Pero mientras esto llega vale la pena sufrir molestias y transbordar del tren al coche de línea para llegar a la antigua Moraleja, villa que el infante don Enrique de Aragón y sus tres hermanos colmaron de privilegios, dándoles hasta su propio nombre, de donde le vino el llamarse Villanueva de los Infantes. Y digo vale la pena porque Infantes es una ciudad imprevista, donde el ayer y el presente se funden en perfecto maridaje y donde el trabajo y progreso de nuestros días se aunan

a un silencio intacto de siglos.

La ciudad duerme en el tiempo, fuera de la órbita del ruido. Si alguien llega aquí con psicosis de gran urbe, pronto sentirá sus nervios templados en esta paz desusada y en la elegante mesura que flota en el ambiente.

Si Almagro fué sede y cabeza de la Orden Militar de Calatrava, Villanueva de los Infantes lo fué de la de Santiago. En ambos pueblos surgen a cada paso vestigios de aquellos tiempos heroicos. Pero sobre todo en Infantes, en este pueblo que alcanzó su título de ciudad en 1895 y que perdió el nombre de Villanueva por un arreglo del Nomenclátor en 1916, la historia le sale a uno al encuentro, aunque no lleve propósito de incluirla en sus planes. Por las tierras de la llanura ya me habían dicho:

—En Infantes en cada puerta hay un escudo. Todas sus casas son palacios. El pueblo es como un relicario...

Y, sobre todo, no deje de ver el enterramiento de Quevedo. Yo

fui el que descubrió los restos, que se perdieron cuando se fué a construir en Madrid el Panteón de Hombres Ilustres. Los restos de don Francisco reposaban en Infantes, en la iglesia parroquial de San Andrés, y se sacaron para mandarlos a la capital. Como el panteón no se llegó a construir, nos los devolvieron en época de tan mala fortuna que coincidió con que dimitía la Corporación. Entre el revuelo de entregar los cargos no se supo dónde se puso la caja con los restos y estuvieron perdidos muchos años, hasta que un día, revolviendo yo legajos en el Archivo Municipal, debajo de unos papeles encontré la caja. Se le dio sepultura en la ermita del Calvario, donde están actualmente.

El que así me habla es don Joaquín Lillo, director del Banco Español de Crédito de Alcoy, que ahora pasa unas breves vacaciones en su solar manchego.

LA REPLICAS DE UN REFRAN

Cabeza de partido de dieciséis pueblos, eminentemente vinícola y cerealista. Infantes se asienta en medio de estas tierras llanas, rodeado en muchas leguas a la redonda, en perfecta simetría, por miles de hileras de viñedos, alineados junto a las rojas barbecheras. Un solo cerro, el Cabeza de Buey. Después, los pastizales, los sembrados altos, las eras; más cerca, la fuente de la Mora, con su leyenda de encantamiento y circundando la ciudad la ermita de San Miguel, la de la Patrona, Nuestra Señora de la Antigua, la de la Cruz Colorada y la de Jesús en pie. Y ya el casco urbano, sobre el que cae una luz cenital tan fuerte como no la hemos visto en otras partes. Esto tal vez se deba a que Infantes es un pueblo blanco de cal, inpoluto, y parece reverberar al sol.

—Es el pueblo más blanco de La Mancha—me dicen.

Efectivamente. Y de noche cada esquina imprevista asemeja un ensabanado fantasma. Entonces la ilusión del ayer escalofría y por las empedradas calles parece que vamos a ver los piafantes

corceles de las mesnadas que hicieron frente al traidor Trastámara. Los infantefios están muy orgullosos de que ellos, aun después de asesinado, le fueron leales al legítimo Rey de Castilla y de que el suyo fuese el último pueblo que se sometió al bastardo.

Dicen (que en tiempos, y sin duda porque la villa estaba orgullosa de sus blasones y de sus escudos, se le sacó un refrán entre los pueblos convecinos:

*Si pasas por Infantes,
no te detengas y tira para adelante.*

Pero después otro derrocó al primero:

*¡Ay, Infantes, Infantes!
padre para el forastero,
padrastró para tus hijos...!*

Y éste ha sido el que ha imperado, pues el forastero se encuentra como en su propia casa. En cuanto a lo de «padrastró», es muy discutible, pues aquí reina la más perfecta hermandad y muchas veces cabe preguntarse si aquí viven completamente felices. Parece no haber enconos ni desavenencias, y a tanto llega la fina jovialidad y cordial carácter de la gente de esta tierra que a Infantes se le podría denominar «la ciudad sin problemas». Ni existen éstos ni se ven rostros agrios por ninguna parte. Es más, se da el caso de que jamás se comete un robo, y se ha perdido la memoria hasta de la más pequeña ratería. Y es que en esta ciudad, que tiene un santo, Santo Tomás de Villanueva, cada hijo de vecino tiene espíritu de hidalgo. Y como la abundancia impera en sus ultrerrimos pámpanos y en sus trigos candeales, todo es pródigo en esta tierra de vino y de pan.

CUARTEL GENERAL DE VIAJANTES

En el resurgir de España, las fondas sórdidas y las ventas trajinantes de que hablaron Teófilo Gauthier y Dumas están siendo excluidas de las rutas. Fondas limpias, modernos hoteles, albergues y paradores es lo que el viajero encuentra al cruzar pueblos y carreteras. Aquí, en Infantes, hace dos años se constru-

yó el hotel Central, digno por su cómoda y elegante instalación de cualquier importante capital. Pero hay además una particularidad en la que no admite parangón: la abundancia y calidad de la comida es asombrosa y además no se cobra nunca el vino.

—¿Y cómo puede usted hacer esto?—pregunto al dueño, don Miguel de Nova.

—¡Bah! En esta tierra no conocemos la escasez en nada. Yo no gano, pero no me importa. Como énte es el único hotel que hay, tengo la obligación de dejar bien puesto el nombre de nuestra ciudad.

Yo le miro asombrado, y él continúa:

—Lo mejor que pasa por Infantes viene aquí, pero los clientes habituales son los viajeros. Ellos hacen la ruta de día por los pueblos comarcanos y después recalán aquí para dormir y comer. Esto es para ellos como su cuartel general. ¿Ve usted cómo está siempre la puerta llena de coches?

En este punto tengo que hacer una salvedad. Los viajeros de España ya casi ninguno se desplaza en trenes. Al menos los de esta zona; todos conducen su auto. Le expreso mi extrañeza a don Miguel.

—Es natural—me contesta—, todos vienen de la parte de Levante, de importantes fábricas. Esa región, como usted sabe, es muy industrial y las firmas ricas dan a sus viajeros coches, porque así ganan tiempo. Es ya una manera moderna de trabajar. También otros no vienen a vender, sino a comprar. Los mandan las fábricas de tejidos a adquirir las lanas de nuestras ovejas. Solamente en Infantes, excluyendo los pueblos del partido, hay 26.000 cabezas. Imagine si se llevarán lana de todo el partido.

Al hablar de los Nova tengo que decir que son de una simpática popularidad en la ciudad. El hermano mayor, don Joaquín, ha sido después de la guerra varios años Alcalde. En 1948, ante el acuciante problema de la necesidad de agua para abastecer la población, el Ayuntamiento que presidía De Nova, adquirió unos terrenos, y procedió a la apertura de pozos, obteniendo un caudal suficiente. Desde entonces, todas las Corporaciones que le han sucedido siguen ocupándose de que el agua no falte. Pero yo he conocido a dos Alcaldes más. El anterior, don Dionisio Barnuevo, y el actual, don Modesto de Bustos. Barnuevo me explica:

El día que murió mi padre vino Astrana Marín a copiar unas cartas de Quevedo que yo tenía en mi casa de Santa Cruz de Mudela. Don Francisco era como hermano de un antepasado mío, y las cartas se habían conservado de generación en generación. Cuando Astrana llegó, mi padre estaba agonizando, pero yo no quise entorpecer su labor de investigador por un dolor particular.

CARA A LA INDUSTRIA

Se dice aquí que por los Cámara se come y se divierte la gente en Infantes. La cosa tiene su explicación. Los Cámara Hermanos son los dueños del cine, de una de las



La iglesia parroquial fue construida con piedra rojiza en el siglo XVI. Acaba de ser restaurada



Un típico rincón en el centro de la ciudad

fábricas de harina, de un despacho de carne y del moderno Matadero Industrial. Está emplazado en el barrio de San Lucas, y en él, además de los productos cárnicos, se fabrican toda clase de conservas y los típicos quesos manchegos. Tiene una capacidad de producción de 6.000 cerdos, y son sus mercados Madrid, Andalucía y Levante. A las ocho de la mañana hemos visto el Matadero en plena actividad. La maquinaria es modernísima, y todo funciona con arreglo a la más perfecta higiene. Las operarias que embuchan los lomos, que, según parece, son la especialidad de la casa, visten uniformes verdes y cofias blancas. Después vemos los enormes secaderos de jamones, embutidos y quesos, y, por fin, el departamento de máquinas para fabricar envases, pues se traen de Vizcaya las planchas de hojalata y aquí mismo se construyen las latas. Funciona desde que terminó la guerra, y en él se han empleado muchos brazos.

La fábrica de harina de los Cámara tiene una producción de 12.000 kilos diarios. Funciona también desde hace pocos años. Al lado de la fábrica tienen los Cámara un molino de pienso y también una panadería.

La otra fábrica de harina que hay en Infantes es de Rodríguez Hermanos, y tiene una producción de 20.000 kilos diarios. Estas dos fábricas exportan sus harinas a casi toda España, pero principalmente a Andalucía y Levante. La característica de esta harina de Infantes es que rinde más, y por eso alcanza mayores precios; además, es insustituible para bollería fina, por lo que la demanda siempre es muy importante.

En cuanto al vino, que es su gran riqueza, Infantes tiene sesenta bodegas. Por los barrios viejos, donde las carreterías y las fraguas ponen su inconfundible sonido artesano, se encuentran las tapias de las grandes bodegas. Bodegas de Melgarejo, de Simarro, de González, entre muchas. En ellas se elabora un vino de 14 grados que se bebe por toda la geografía española. Muchas veces se vende con el nombre de otra localidad, pues hasta que Infantes tenga su ferrocarril está atada de pies y manos a quien quiera comprar sus caldos. La cosecha viene a ser de 500.000 arrobas, y se realiza una

eficaz labor para revalorizar el vino; tanto, que este año ha subido hasta 45 pesetas la arroba.

Pero el vino que hay que beber en Infantes es el de cien años, de la bodega de don José Luis Revuelta. Claro que este vino tan añejo tiene una particularidad: no se vende. Se regala a todas las iglesias de la ciudad para decir la misa. Y por eso, a esta bodega, que está en los sótanos del palacio de Revuelta, y construida con piedra de sillería, se la conoce como «La Sacristía».

Y si hablamos de quesos, del típico queso manchego, aquí la producción alcanza 120.000 kilos en los cuatro meses que dura la temporada quesera.

¡INFANTES, POR SANTO TOMAS DE VILLANUEVA!

En una ciudad de 10.000 habitantes como ésta, a mí me parecieron muchos 18 maestros. Pero la realidad era ésa, y no le di más vueltas. Nueve maestros y nueve maestras. Ellas, todas tienen nombres sonoros: doña Elena, doña Cleofé, doña Cecilia, doña Vicenta, doña Herminia, doña Consuelo y dos más que no recuerdo. Ahora, las maestras de Infantes andan muy atareadas confeccionando primorosas mantillas españolas, que rifarán para ayudar a los fondos de las fiestas del centenario de Santo Tomás.

El clima del pueblo es su santo, Santo Tomás. Que resulta que no nació aquí, sino dos o tres leguas más abajo, en Fuenllana; pero desde pequeño vivió aquí, y de aquí salió para ir a estudiar a Alcalá, y luego, de Villanueva de los Infantes tomó el nombre de Santo Tomás de Villanueva. Aquí está su casa, aquí el hospitalillo que fundó para viudas pobres y aquí el enterramiento de sus padres y las familias de los Belda y los Merlo son los descendientes del Santo. Por estas calles corrió el pequeño Tomás desnudo porque había dado su ropa a un niño pobre y por esa reja baja de su casa sacaba a los pobres los pollos, que llevado de su gran corazón robaba a su madre para socorrer a los enfermos y menesterosos.

La casa de Santo Tomás es ahora propiedad de don Manuel

Interior de la bodega de Manuel González, una de las más importantes de Infantes



La calle del Casino

Tercero, padre de José Antonio, el reserva del Atlético madrileño.

Para el centenario del limosnero agustino que se celebrará en septiembre, se ha constituido una Comisión ejecutiva que irá oficialmente a Madrid a coordinar los preparativos de la conmemoración.

En el pueblo hay tres tertulias de gente docta—aquí imperan los abogados—, la del Casino, la de la farmacia de Arroyo y la que se reúne en la tienda que tienen los Nova. Aquí veo por primera vez al señor arcipreste, don Ramón Gómez Rico, nacido en Daimiel, pero a quien por su entusiasmo por Infantes, le han hecho hijo adoptivo.

Afuera, la Plaza Mayor, una de las más bellas plazas de los pueblos españoles, está velada en estos momentos por la cortina gris de una fina lluvia. Bajo los soportales, viejos labriegos de blusa negra y típica montera de piel fuman cachazadamente. Enfrente, la iglesia parroquial de San Andrés, con su fá-



brica de piedra rojiza. es como una llama viva. En su torre hay dos banderas blancas. El viento y el tiempo las han desflecado en jirones.

—¿Y aquello qué es?—pregunto.

—Son las banderas de los misacantanos. Aquí hay infinidad de vocaciones. Doña Rosario Melgarejo, viuda de Silva, tiene fundadas muchas becas para muchachos de Infantes. Esas banderas están ahí hasta que otros nuevos sacerdotes del pueblo canten misa. Entonces se pone una nueva por cada misacantano—me explica don Antonio Morales, procurador y esrudito, que podía ser el cronista de la ciudad y se parece como una gota de agua a otra gota, a José María Sánchez Silva.

Doña Rosario es la limosnera del pueblo. Vive en Madrid pero aquí tiene su palacio, viene temporadas y aquí ejerce sus caridades. Angelita Carrizosa, la hermana del administrador, es la encargada de descubrir a los necesitados. Entonces Angelita dice a su hermano:

—Al hijo de fulana le hace falta estreptomocina, o a mengana le han recetado una cosa tan cara como el Rimifóns.

Y la bolsa se abre porque, por muy caro que sea el medicamento, doña Rosario tiene dadas a su administrador amplias facultades. Tanto, que me aseguran que anualmente reparte 60.000 pesetas en limosnas. Y además está construyendo treinta casas para otros tantos pobres. El señor arcipreste me dice ahora:

—Mire, acabamos de recibir una carta de doña Rosario. En ella nos ofrece 25.000 pesetas para ayudar al esplendor de las fiestas del Centenario, y nos adelanta que procurará dar órdenes para que se aligere la terminación de las casas para entregarlas ese día. También nos dice que podemos contar con su palacio para albergar a las personalidades que vengan de Madrid. Queremos que sea todo muy solemne. Nos gustaría que viniera el No-Do y los equipos de Radio Nacional, y vamos a invitar a varios oradores famosos para que hablen ahí en la plaza. Nos han prometido venir los Coros y Danzas de Madrid, Toledo, Ciudad Real y Córdoba. Vere-

mos si se puede conseguir todo.

Cuando salimos ya es de noche. Por un momento yo me imagino en el marco de esta plaza inigualable las fiestas del Centenario. Y creo que serán de una belleza extraordinaria. De pronto, un «Cadillac» azul rueda suavemente por la plaza y se pierde en el recoveco de la calle de José Antonio.

—Es el duque de San Fernando que va hacia su finca «El Salido». En esa finca tiene una de las mejores plantaciones de lúpulo de las que ahora se están cultivando en España—dice alguien. Más allá, unos «jeeps» arrancan chispas a las empedradas calles. Son los «Rover Land» de los Revuelta que vuelven del campo.

Decididamente sigo pensando que aquí el ayer y el hoy van en estrecho abrazo.

DIGAME, SEÑOR ALCALDE...

El apellido Bustos es de rancio abolengo en Infantes. En la iglesia de San Andrés está la capilla de los Bustos, y en ella estuvo enterrado Quevedo hasta que se exhumó para llevarlo a Madrid. Descendiente de aquella familia es el señor Alcalde, don Modesto de Bustos. Con la primera autoridad comentamos el alborozo del pueblo al enterarse de que la construcción del ferrocarril Baeza-Utiel va a ser una realidad.

—Fue un anhelo de nuestros padres que por fin vamos a ver cumplido. Este ferrocarril tiene su anécdota. El prócer infante don Manuel Yáñez, a quien, por su popularidad, se conocía aquí por «don Manolito», acometió la empresa de empezar a preparar la construcción a su costa. Pero fracasó y dicen que estas obras precipitaron su ruina.

Mientras recorremos la magnífica Biblioteca Municipal—que, dicho sea de paso, siempre está muy concurrida de lectores—, que dirige el señor Martín de la Hoz, don Modesto me explica:

—Ahora la ilusión de Infantes es conseguir un Instituto Laboral. La Corporación está llevando a cabo todas las gestiones para que esto sea un hecho. Y en tanto, seguimos preocupándonos

del agua, que fue el problema que abordaron intensamente mis dos últimos antecesores. Ahora estamos mejorando las instalaciones.

Andando, andando hemos vuelto al despacho de don Modesto, y éste repasa varios documentos que le ponen a la firma. Cuando termina me dice:

—Hace muy poco nos han instalado un Centro de Inseminación Artificial que dará gran incremento a la ganadería. Como ve, en Infantes tratamos de ir a un ritmo de progreso en todo. Voluntad no nos falta ni amor a nuestra tierra tampoco.

Mientras el señor Alcalde pronuncia estas últimas palabras yo pienso que ahora los pueblos españoles están resurgiendo de su sueño y de su inercia. Le pregunto si hay problema de paro.

—Ninguno. En la época en que el campo no se trabaja, la Corporación suele emplear a los braceros en el arreglo de las calles. Y en cuanto a obras asistenciales, gastamos unas 60.000 pesetas al año.

Con satisfacción, el señor Alcalde me dice, ahora, señalando con pausado ademán la parte derecha de su despacho:

—También funciona el Aula de Cultura, que está empeñada de momento en la labor de recopilar nuestro folklore y nuestra heráldica. Cada escudo de Infantes va a ser desentrañado. Por otra parte, hemos emprendido la construcción de un campo de deportes. Ahora, como usted sabe, estamos preparando las fiestas conmemorativas del Centenario de Santo Tomás. El Ayuntamiento, además de contribuir generosamente a su esplendor, ha encargado a un escultor valenciano una estatua del santo que será levantada en una de nuestras plazas.

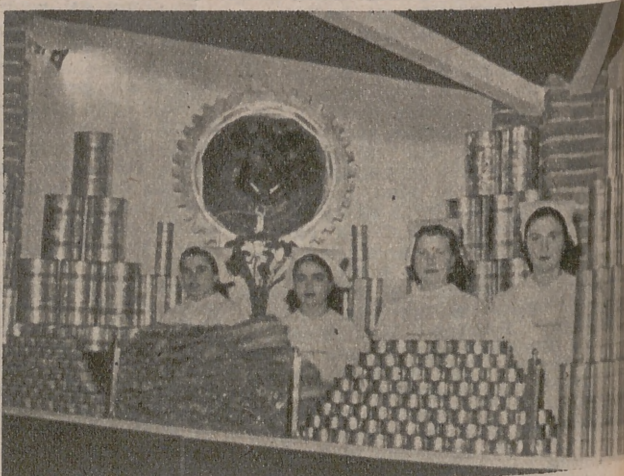
MAYORIA DE POETAS

—Todo el mundo que viene a Infantes dice que la ciudad tiene «duende»—me explica riendo Vicente López Carricajo, aparejador del Ayuntamiento y buen pintor de escuela moderna.

Y creo que tiene razón, pues la ciudad posee un extraño hechizo. También hay aquí un notabilísimo pintor, Rafael de In-



Una instalación para prensado de uva. En Infantes se cría uno de los mejores vinos de España



Exposición de productos del Matadero Industrial de los hermanos Cámara. Sacrifican 6.000 cerdos

fantes. Pero en las artes se llevan la palma los poetas locales, que suman buen número. Yo recuerdo ahora al abogado Miguel Fernández de Sevilla, Juan Núñez-Cacho, Arnaldo y Rafael Simarro y Almarza. ¿Y cómo olvidar a Luisa Lorenzo con sus frescos e ingenuos versos? Tengo que aclarar que Luisa es una mujer sencilla, de elemental cultura, pero de graciosa espontaneidad. Entusiasta de escritores y periodistas, a los que a casi todos conoce por sus nombres, me explica que, mientras se afana en las tareas de la casa y en coser la ropa de su marido y de su hijo, siempre encuentra lugar para leer algo. El «Quijote» la apasiona y se lo sabe casi de memoria. Pero mi encuentro con Luisa fué pintoresco y caigo en la tentación de relatarlo. Estaba yo oyendo misa en Santo Domingo cuando sentí que me tocaban un brazo:

—Es usted la periodista de EL ESPAÑOL, ¿verdad?

Y ante mi asentimiento, la mujer que me había interpeado exclamó:

—¡Qué alegría! La he conocido nada más que por lo que me habían dicho de usted. Ahora, cuando termine la misa, tiene que venir a mi casa a tomar unos almendrados y un poco de mistela. Estoy emocionada de conocer de cerca a una periodista.

Y no hubo más remedio que ir por no defraudar a la buena Luisa. Esta hizo hace poco unos versos al Generalísimo y se los mandó a Su Excelencia. Luisa me enseña entusiasmada la contestación de la Casa Civil agradeciéndoselos. También en la Feria del Vino, en el stand de Infantes, colgó un largo romance, en uno de cuyos versos decía dirigiéndose a José María de Moral:

*Muy señor Gobernador:
usted, que es todo moral...
¿verdad que el vino de Infantes
es la flor de Ciudad Real?*

Este entusiasmo por las letras va en Infantes desde los más eruditos a la gente de sencilla condición. Pero el caso más original que he visto es el de Ramón Rodríguez Vellón. Acaudalado y de buena familia, estudiaba ingeniero industrial cuando le sobrevino una enfermedad nerviosa. Dejó de estudiar y volvió aquí a ser simplemente un hacendado. Ahora no hay quien le gane en el pueblo en matemáticas de altos vuelos. Pero la debilidad de Ramón es presumir de extravagante. Es un estupendo recitador, y en las fiestas comarcales suele dar recitales haciéndose llamar «el gran Ranro». Su amor a la literatura le hace llegar a saberse de memoria «El Paraíso perdido», y es capaz de recitarlo durante cinco horas sin equivocarse ni en una palabra. En fin, «Ranro» es un tipo popular en Infantes.

Pero si hablamos de cosas populares no puedo dejarme en el tintero a la tejedora, la anciana Ana María Castellanos. Su rudimentario taller, con su telar de hace trescientos años y sus carcomidas devanaderas por el tiempo, son conocidos de todo el pueblo. Teje maravillosas telas, y a Pilar Primo de Rivera le fueron



Una bodega en plena faena. La uva llega al muelle de descarga. De ella saldrá un caldo excelente, de 14 grados

regaladas, cuando pasó por aquí, unas típicas alforjas hechas por Ana María. Cuenta setenta y siete años y me dice que su bisabuela ya tejía en este mismo telar. Es abuela de «Molowny», el dinámico Molero a quien apodan «Molowny» porque es un buen jugador de fútbol, y que es, a su vez, el distribuidor de EL ESPAÑOL en Infantes. Pero no crean ustedes que Molero es un hombre maduro. Molero tiene apenas veintidós años y trabaja al frente de su estanco y librería como un hombre de experiencia.

—Esto ha sido cosa mía. Se me ocurrió y quise que éte fuera mi trabajo. Yo no me quería contentar con ser labrador como mi padre—me explica.

Antes de marcharme del taller, la anciana Ana María me dice muy satisfecha:

—Mire, señorita, hasta en Madrid se han enterado que soy artesana...

Y esto lo dice porque de la Obra Sindical de Artesanía se le ha mandado la revista «Artesanía» por si quiere suscribirse. ¡Y claro que ha querido Ana María!

MI ENCUENTRO CON EL «QUIJOTE»

La presencia de la Orden Militar de Santiago ha quedado por todas partes. Las conchas adornan las portadas de los que fueron palacios y que hoy albergan cualquier industria y hasta mercados. En la que fué casa de los caballeros santiaguistas está ahora instalado el bar Cervantes. Los camareros enseñan a los forasteros la escalera con la magnífica cúpula en la que campea el escudo y la cruz de la Orden y el patio de columnas de hondo sabor de la época, al que ahora se asoman, desde las galerías altas, los rostros asombrados de unas humildes mujeres que viven allí, quizá en los amplios salones donde la Orden reunía el Capitulo.

Pero cuando hay que ver los patios de estilo manchego de Infantes es a la luz de la luna. Yendo por la calle de la Reina Gobernadora, si de improvviso se entra en los portales que dan acceso a los patios, encontraremos un cuadro de inigualable belleza. —Este es el patio de la casa de don Manólitto Yáñez.



Cuatro generaciones tejieron en este telar. Ahora, la anciana Ana María Castellanos sigue haciendo primorosas telas



El trigo es otra de las grandes riquezas de Infantes. Su cosecha alcanza cifras muy altas



En la fábrica de harinas de Rodríguez Hermanos se producen 20.000 kilos diarios

Y don Manolito Yáñez fué el del romántico empeño del ferrocarril.

Por la calle del Casino me dicen:

—Mire, éste es patio de la casa del Arco. El Gobernador, don José María del Moral, tiene predilección por ella. No hace viaje a Infantes que no venga a verla.

En esta casa, que fué del conde de Cabra vive ahora un fuerte negociante de transportes y su patio y su portada, por sí solos, bastarían para dar prestancia a una ciudad.

El clima del «Quijote» llega a uno a sugestionarle en Infantes. Desde luego, no se encontrará familia que no posea un ejemplar tratado como reliquia. Hablar del

loco hidalgo es aquí algo cálido y lleno de afectos. Y a tanto llega esto que yo me he sentido envuelta en la atmósfera de creer por unos días que Cervantes no tuvo tanta fantasía y que muchos de sus personajes eran reales.

Esto se hace posible porque le llevan a una a visitar la casa de aquel don Diego Miranda que hizo amistad con el ingenioso hidalgo al cruzar la llanura.

—Esta es la casa de don Diego Miranda, el caballero del verde gabán. Don Diego trajo a «Don Quijote» a deccansar unos días aquí...

Pero el caso es que cuando nos enseñan la cueva tenemos que reconocer que allí están los veinticuatro huecos de las veinticuatro tinajas de vino del Toboso que refiere Cervantes que el del verde gabán tenía en su casa y que hicieron exclamar a Don Quijote porque le recordaban a Dulcinea:

*¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!*

En la casa del Verde Gabán vive ahora un matrimonio. Ignacio y Ascensión, maestro y maestra. Siempre tienen preparada en esta casa una fuente de dulces manchegos para obsequiar al visitante que quiere ver el que fué hogar de don Diego Miranda.

—Ese es el hospital de Santiago que lo fundó el rico propietario Juan Pérez Cañuto, que fué el Juan Pérez Camacho del «Quijote». Aquí en este término de Infantes está la finca «Fuenlabrada», propiedad de los herederos del conde de Leyva en cuyos prados se celebraron «Las bodas de Camacho». La «Fuenlabrada» pertenecía también a don Juan Pérez Cañuto y la boda fué de una hija suya—me aseguran.

DESAYUNO EN LA OCA

Aquí dan ganas de levantarse muy de mañana Hay tantas co-

sas que ver que una se siente avara del tiempo y quisiera tenerlo para estirarlo y que diera para todo. Hoy no solamente me he levantado con el afán de ver cosas, sino porque tenía un compromiso. Mi compromiso es con el Hermano Tonizo, anciano de setenta y seis años. Aquí me cumple decir que en esta ciudad de costumbres patriarcales todo el mundo se llama entre sí, hermano, sobre todo a los ancianos. Me cuentan que un millonario mejicano que vino a ver los recuerdos de «El Quijote» se quedó edificado de esta costumbre. Mi anfitrión de esta mañana es, en realidad, el «hermano» don Tomás Pérez, a quien apodan Tonizo, hacendado y el anecdotario viviente de la ciudad. Don Tomás tiene aquí, en el caso de Infantes, unas dependencias destinadas a cuadras, donde hay también una típica cocina. Desde tiempos, don Tomás desayunaba aquí con sus gañanes antes de salir al campo y empezó a inventar extrañas y succulentas comidas. A tanto llegó su fama que no ha habido personalidad y ni siquiera obispo que no haya probado los primeros gastronómicos del Hermano Tonizo. Esta cocina se llama ahora La Oca, porque a raíz de la liberación fué invitado a desayunar aquí una personalidad que iba de paso por esta zona. Y al ver el excelente cocinero que hacía don Tomás, exclamó:

—¡Pero esto es la oca!

Desde entonces esta cocina del Hermano Tonizo se la conoce por La Oca, y quien viene a esta tierra de llana hidalguía es invitado a desayunar por don Tomás, hombre de sencilla condición, pero de cumplida fineza.

«LOS MAYOS» DE LAS DAMAS

Las tradiciones pesan en la vida de esta ciudad como un lastre de plomo y el paso del tiempo no ha tenido fuerza para desarraigadas. Pero la más bella expresión del folklore manchego son, sin duda, las rondañas de «Los mayos» que, saltando de la entraña popular, llena durante dos noches el ámbito de la ciudad con su música de sonido acompasado y primitivo.

Dicen que muchos infanteños, ausentes de su patria chica, vuelven a ella en esa época del año, sólo por escuchar las rondallas y los cantos.

En la noche del 1 de mayo no hay mujer soltera, casada o viuda que valga algo en Infantes, tanto por sus prendas físicas como morales, que no reciba el fino homenaje masculino ante su casa. Nadie encuentra desusado rondar a una mujer que no sea soltera, pues el «mayo» se echa más que nada como cortesía y amistad y hasta por agradecimiento. Así, un año se lo echaron por teléfono desde aquí a doña Rosario Melgarejo a su casa de la capital. Y otras veces lo cantan, incluso, a una niña recién nacida. Claro que casi siempre, y salvo estos casos excepcionales, interviene el amor.

Yo he visto a una muchacha asomarse trémula y recatada detrás de un postigo cuando la or-

questa de «Los Boliches» le cantaba:

*Dentro de esta casa
se cría una rosa.
Enriqueta se llama
esta niña hermosa.*

*Ya llegó la noche,
sea enhorabuena,
de cantarte el «mayo»,
regalada prenda.*

*Con pincel seguro
paso a dibujarte
tu gentil figura
sin dejar detalle...*

Y entonces sacaron a colación la belleza de la muchacha, describiendo sus ojos, su boca, su pelo. De notar es, que el «mayo» siempre es igual y sólo varía el nombre de la mujer. Es más, cuando en la noche del 2 al 3 de mayo se va a rondar a las cruces y las orquestas entran en las mismas iglesias, para cantar el «mayo del Señor», también dibujan con versos los dones y las cualidades de Jesucristo.

Pero en el «mayo» de este año yo he presenciado un caso gracioso. Aquella noche habían llegado muchos aristócratas de Madrid para asistir a la boda de una Bcville Soler, en la finca «La Casa del Monte». En el grupo venía una francesa: Francoise. A la que también echaron su «mayo» al igual que a la cronista. Pues bien, Francoise almotéó entusiasmada su sorpresa:

—¡Ah! ¡Maravillosos los españoles! ¡Y siempre le dicen en estos pueblos tantas cosas bonitas a las mujeres?

HOGUERAS EN LA NOCHE INFANTENA

La devoción a la cruz está ahincada en la medula y en el espíritu de la ciudad. En plena calle y en las fachadas campear cruces enormes. Pero esta devoción culmina en la noche del 2 al 3 de mayo. Todo Infantes es una cruz y una llama. Las cruces se levantan y adornan por todas partes con mucha más profusión que en la misma Andalucía:

—Estamos de cruces—se oye por todas partes; y la gente se afana por que la suya sea la mejor—. Desde la tres de la tarde, delante de cada casa o iglesia



Una calle del barrio de la Cruz Colorada, en las afueras de la bellísima ciudad de Infantes

que tiene cruz adornada, se enciende una hoguera, un enorme tronco de carrasca, que tiene que durar hasta el día siguiente a la misma hora, que es la de la Exaltación de la Cruz. Entonces, todas las campanas se echan al vuelo y se apaga el fuego. Las casas próceres tienen a gala y es costumbre que regalen las carrascas de las iglesias. Este año, doña Rosario Melgarejo regaló la de San Andrés; su hermano, la de Santo Domingo, y la familia Revuelta, la de la Trinidad.

En esa noche nadie duerme en Infantes. Es como un grandioso júbilo este deambular sin descanso de unas cruces a otras. Cada cruz tiene ocho o diez muchachas de guardia a las que llaman las «peanas». Y a cada visitante que entra se le ofrece la bandeja del «puñao», que contiene trigo tostado, almendras, pasas y estas menudas chucherías que hay que coger a puñados.

La mejor orquesta de cuerda que sale en esta noche del «mayo a las Cruces», es la de conocidos infantenos, todos ellos ya sesudos padres de familia. A esta orquesta se la llama «la antigua de los Parra, los Ordóñez y los Simarro», pues van en ella desde muchos años, entre otros varios miembros

de estas familias. Lo notorio de esta orquesta es que nunca ensayan y sólo se reúnen esta vez en todo el año. Sin embargo, su perfección es extraordinaria. Al atardecer de ese día se reúnen en la bodega de Simarro para comer pantagruélicamente, pues el trabajo de cantar y tocar toda la noche, atravesando una y otra vez la ciudad, dicen que termina por extenuarlos. La orquesta cuenta con un auténtico «Stradivarius», que Antonio Ordóñez le compró a un húngaro. Entre unos instrumentos y otros, esta orquesta estremece al oír la a lo lejos en esta noche, donde cada calle nos devuelve el eco sonoro de las rondallas.

En los barrios extremos y poco alumbrados, el resplandor de las hogueras asemeja un fabuloso aquelarre. Yo, sin querer, y a pesar de su sentido religioso, le entraba a todo esto la reminiscencia pagana del culto al fuego.

Y así queda Infantes, prendido en el tiempo y prendidas en él sus tradiciones de un año a otro, como un puente tendido sobre el pasado y el presente.

Blanca ESPINAR
(Enviado especial)

UN PRODUCTO QUE PERMITE AFEIARSE CON CUALQUIER HOJA

Debido al afeitado diario, la piel del rostro se vuelve sensible, delicada y se irrita al más ligero contacto de la hoja o navaja. Algunas veces es un suplicio afeitarse. En la actualidad estos inconvenientes son definitivamente resueltos gracias al maravilloso masaje crema KEXTERY. Basta hacer un ligero masaje antes de enjabonarse para que pueda afeitarse sin irritación, sin molestias y sin dolor. Y, lo que es más importante, se puede afeitarse CON CUALQUIER HOJA, lográndolo que corten más. Además, regenera, nutre y fortalece el cutis, volviéndolo sano, terso y juvenil

¡ES LA MARAVILLA COSMETICA DE NUESTRO TIEMPO!

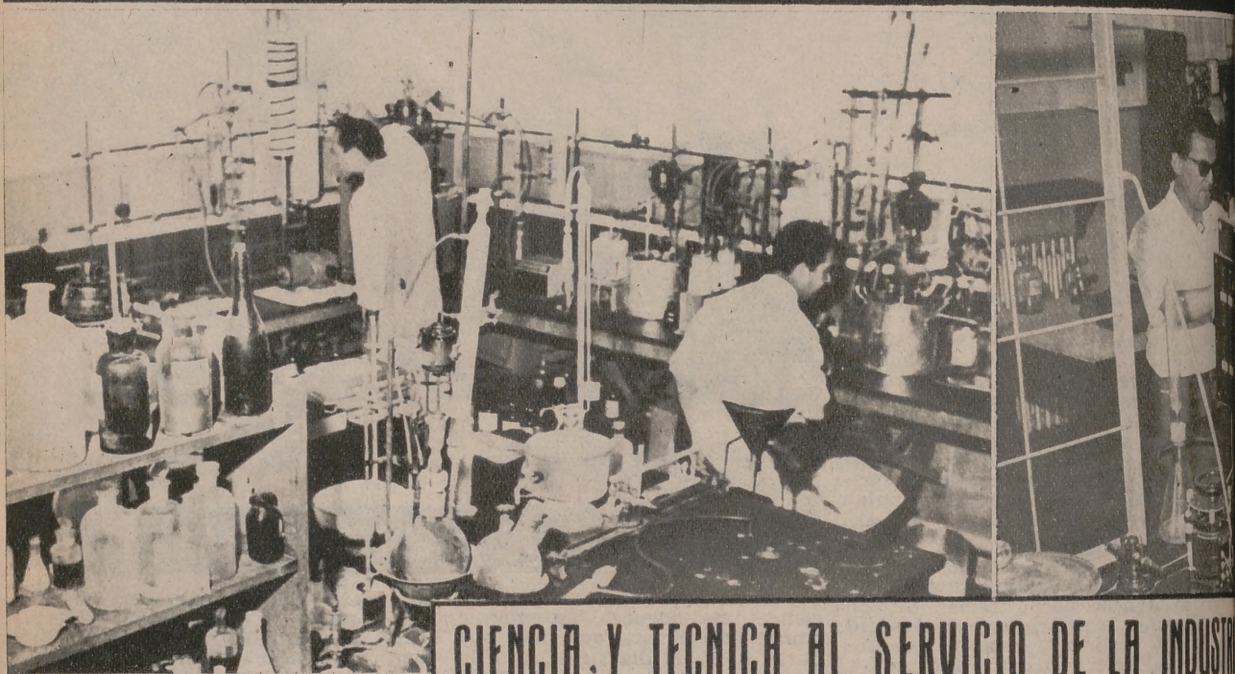
TUBO NORMAL PARA MAS DE 40 APLICACIONES: 11,65 PESETAS

TUBO DOBLE CONCENTRADO PARA MAS DE 40 APLICACIONES: 14,80 PESETAS

PÍDALO EN PERFUMERIAS

De no encontrarlo en su localidad, dirijase al apartado 1185, Barcelona, y se lo remitiremos contra reembolso

ESPAÑA NO SE QUEDA ATRAS EN LA INVESTIGACION CIENTIFICA



CIENCIA Y TECNICA AL SERVICIO DE LA INDUSTRIA PLASTICOS Y CAUCHO - SE ENSAYAN FORMULAS ESPAÑOLAS

PROGRESO EN UNA ACTIVIDAD DECLARADA DE "INTERES NACIONAL" EN

EL PLASTICO ES UN FRUTO DEL TIEMPO

NATURALEZA verde, en buen cuidado y orden; colores gris y rojizo en los edificios, de arquitectura clásica y moderna; silencio dominante, absorbente y en estatismo, acentuado por el predominio de líneas horizontales, que casi atenaza... He aquí el conjunto de sensaciones al llegar a la que podríamos llamar gran plaza de la Ciudad de Investigaciones Científicas.

Hace años, no muchos, en estos parajes de los altos de la calle de Serrano no había más que un simple Instituto de Física y Química, gracias a la generosa donación de la International Education Board, fundada por Rockefeller. La realidad espléndida, viva y operante de tantas edificaciones, hoy en torno, tienen un signo, significan lo que va de 1931, fecha inaugural del primitivo edificio, a 1955. Expresan la diferencia entre un escueto regalo y la fecunda complejidad, ejemplar para propios y extraños, lograda con iniciativa y esfuerzo propios. De momento, las piedras hablan.

Una, a lo sumo dos personas aparecen de vez en cuando entre las graves columnas de entrada o por los andenes ribeteados de plantas. Poca gente sale y entra. Veo ya una diferencia fundamental con la Universidad. No se trata de centros docentes. A mi alrededor hay centros de investigadores, pero de investigadores profesionales, de hombres cuyo objeto vital es la investigación misma. Esto es en España una novedad reciente que por fuerza ha de repetirse en su futuro.

Oyendo las propias pisadas entra uno en el edificio más antiguo, donde ahora se albergan los Institutos «Alonso de Santa Cruz», de Física; el «Rocasolano», de Químico-Física, y el «Alonso

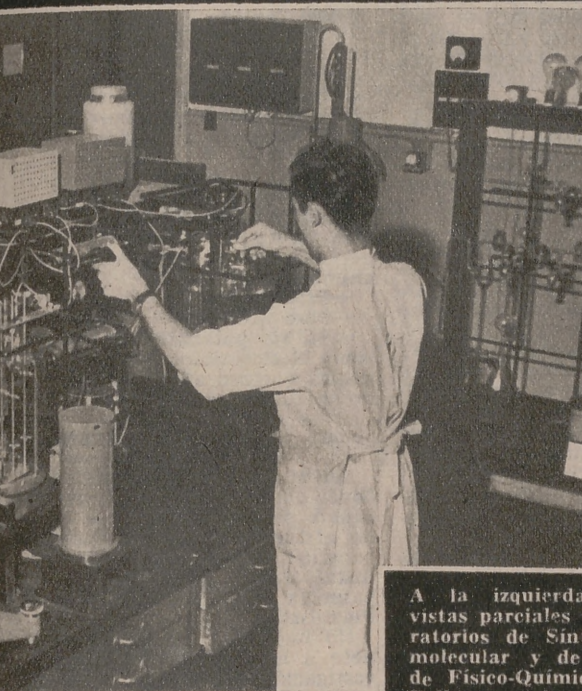
Barba», de Química Orgánica. En la tercera planta de este último tiene alojamiento el Departamento de Plásticos, del Patronato «Juan de la Cierva», de Investigación Técnica, en cuyo vestíbulo adivinase en seguida su carácter funcional, práctico, de aplicación. Todo adecuado, en busca de efectividad. Aunque el tiempo no tiene valor para la investigación pura, sí acucia en la investigación aplicada.

Hay que mirar, con impertinente curiosidad, para saber qué y quién hay, y lo que pasa, en cada uno de los múltiples laboratorios existentes a los dos lados de largos y rectos pasillos. Hasta las puertas de los laboratorios parecen graduados: cada uno tie-

ne un número en una de las caras verticales, pero a distinta altura en cada puerta, de modo que pueden verse todos, con el efecto óptico del índice de una agenda, desde el comienzo del pasillo. Seis o siete cables gruesos, juntos y horizontalmente colocados a lo largo del eje del pasillo, pero distantes del techo, hacen mirar con recelo hacia arriba.

—No pasa nada—dice sonriendo el primer químico con que tropecé.

Confiado, aunque no muy tranquilo —reacciones del primer día— fuimos avanzando... Número 311, número 312, número 313, etc. Y por alguna puerta entreabierta, esto: cubetas, probe-



A la izquierda ofrecemos vistas parciales de los Laboratorios de Síntesis Macromolecular y de la Sección de Físico-Química de Altos Polímeros. A la derecha una nariz y un ojo, de plástico, que se utilizan en cirugía

tas, tubos de cristal en todas posiciones y direcciones. Pequeños mundos de brujos. Alquimia del siglo XX.

CIENCIA Y TECNICA AL SERVICIO DE LA INDUSTRIA

Cachimba en boca, que retira rápidamente para dar suelta a palabras no menos rápidas, es el retrato impresionista del doctor Infiesta, director del Departamento de Plásticos. Luego se manifiesta agudo, punzante, ordenador y de fácil síntesis de cuanto ocurre. Parece en perpetua sonrisa, aun en las más veloces y escueltas disposiciones. Joven. Y chispeante. Sevillano.

—El trabajo es por equipos.

Me lo dice el doctor Infiesta señalando a un joven de bata blanca, aparecido de pronto para hacer una pregunta.

—Un doctor.

Sonríen los dos, mientras piensan en el sentido de proyección hacia el futuro que tiene todo lo que me rodea. Supe después que en el Departamento —que consta de 25 personas, entre químicos,

físico-químicos, un ingeniero de Telecomunicación y peritos industriales—no hay más que gente joven, gente que hace muy pocos años dejó la Universidad o la Escuela Especial. Ocho de ellos son doctores.

Parece extraño encontrarse dentro de un gran edificio sin percibir ruido alguno. A veces pifan los grifos o zumban levemente los infiernillos de gas. Por lo demás, silencio. Aquí descansa el oído. Sólo trabaja, y mucho, el ojo. El ojo escrutador de colores, de partículas, de precipitaciones, de graduaciones térmicas. Pero no hay quien vea por parte alguna los plásticos. A lo menos, hoy. ¿Qué se hace aquí? El silencio y la actitud expectativa de los investigadores evocan el escenario de una película muda y con cámara lenta.

—No somos industria.

—Entonces, ¿qué?

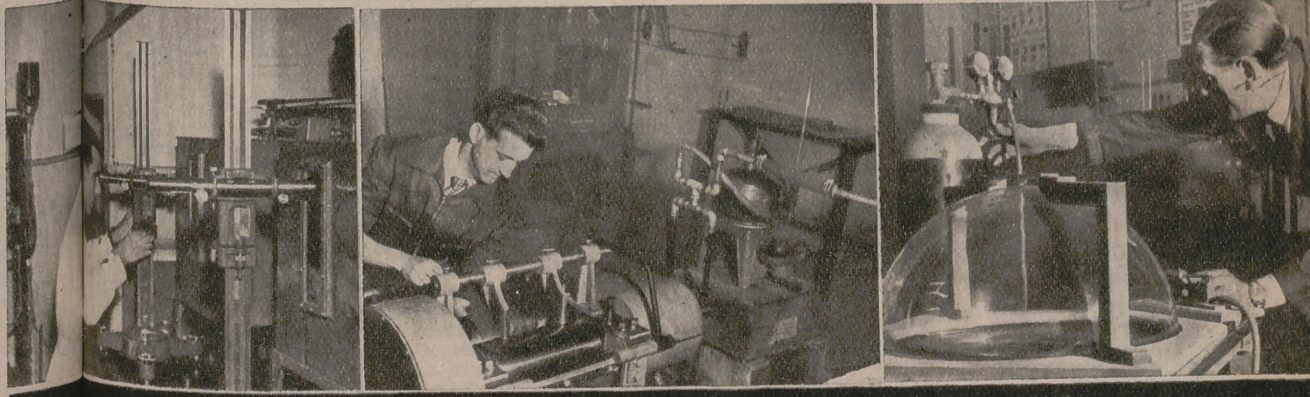
—Nuestro objetivo es fomentar

el progreso técnico de la industria nacional de plásticos y caucho, emitiendo informes, verificando ensayos y análisis, evaluando consultas que le planteen, tanto organismos o entidades oficiales como industriales y particulares. Disponemos, además, de un servicio bibliográfico para tener al tanto a los abonados de los últimos avances técnicos. Y, por último, nuestra «Revista de Plásticos», magnífico cauce de comunicaciones entre el Departamento e industriales.

Con estas mismas normas actúa el Patronato «Juan de la Cierva» a través de sus Institutos, que son muchos: el «Torres Quevedo», de instrumental científico; de Construcción y Cemento; del Combustible (con secciones en Zaragoza y Oviedo); de la Grasa y sus Derivados; de Racionalización del Trabajo; de la Soldadura; del Hierro y del Acero; de Electrónica; de Investigaciones Pesqueras; de Óptica Técnica; Departamento de Química Vegetal; de Fermentaciones Industriales; el Centro Experimental del Frío y los Institutos coor-



El director del Departamento de Plásticos, doctor Infiesta



Secciones de investigación y ensayo al servicio del plástico español



Una plancha de plástico rojo hace en esta fotografía efectos de filtro

dinados de Investigaciones Técnicas, el Laboratorio de Investigaciones Electroacústica; «Laffon-Selgas», la Asociación Electrónica Española, la División de Investigación Industrial de la Comisión de Piritas Españolas y trabajos bajo la dirección de Comisiones especializadas en Energía Eólica e Investigaciones Textiles...

En fin; nombres de Institutos bastante prosaicos, de cosas y ocupaciones del cotidiano afán. ¿Para qué? El fallo en el estudio y técnica de estas materias ha sido ahora el gran fallo de la industria nacional.

UNA INVENCION QUE AHORRA ENERGIA ELECTRICA

En el hombre actual se advierte, desde luego, una idea de mundo, de vida nueva, voluntaria o impuesta. Puede ser que el instrumento haya dado un golpe de Estado. Lo cierto es que hace tiempo viene hablándose de Era de lo Automático, de la Estadística, Era del Plástico y, por último, Era Atómica, que es la más torante y tronante. En cualquier caso, las denominaciones son índice del progreso científico y técnico de la Humanidad. Esos nombres dicen que por ahí vamos ahora.

Pensando y pensando tales cosas en el Departamento de Plásticos, donde ni un objeto de plástico había visto todavía, dobló una esquina un joven con un gran aislador en la mano.

—¿De plástico?

—No.

El doctor Infiesta retira rápi-

damente la cachimba, ríe y la vuelve a la boca. De sus manos pasa a las mías el aislador, de buen peso y tamaño, no menos de 30 centímetros de altura.

—Esto dice, izándolo de cuando en cuando—está aquí, porque hemos logrado, si no el producto, por lo menos, un procedimiento nuevo para hacerlos más eficaces y ahorrar unidades, muchas unidades, en un largo tendido. Es decir, una mejora en la modernización de telecomunicaciones.

—¿En qué consiste esa novedad?

—En que los clorosilano o silicón, que así es llamado el producto, se aplica en estado gaseoso. En el extranjero, líquido.

—¿Y tiene efectos económicos?

—Claro. En las grandes líneas suele haber pérdidas muy sensibles de energía, al convertirse los aisladores en conductores por efecto de la humedad... Pues con silicón en forma gaseosa el aislador mejora cinco veces. Por tanto, si antes había que colocar relevadores cada 40 kilómetros en zonas húmedas, con este procedimiento de aplicación podrían situarse a más de 200 kilómetros. Ahorro de piezas y de energía.

—¿Y el coste?

—En condiciones de tipo normal no llega ni a céntimo. Se gasta 0,4 gramos de producto en 100 aisladores.

—Pero será difícil su fabricación industrial.

—Al contrario. En nuestro propio laboratorio podría obtenerse en un año la cantidad suficiente para todos los aisladores de España.

—¿De dónde venía antes?

—De Norteamérica. Pero de aplicación en líquido.

—¿Y cuál es el efecto de la silicón?

—Repeler el agua, la humedad. No deja mojar. En los tubos de neón, donde una parte ha de estar totalmente libre de humedad, se hace imprescindible.

El clorosilano o silicón es un producto líquido, que en contacto con el aire se evapora. Incoloro y de olor poco recomendable. Al evaporarse, se adhiere a la superficie. En realidad no hay adhesión, sino reacción química con la microcapa de humedad que tiene todo cuerpo.

—Me preocupan los enemigos. ¿Tiene enemigos?

—Puede ser el polvo.

De pronto iza de nuevo el gran aislador, testigo mudo y esperanzado del diálogo.

—En esta parte hueca —señala.

metiendo la mano— se condensa la humedad. Entonces queda sólo de aislante el grueso de la porcelana. Consecuencias: resquebrajamiento. Porque la corriente es de 200.000 voltios.

—Una incógnita: ¿cuánto duran los efectos?

—Muchos años.

—Habrán realizado pruebas.

—Hay una línea experimental desde Estepona a Málaga, de mil aisladores.

Vuelve el pesado aislador al suelo. Requiere algún esfuerzo su movilización. Y, de pronto, surge una faceta nueva, para mí inesperada, cuando, cargando la cachimba, añade:

—Está patentado.

—Pero ¿cómo!

—Sí, sí; patentado. El estudio sobre el clorosilano, al que hemos dedicado cinco años, ha terminado en cuatro patentes.

ONCE PATENTES

Quien patenta no es ni éste ni aquél químico, sino el Patronato «Juan de la Cierva», que luego los ofrece en público concurso. El beneficio revierte en mejoras de instalaciones. Once son ya las patentes del Departamento de Plásticos.

No hay duda: el futuro pertenece a la investigación, pero investigación organizada. Nada del medio brujo escondido en un sótano. Investigadores en equipos. Lo dijo Edison: «La invención es un 98 por 100 de transpiración y un 2 por 100 de inspiración. En otras palabras: un 98 por 100 de organización y un 2 por 100 de genio.

Hoy no hay país que no considere a la investigación factor fundamental del progreso económico. Datos, por una sola vez: Estados Unidos aumentó su población, desde 1900 a 1940, de 75 a 130 millones de habitantes. Mientras que en otros países un aumento así lleva consigo cierta ecasez, si no miseria allí ha ido acompañado de mejores condiciones de vida, más recreo, una vida prolongada y mejor salud. ¿Causas? Se han determinado tres factores: libre iniciativa, sus enormes recursos y el avance de las ciencias y de sus aplicaciones.

Rumiando mentalmente tales cosas, llevo al laboratorio 315. Hay movimiento. Gente con bata blanca van de un aparato a otro. Contemplo algunos casi en cuclillas, en torno de un gran recipiente, algo así como un gran lebrillo semieférico. Uno de ellos, con largo termómetro, controla la temperatura del agua del recipiente. Otro, muy inquieto, dinámico, pendiente de todos los detalles, acerca una especie de matraz con líquido viscoso hirviendo para verterlo por una embocadura.

—Nada veo. No sé lo que hay ante mis ojos. Sólo contemplo líquidos claros y nada más.

—¡Ahí hay una burbuja!—exclama uno.

—Es de aire. No tiene importancia—contesta el doctor Fontán Yanez, que es el joven dinámico antes aludido.

Aproximo cuanto puedo mis ojos al líquido. «¿Burbuja?», dije para mí. ¿Dónde?

—¿Se trata de una patente?

—Pues, sí. Materiales coplados de mucho grueso, que por los mé-

todos normales no pueden obtenerse. En este departamento los hemos conseguido.

—Y en este caso concreto de qué se trata.

—Una semiesfera de 60 centímetros de diámetro y una pared de 20 milímetros, capaz de soportar presiones de hasta 40 atmósferas.

Acercándome mucho quiero localizar, distinguir la esfera. Oigo a mis espaldas:

—Tiene que solidificarse.

OBJETIVO: MATERIAS PRIMAS NACIONALES

El doctor Fontán Yanes es muy joven. No pasa de los treinta y tres años. De complexión fuerte, algo desairado por el pelo, mirada fija y escrutadora y voz de tono muy alto. Es muy dado a mover los brazos. Meticuloso y ordenado, poco asequible al cansancio. Es el jefe de la Sección Química del departamento.

Muy rápido se dirige a un estante—hay pocos estantes, porque el espacio pertenece casi en exclusiva a tubos, hornillos, estufas...—y vuelve con un trozo de plástico, pero relleno de esparto. Por fin contemplo el primer plástico en este corto viaje por laboratorios de la especialidad.

—¿Una patente?

—Está en ensayo. Será un material de muchísimo provecho en la construcción.

—¿A dónde van a llegar la Química y la Física?—me pregunto. Aquí están preparando al esparto un nuevo destino.

—Pero, sí, hemos conseguido políesteres reforzados con tejidos de vidrio por un procedimiento nuevo y partiendo de productos nacionales.

—¿Y qué es eso de los políesteres?

—Resinas transparentes.

Estas resinas tienen la gran virtud de no ser atacadas por los agentes atmosféricos, menos oxidables que los metales, muy resistentes, poco peso, aislante térmico y acústico y no temen al agua. Es natural que su principal destino sea la construcción, carrocerías de coches, garajes...

—Puede tener plaza hasta en la guerra.

—En la guerra, ¿de qué?

—De casco. Tan duro y resistente al impacto como el metal, es menos pesado.

Dando una vuelta por todo el contorno de este laboratorio 315, no veo, o no resaltan, más que tubos de cristal en todas posiciones y direcciones. Algunos más complicados semejan aparatos intestinales al desnudo. Por ellos pasan los cuerpos en sus forzados cambios químicos y físicos, domando con su frágil naturaleza ímpetu a veces devastadores. Son la ciencia y la técnica las dos muletas de la inteligencia humana. La ciencia y la técnica, que han logrado este nuevo mundo de los plásticos arrancándolo de la madera, del carbón, del aire, del agua, del algodón, de la leche, de la tierra caliza, de aceites y grasas y del petróleo. Esto último es el fundamental y pre-

cisamente no lo tenemos. Como tampoco tenemos gran parte de las materias primas, algunas de las cuales hay que conseguir por vía de síntesis.

—Precisamente, el principal objetivo del departamento—dice el doctor Fontán, manteniendo bien derecho el dedo índice—es fomentar el estudio para la obtención de plásticos de productos nacionales y activar la consecución de derivados químicos de nuestras materias primas.

LOS PLÁSTICOS Y LAS INSTALACIONES DE AVILÉS Y PUERTOLLANO

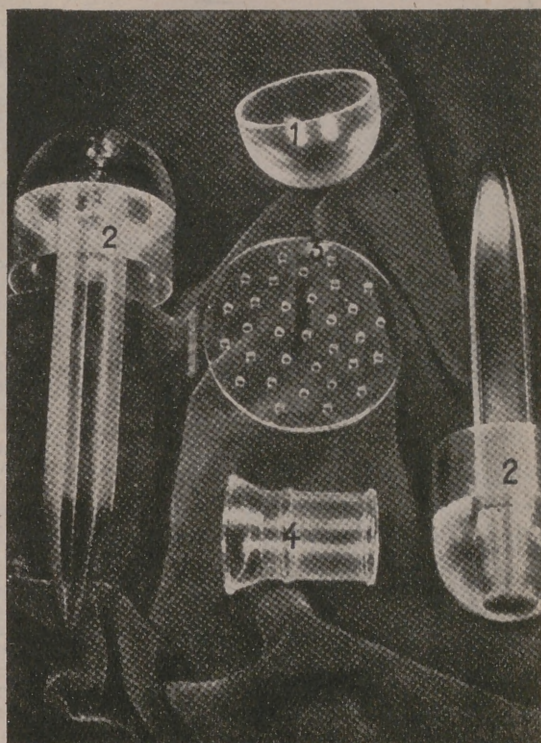
Porque la industria del plástico no es tan vieja en España. Poco antes de 1936, según las estadísticas de aquellos

tiempos, no pasaba de las 200 toneladas anuales la producción de materias plásticas.

Fue a partir de 1939, al amparo de protección estatal, cuando surgieron iniciativas. En 1947 fue declarada de «interés nacional». Pero tropezó con la falta de materias primas, y esto coartaba la iniciativa para una producción en escala industrial, puesto que había que recurrir a la instalación de una cadena de industrias auxiliares.

Hoy puede calcularse en unas 800 las industrias de transformación existentes en España, de las que 150 merecen la consideración de grandes industrias. Cerca de 200 de segunda categoría. Y el resto, pequeñas industrias de muy variadísima producción. No les faltan consumidores: industrias eléctricas, del automóvil, textiles y esa inmensa variedad de artículos que llenan almacenes y escaparates.

¿Actualidad y perspectivas? Qu



Algunas piezas de plástico utilizadas en la cirugía: (1) Casquete para cabeza de fémur. (2) Cabeza de fémur. (3) Pieza de cráneo. (4) Tubo de arterias (muy ampliado)

en España hay fuentes de materia prima para la obtención de materiales plásticos es innegable. Pero hay que realizarlo, lograrlo. Para eso, y para verificar la calidad de productos y métodos ideados por empresas privadas, ha nacido el Departamento de Plásticos del Patronato «Juan de la Cierva».

Realidades próximas casi tangibles: una producción suficiente de cok—hasta ahora deficitaria—en las nuevas instalaciones de Avilés, que proporcionará gas en gran cantidad; casi 10.000 toneladas de etileno, según cálculos. Por otra parte, las dos destilerías de petróleo, que ya funcionan, más la que está en construcción, unidas a las instalaciones de Puertollano, darán con los subproductos del petróleo buen abasto a industrias de plásticos. Ahora están aprovechándose los excedentes de acetileno y subproductos del alquitrán, pero el formol hay que obtenerlo por vía



Coloquio entre los jefes de Sección del Departamento de Plásticos del Patronato «Juan de la Cierva». De izquierda a derecha: doctores Martín Guzmán, Fontán Yanes y González Ramos



Plancha de plástico decorada imitando concha

sintética. Incluso tenemos una fábrica de caucho sintético en la costa catalana.

Barcelona, Vizcaya, Guipúzcoa y Santander son las provincias de mayores grupos industriales de plásticos, a las que siguen Valencia, Zaragoza y Madrid.

EL PROBLEMA DE LOS LABORATORIOS EN LAS INDUSTRIAS

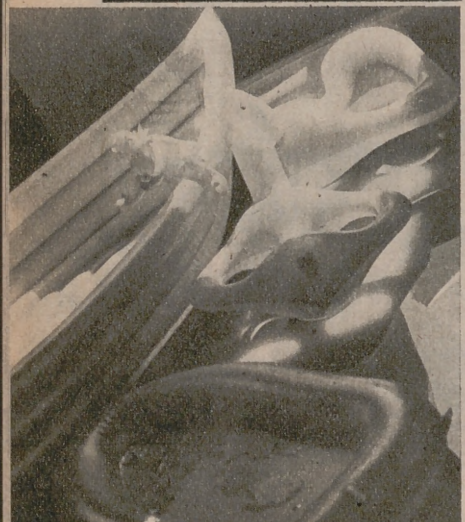
En otro laboratorio sorprende a un joven doctor en el momento de alzar una probeta como en un brindis de «Marina». Observa un líquido amarillo. En torno, gran silencio.

Y pensé: Este es el lugar donde la imaginación tiene poco, muy poco, que hacer. Hasta los juicios hay que frenar. Aquí no cabe más que el binomio «disciplina-trabajo». Pero trabajo continuo.

Era el jefe del Laboratorio de Análisis, doctor Gorzález Ramos. Muy joven, alto, siempre sonriente, parsimonioso y de abundante «eseño» andaluz.

No lejos, en el laboratorio de Físico-Química, otro doctor joven, Martín Guzmán, escribe con

Artículos de playa realizados con plástico



rapidez casi taquigráfica. Es hombre atlético, de voz gruesa, que parece siempre dispuesto a algo.

—Esto es un laboratorio de medidas —dice mientras me dedico a saltar con la vista de instrumento en instrumento

Comprendiendo mi expresiva ignorancia, amplía:

—Al mismo tiempo que las investigaciones que se realizan existe una serie de problemas de inmediato interés para la industria, que pueden ser resueltos con las técnicas ya instaladas. Por ejemplo: determinación de magnitudes moleculares por osmometría y viscosimetría de precisión; estudio de la distribución de pesos moleculares.

—Permítame manifestarle mi desconocimiento. Pero, ¿todo esto tiene aplicación, está relacionado con los procesos industriales?

—No sólo con la fabricación, sino también con la transformación de los materiales plásticos en las prensas de moldeo. ¿Qué le ocurre al peso molecular medio de un material de moldeo después del moldeo? ¿Ha sufrido una degradación fuerte? ¿Cómo están relacionadas sus propiedades físicas con el peso molecular?

Se acerca a un aparato mientras, silencioso, le sigo con la mirada. Y continúa:

—Los problemas físicoquímicos en el campo de las macromoléculas suelen ser muy complejos. Requieren, por tanto, un equipo experimental especializado, en donde la precisión de las medidas es factor fundamental.

—Claro, y nuestras industrias no cuentan con ello.

—De ahí la necesidad de colaborar con este departamento, no sólo para hacer determinaciones sobre productos, sino también para investigar ciertos procesos y aplicaciones, no siempre factibles en los relativamente simples laboratorios de las fábricas cuando existen.

—Ya, ya.

—Y otras muchas cuestiones relativas al trabajo con materiales plásticos pueden estudiarse satisfactoriamente en este laboratorio, el primero en su clase que se ha instalado en España.

SE ENSAYA CAUCHO ESPAÑOL

Un aparato, en el que dos argollas tiran por los extremos de una cosa parecida a goma, y un joven que observa la que marca un dinamómetro, este fué el cuadro que encontré al entrar en la Sección de Caucho.

—Este aparato, que es el de tracción, sirve para señalar el límite de elasticidad y la fuerza que para ello se requiere.

—¿Maquinaria española?

—¿Españoles? Dos dinamómetros, la prensa, el mezclador de cilindro, un flexómetro y un oscilógrafo.

El doctor don Joaquín Royo parece el más joven de todo el equipo, ya de por sí eminentemente joven, del Departamento de Plásticos.

—Entonces, ¿no se hacen ensayos?

—Sí, sí. Pueden hacerse de tracción, comprensión, dureza, desgaste, envejecimiento, plasticidad y desgarrar...

—Casi todo por encargo de industrias.

—Claro. Todo relacionado con la vulcanización.

Ahora precisamente tiene el encargo de investigar en una mezcla de goma, con el fin de conseguir mayor velocidad de vulcanización en el mínimo de tiempo; es decir, el máximo rendimiento de la maquinaria. Es, por lo visto, un problema que intriga a otras Empresas extranjeras. Ejemplo: Una Casa italiana ha hecho el mismo encargo a la Casa Bayer. Por otro lado, la Empresa Nacional «Calvo Sotelo» tiene en curso aquí el ensayo de las mezclas del caucho de guayule, de producción nacional.

Sabido es que en España no hay caucho. Hay que importarlo. En vista de ello, se ha plantado, por vía experimental en varias provincias el guayule, un arbusto traído de Méjico, del que se obtiene caucho. Hay que esperar su aclimatación, cosa en cierto modo muy probable, porque se da en terreno árido y seco. Pero no se ofrece fácil; hay que arrancar la planta, esperar que se seque y después molerlo. Y luego, esperar cinco años al nuevo arbusto.

—Desde el punto de vista económico tal vez no sea muy conveniente.

El doctor Royo insinúa un movimiento de hombros. Ahora parece que le preocupa la mezcla de goma. La goma pesa en la balanza de nuestro comercio exterior. El calzado de goma—alpargatas y zapatillas—es un producto muy español, especialmente levantino del que se exportan grandes cantidades; principalmente a Norteamérica y Francia.

PLASMA SANGUINEO DE MATERIAL PLASTICO

No cabe duda: el plástico es un fruto del tiempo, pero dando a la palabra tiempo acepción y dimensiones históricas. A esta vida veloz de la segunda mitad del XX sólo puede servir algo ligero, resistente y eficaz. ¿Puede satisfacer la lenta tramoya del hierro, del acero y la madera? Así resulta que para los poliesteres, etc., cada día es una conquista. Parece buscarse levedad, en beneficio de la velocidad.

En hangares, armaduras de avión, estructuras de coches, hélices de helicópteros... Flotadores de caucho que se inflan en el momento de ser usados, tiene el Ser-



Un teléfono y un violín, totalmente de plástico



Los comercios ofrecen al público una enorme variedad de artículos de plástico, cuyo uso se extiende cada día más

vicio de Guardacostas norteamericano para el estacionamiento, en el agua, de los helicópteros... Desembarcaderos portátiles y autopistas y pistas de aterrizaje.

—¿Supera al asfalto?

—Aparte de las condiciones atmosféricas, la superficie de caucho es más duradera, los cimientos están mejor protegidos y el coste de conservación es más bajo.

En utillajes, tuberías, tapicería, decoración, carrocerías, motocicletas, carritos para inválidos, coches, cisternas, faros, parabrisas, paneles.

—¿Quiere usted, para soportes, espuma de caucho o muelles?

Tal fué el interrogatorio de una encuesta en Norteamérica. El 70 por 100 prefirió la espuma de caucho.

El nuevo mundo—por lo menos, con nombre nuevo— está a la vista: tabiques de laminado fenólico, losetas de policloruro de vinilo, tejados de poliéster, revestimientos de cocina y cuartos de baño con polietileno, y decoración de resinas acrílicas. Y muebles.

—¿Ventajas?

—El suelo vinílico es de gran brillo, incombustible y aislante del sonido. Las resinas acrílicas transmiten la luz.

Sigamos entonces: en el campo de la Medicina y Cirugía: casquetes y cabezas de fémur, piezas de cráneo y tubo de arterias, los llamados pulmones de acero, ojos artificiales, dientes y paladares... Y la polivinilpirrolidona...

—¿Eh?

—Un plasma sanguíneo artificial, que ha contribuido a salvar muchas vidas en la pasada guerra mundial.

Y, en fin, trozos de cara, que no son más que policloruro de vinilo.

LA MARCA DE CALIDAD

En este orden de cosas alegres y casi ingravidas, y a veces de ficción, que nos envuelve, hay peligro de engaño.

—Hay que ir a la normalización, dice el doctor Infiesta, quien, además de director del Departamento, lo es también de la Sección de Desarrollo Industrial y Normalización.

Y la razón es: se hace necesario conocer las propiedades más destacadas de un producto por medio de ensayos, pero ensayos

hechos bajo normas o procedimientos comunes a todos los utilitarios. Es la mejor manera de llegar a la garantía. Como son tan variadas y múltiples sus aplicaciones, la única manera de no defraudar a los utilizadores que cada material vendido sea empleado en aquellas aplicaciones más adecuadas a sus características. ¿Qué pasaría con un plástico usado en Medicina sin las propiedades necesarias? ¿Y en una barca? ¿Y en un avión? Es imprescindible dar unas normas de ensayo y una tabla de características.

—Esto significa una aportación a la industria.

—Cierto. Así ha sucedido a los alemanes. En Alemania y otros países se ha introducido la «marca de calidad».

—Esa «marca de calidad» será una garantía para los compradores.

—Viendose que en una factoría se llenan de un modo regular las condiciones exigidas, se le permite marcar el producto.

Aquí, en España, creo que no está lejana la aparición de la «marca de calidad» determinada por ensayos y comprobaciones en el Departamento de Plásticos.



Muñeco realizado con «marrón» de plástico

ESPAÑA, CARA AL FUTURO

He llegado a varias conclusiones. Una: la investigación, lejos de una carga, es una inversión de mucha renta. Un ejemplo: la empresa norteamericana Unión Carbide and Carbon Corporation dedicó en 1954 la cantidad de 40.000.000 de dólares, más del 4 por 100 de las ventas, a investigación. Los libros de contabilidad, no la fantasía, dan testimonio. Su director ha dicho: «Más de la mitad de las ventas de la corporación en 1954 se deben a productos logrados por la investigación en los últimos quince años».

Otra conclusión: el reino de los plásticos toma forma de altas corporaciones en todos los países. No hay nación adelantada sin un Instituto o algo similar en contacto y coordinación con las industrias, para su asesoramiento técnico y control. El «The Plastic Institute» de Gran Bretaña, el Instituto de Plásticos de Delf, en Holanda. En Norteamérica existe el título de ingeniero de plásticos.

Y, otra: España, al fin, no quiere esta vez quedarse atrás, en el difuso horizonte de la investigación. Si en 1951 el presupuesto estatal del Consejo de Investigaciones fué de 66 000 000 de pesetas, en el último ejercicio ha llegado a 108 millones, además de 30 millones subvencionados por varios ministerios por trabajos propios de investigación, y la aportación de 36 millones de empresas colaboradoras e industrias.

«España—ha dicho el Ministro de Educación—dedica a investigaciones científicas sólo el 0,03 por 100 de la renta nacional. Hay desequilibrio entre los medios disponibles y la tarea a la vista. Caben esperar recursos complementarios».

De nuevo en la silenciosa plaza de la Ciudad de la Investigación, me pareció ver en una de las fachadas: «España, cara al futuro». Pero un futuro sin preterir el presente. Hay que tener presente: el proceso investigador no admite, ni aquí ni en parte alguna, cronómetro. Sólo obedece a un plan. Y en él se encuentran lanzados, en plan profesional, nuestros jóvenes equipos de investigadores.

JIMENEZ SUTIL

(Fotografías de Mora y de Cortina)



SUCESO EN LA PLAYA DE PUERTO EVORA

MI querido Paulinito: Ya sabes con cuánto gusto cumplo la promesa hecha al despedirnos en Atocha. Perdona la tardanza, pero es que, como sabrás en seguida, han sucedido cosas que tienen mucho que contar. Tanto, que estoy pensando si no será mejor dejar para otra ocasión chismes y menudencias, todo eso que el día de mi partida teníamos por primeras y tal vez únicas razones de comunicación. En fin, como hay mucha tela por cortar, empecemos, y si hay ocasión para alguna añadidura, se podrá.

Vaya por delante que el próximo año ya no vendré a Puerto Evora. No creas que te sa'es con la tuya, no, truhante. Dios mediante y si te gusta la idea, saldremos juntos por el Sur y por Levante—del Norte, nada; yo, como buen meridional, necesito un sol que me llegue pronto a las vísceras más recónditas—a buscarnos otra playa y lo tomaremos con la misma calma que un viudo que empezase a pensar en la sustitución.

Tú eres muy joven y no puedes comprenderme del todo; pero créeme que algo de eso, algo de viudez, de triste y desolada viudez, luego de casi cuarenta años de feliz maridaje, tiene esta ruptura mía con Puerto Evora. Sí, Paulinito; como tú presumías y yo me tenía más que sabido, aunque levemente esperanzado en el milagro, me lo callaba. Puerto Evora murió definitivamente como

NOVELA

Por José Luis AZQUARONI

lugar de veraneo. Aquí seguirá habiendo mar y una hermosa playa, una playa inigualable, pero ya sabemos que hoy el mar y la playa son lo de menos cuando de veranear se trata.

Tú lo tomabas a broma, pero era verdad. Yo le cobré a Puerto Evora y a su playa y, por supuesto, a su gente una afición enorme, tal vez algo sentimental e idiota, y últimamente ejemplar y rayana en el sacrificio. Si merecedora de la filial adopción, eso es ganas de bromear y sacar las cosas de quicio. Lo primero, que a la hora del naufragio y las manotadas descompuestas nadie esté para apreciar y corresponder gestos de sutil cortesía. Luego, que en Puerto Evora, como en la mayoría de nuestros pueblos, el supremo encumbramiento y fama te los da el «No-Do». Tú, Paulinito, sales en el «No-Do» y tienes todas las probabilidades de que al día siguiente se reúna en sesión extraordinaria el pleno municipal, y por unanimidad y quién sabe si hasta por aclamación, te nombren hijo predilecto de la ciudad, si eres indígena, o adoptivo, si naciste extralimites. No falla. El cine, mucho más en los pueblos, lo desorbita todo, y todavía peor, mucho peor que la idolatría por la «estrella» o el galancete, no el político o el artista local trascendidos fuera del ámbito provincial, resulta la mentalidad que crea, una mentalidad de ver pasar las cosas, los acontecimientos, las más o menos fabulosas e importantes vidas ajenas, ilusamente identificándose con ellas, vertiéndose en ellas, empeñando por ellas la propia y muchas veces hasta la comida, la manta o el jergón.

Pues, como te iba diciendo, Puerto Evora murió como punto de veraneo. Lo que ni tú ni yo podíamos siquiera presumir era que todo fuese a acabar como el Rosario de la Aurora. Bueno, lo de acabar es un decir: aquella de la noche del segundo sábado de julio no fué sino sucesión, reemplazo, desenlace. En este mundo, amigo, salve nuestras empecatadas y aisladas vidas, todo es relevo y nada termina en topes de final de travección. Juntos hemos comentado tú y yo alguna vez cómo el universo viene a ser una especie de cuento escenificado, un cuento infinito y vario de episodios que el gran Narrador cuenta y cuenta cualquiera sabe para qué insaciable y sobrenatural auditorio. Cada episodio tiene—y perdona la digresión, pero esto lo he pensado después—sus tiempos de arribada, plenitud y declive. Aunque este último resulta más bien de comienzo del episodio siguiente: que la vida de las cosas y los hombres y, sobre todo, la de los pueblos, las sociedades y las modas es parecida a la del zángano victorioso que empieza a morir ya sobre lo más alto de la curva descuidada y feliz de su vuelo de nupcias. Así que hace sus diez o doce años que Puerto Evora, sin ningún síntoma alarmante—éstos sobrevienen ya al final—, empezó a morir, y sin remedio.

Pues de todo lo ocurrido, del incidente final, quiero decir, se ha pretendido culpar a la pobre mademoiselle Gugusse. Una verdadera monstruosidad, vamos. Tú, Paulinito, que has estudiado Historia y que empiezas ya a estar familiarizado con las ciencias sociales, has de comprender el seguicia que un fenómeno como éste de la playa de Puerto Evora no puede atribuirse, así por las buenas, a un traje de baño de dos piezas, tiene una macha más honda y compleja raíz.

Ella, mademoiselle Gugusse, al fin y al cabo no hizo sino lo que tú y yo y más de una chica amiga nuestra hemos hecho tantas veces: un baño a media noche, una de esas noches de levante y caligine insoportables, es un placer al que yo hay por qué renunciar. Yo, Paulinito, créeme, cada vez entiendo menos—tal vez me voy haciendo viejo ya—la razón de todo ese inflexible horario en la vida del hombre. Bañarse a una hora determinada, amar a otra, leer el periódico con el sol a tantos grados sobre el horizonte, es entender el orden de una tristísima y carcelaria manera.

Te repito que lo que han hecho con mademoi-

selle Gugusse es una atrocidad. El que la francesa, en mitad del baile, de la bufalada o de lo que fuera, desdefiase a Sanchito Vadillo para bailar e irse a bañar con el chófer de Trianerito IV, eso—las cosas como son—ya me parece más dentro del fenómeno. Nunca, por supuesto, su chispa prendedora.

En fin, Paulinito, vamos por partes y con paciencia. Es cosa de un par de cigarros. Ya verás.

* * *

Sé que vas a pensar que soy incorregible, que sigo tan imaginativa y fantaseador y que desconozco que hoy una tesis doctoral es una cosa muy seria, una cosa que nada tiene que ver con el crimen de Cuenca o, al menos, que su relación con éste es de remotísimo parentesco. Pues atiende bien a lo que te digo: barrunto, ya me dirás, que en este extraño suceso de la playa de Puerto Evora hay—y sobra—materia para la más sesuda y ponderada de las tesis. Tú haz lo que quieras, pero por mí que no quede. En el peor de los casos, lo ocurrido tiene un indudable interés, siquiera por lo infrecuente: no todos los días, creo yo, un estamento social gana o pierde un peldaño ni se toca un «boogie» entre dos aguas para los bañistas nocturnos, los cangrejos, las lampreas y el csión. Así que sopórtame un brevisimo repaso histórico. Porque todo quiere sus cimientos, y loíos sin polvos no se conciben.

Aunque te cueste creerlo, Paulinito amigo, hubo un tiempo, no tan remoto, allá por los años de mi dentición—que, por cierto y aunque no venga a cuento, debió de resultarme muy laboriosa, porque hasta hace poco todavía se veían docenas de tarros de emulsión Scott vacíos en el pesebre de la abandonada cuadra de Villa Jovita—en que los primeros periódicos del país no reservaban a los deportes sino un sexto o un octavo de columna. La sección se titulaba, invariablemente, «Notas de Sport», y por ella apenas si solía desfilar otra especie que la de los «globe-trotters», esos jóvenes entusiastas y de buenos principios que se pateaban medio continente a lo mejor por el quitame allá esas pajas de una apuesta. Otros muchos deportes se practicaban en la época, no vayas a creer: por ejemplo, el robo y degollina, en los pasos del Cáucaso, de caravanas enteras de comerciantes persas; las sueltas de fantoches sobre las cabezas de la endomingada grey en los soleados parques públicos; los crímenes pasionales, la inserción de anuncios solicitando socorros para familias venidas a menos o sociabilidad amorosa para jóvenes bellas y desilusionadas de la vida, para camareras ventiañeras que libraban dos días a la semana o señores que deseaban convenir matrimonio—nótese la importante baza que en lides de amor suponía ya un coche—«en ameno paseo en auto propio». Caracterizaba a aquel momento el canotí, ese sombrero que hace cara de infeliz, despreocupado y solvente y encierra graves ecos y resonancias trágicas de taud.

Pues en aquel tiempo, Puerto Evora vivía verdaderamente un esplendor veraniego envidiable. San Sebastián, en el Norte, y Puerto Evora, en el Sur, y todo lo demás no era sino triste remedo y pacotilla. A un príncipe de la Monarquía se le antojó construirse en Puerto Evora un palacio, y en pocos años toda aquella playa germinó de palacetes, de villas, de hermosísimos chalets. Ya sabemos que hoy el fenómeno resulta de signo contrario y es el príncipe el Vicente que sigue a la gente, quizá porque el veraneo en nuestros días es como el gregario alboroto, la aturrida alegría de los chicos que han escapado del colegio, y un escolar de novillos por muy egregio que sea, no es sino un

número más, mientras más anónimo mejor, en el seno de una rebelión.

No hay que decir que todas las mundanidades se dieron cita en Puerto Evora: casinos, casas de juego, teatros, batallas de flores, carreras de caballos, excursiones fluviales, gimnasia sueca, tiradas a pichón, tómbolas benéficas... Y con las mundanidades, naturalmente, el baile, el «baile fino», como el pueblo, respetuoso guardador de distancias, lo llamaba entonces.

En la época de que te hablo, Paulinito, las señoritas de Puerto Evora todavía no se atrevían con el vals—que fueron las elegantes de la colonia veraniega las que las dieron el mal ejemplo—y las mamás no permitían a sus hijas bailar sino con los intachables, con los caballeros, otra palabra muy en boga por entonces. Te pondré un ejemplo. Tú has conocido a los Fedriani. Pues el padre de los Fedriani, Pepe Fedriani, ya cincuentón, calvo, siempre impecable dandy y, por supuesto, casado, era un consumado bailarín y un perfecto caballero, al decir de las mamás, que no tenían inconveniente en confiarle, para el abrazo que ya empezaba a ser la danza—tú sabes que el pueblo llamaba al baile de sociedad «el agarrao», a sus pimpollos. Ya ves, Paulinito, lo que cambian los tiempos: hoy día ninguna madre responsable pondría a su hija en manos de un perfecto caballero sin un profundo remordimiento de conciencia.

Pero a lo que íbamos.

No sé lo que tu cabeza, más ordenada y científica que la mía, pensará. Para mí el baile ha sido siempre un síntoma de hegemonía o, cuando menos, una libertad que no está permitida sino a quienes dominan. Que puede, por tanto, convertirse en instrumento de subversión; en su fase final, claro es, en ese momento en que cualquier reivindicación planta, en gesto culminativo, su bandera. Y no es que crea que el frenético «bocguie-bocguie» de mademoiselle Gugusse, la noche aquella, en el sombrero de Bartolito, enervara a las gentes hasta colocarlas sobre el disparadero, no; la cosa tenía que venir gestándose desde muchos años atrás, tal vez como una consecuencia natural de aquellos solemnes, reverenciales rigodones y lanceros en el Kursaal o en el Casino Portuense, privativos de una minoría que creía tener asegurado para siempre el monopolio sobre un repertorio vital de selección. Allá lo que piensen tus sociólogos pero lo que convencionalmente se conoce por sociedad, en el fondo está regido por una elementalísima ley física: unas masas ceden intersticias y otras las ocupan. Los gañanes, los menestrales, los empleaditos, los mayetas que aquella noche se atrevieron con el «bocguie» y el año anterior, con la playa y el baño, no emergieron ciertamente por escotillón: procedían de una infiltración lentísima, llena de indecisiones, de comedimientos, de timideces, de rubores, en un campo en que día a día iban produciéndose huecos, espacios libres, renunciadas. Y además de que no se mantenía el tono, el estilo resultaba feo, pobretón, bajo de punto, decadente. Esto no es posible, muchacho. El que crea que puede un día u otro jugar a la selva sin acabar cayendo en lo selvático se ha fastidiado, amiguito. Cuando quiera dar marcha atrás se da cuenta de que ya todo,



desde los reyes de tribu y los leones hasta los guacamayos y las raposas, le tratan tú por tú y pobre de él si intenta afeitarse la barba y recuperar la palabra y la chistera.

Créete que volví a casa hondamente impresionado.

Tú le conocías de sobra: era trompeta en la Banda Municipal de música y en la orquesta de «jazz» del pueblo, que durante tantos años, durante tantos veranos, había sido pospuesta y despreciada y que, sin duda, estaba esperando su oportunidad. Cerrado hace ya mucho tiempo el Kursaal, transformada en fábrica de ladrillos la caseta de verano del casino, desaparecida, con el último de septiembre, la terraza del Miramar y el Miramar mismo, ninguna orquesta de fuera había sido este verano contratada. Al sombrero de Bartolito, como comprenderás, no iba a venir una orquesta de Madrid, ni siquiera de la capital.

Le tienes que recordar: bajito, algo zambo de pies, de nariz larga, bisojo... Se le veía siempre sonriendo, con una mueca amarga e inocente, como adelantándose—tal vez sumándose al coro— a la sonrisa que en los demás despertaba su grotesca fealdad. Por la calle andaba siempre silbando, tarareando, haciéndose el son con los dedos, unas veces chascándolos, otras tamborileando, vivía la música ingenuamente, pero entregado y absorbido. Era como un pájaro desafortunado, un pájaro arrinconado y menospreciado por los demás, un pájaro feo y siempre pelechando, un pájaro habitante en el último desagüe del viejo caserón, condenado a encelarse con su propio canto, a la soledad y el desamor.

Cómo cantaba, si era buen músico, yo eso no te lo puedo decir. Su melodía, su sólo de trompeta de aquella noche fué verdaderamente impresionante. Yo no he oído ni visto nunca nada igual.

Cuando le sacaron a la orilla, todavía flotaban sobre el agua cientos de papeles, como si hubiera pretendido divulgar en octavillas su extraña e inesperada muerte. Le pusieron cabeza abajo, sin más razón, porque ya estaba bien muerto, que a regar de agua sus entrañas, y todos los bolsillos vaciaron más y más hojitas de papel; unas, sueltas; otras, en pequeños atadidos. Esto quizá no lo sepas tú: entre cofradías, asociaciones piadosas y de caridad, hermandades de penitencia, conferencias y congregaciones, Puerto Evora cuenta treinta y seis entidades, y de todas era cobrador Silvino.

Te digu, Paulinito, que imponía, a la luz racheada del sombrero, con los ojos estrábicos, ya viscosos, muy abiertos y como saliéndose de las órbitas y trepando entrecejo arriba. La francesita, que fué quien lo sacó del agua, tan pronto se lo llevaron corrió a vestirse, llena de unos pudores súbitos y extraños, inquietantes y repentinos como un escalofrío. Hasta que Iñigo—¿te acuerdas de Iñigo, el practicante, en cuya bicicleta, y porque era grande y de carreras, os montabais mientras ponía la inyección de insulina a tu abuela, que en paz descansa?—no sentenció «Aquí no hay nada que hacer», mademoiselle permaneció en el centro del apretado corcho, con su traje de baño de dos piezas, como si tal cosa. Había estado aflojándole al ahogado la corbata, el cuello, el cinturón, ayudando a hacerle la respiración artificial, a acomodarle sobre la arena seca. Y de repente, en el momento mismo en que cargaron con el cadáver hacia la caseta de la Cruz Roja, algún cambio debió de percibir porque echó a correr hacia la oscuridad, hacia el lugar donde había dejado sus vestidos. Está claro, Paulinito, que la indecencia tiene siempre origen en nuestro pensamiento y en ideas accesorias a la desnudez. Así, estando presente la muerte, la muerte absorbe todos los pensamientos hacia su tremendo, insondable misterio. Y ya sé que esto no es descubrirte nada, querido.

Antes de pasar a relatarte de pe a pa el suceso te diré únicamente que a mademoiselle Gugusse le echaron de la casa en que estaba colocada de institutriz. Nada más y nada menos que la culparon—pobre chica—de la muerte del trompeta Silvino. Desde que llegó, en el pueblo había unas poderosas y torcidas fuerzas concitadas contra ella. Fuerzas que tú ya sobradamente conoces. Lo que te decía antes del pensamiento y la ruin intención. ¡Ay y cuándo nos convenceremos de que siempre, siempre, desde Eva hasta hoy, en este tiempo y en todo tiempo, dos dedos más allá de lo cubierto, póngase la frontera donde se pusiere, comienza la indecencia. Aquello que se cuenta del vera-

neante novicio e impresionable que el primer día de playa, al ver aparecer en la puerta de la caseta a la bañista vecina, a poco si se muere de pasmo, y al tercer o cuarto día ya no le dedica sino una mirada casi indiferente y distraída, y que al final de la temporada, de regreso ambos, la ve subir, el estribo del tren y está otra vez a dos dedos del patatús.

Pero, en fin, no es posible convencer de estas cosas a ciertas personas, incapaces de ensanchar su punto de vista ni de imaginar las vidas, las conciencias y las costumbres ajenas si no es en directa relación y dependencia con la vida, la conciencia y las costumbres propias. Yo creo, mi joven amigo, que el meollo de la cuestión es ni más ni menos, éste: la gallina vieja mira siempre con el estupor del espanto a la polluela que ha visto salir del cascarón.

* * *

«Al asunto, al asunto», estarás diciendo. Dos palabras tan sólo y vamos, de una vez, con el sucedido.

El sábado anterior, que fué el primero del baile, ya acudieron algunos al sombrero de Bartolito. Sinceramente, no chocaron apenas. Tú sabes que hasta hace dos o tres veranos la gente del pueblo no empezó a atreverse con la playa, y que hasta ahora no están entrando por el baño, aunque ellas, las chicas, las mocitas, como por acá se dice hacen todavía mil dengues al mar y solamente las más atrevidas, las más audaces se dan su chapuzón, entre sobresaltos y tiritonas, bien temprano—entre la hora de los frailes y la de los señoritos—, enfundadas de pies a cabeza en un vestidito de percal de los de andar por casa. Pasear la playa, especialmente los domingos, la pasea ya todo quisque. Te digo todo esto porque desconoces qué hace diez años el pueblo ni asomaba siquiera al paseo Marítimo. Vivía totalmente ajeno, al margen del veraneo. Y acabo de contarte cómo cuarenta o cincuenta años atrás las señoritas del pueblo no se atrevían con el vals. La razón de ambos fenómenos, a mi humilde parecer, es la misma: el portillo de las costumbres, de las costumbres nuevas; es estrecho y hay que ponerse en cola para pasar. Momentos hay en que los de la cola se impacientan y, más o menos de acuerdo, tumban el tabique de un empujón y se cuejan en avalancha, por las buenas. Yo de estas cosas no sé ni jota. Paulinito; pero creo que en la sociología esa que tú andas estudiando ahora, al fenómeno se le llama «acción directa» o algo por el estilo.

Lo del sábado de marras tomó otro cariz, ya desde el principio. Se presentaron casi todos—pasaban de trescientos, seguramente—con el terno azul de cristianar y la morenez—tan distinta a la nuestra, lograda con la piel y el músculo relajados—del sol a sol de la jornada campesina, cortada en mitad de la frente. Marineros, pescadores, apenas se veía alguno. La gente de mar aquí, en Puerto Evora, de pobre que es, de miseramente que vive, se ha aislado en su barrio, en sus tascas, en su desesperanza y ha perdido toda curiosidad, la más elemental voluntad de sociedad. La gente de mar aquí, en Puerto Evora, parece vivir en un tiempo indeterminado, donde ni la moda cuenta, ni existe la más mínima conciencia de técnica, porque de la técnica se hace uso como de la Naturaleza, ni importa más evolución de adelanto o retroceso, más amenaza, que la que lleva a la muerte.

Pues te decía que todos se presentarán con su trajecito de lucir. Ellas, las muchachas, parecían menos cohibidas, más desenvueltas, tan rozagantes, tan acicaladas, tan repulidas y rubicundas de tez, tan rotundas de carnes... (Sí, ríete, bribón, ríete; que me las tengo bien tiesas todavía.) Las había preciosas, francamente hermosas. Verdad es que su gracia resultaba una gracia pesada, torpona, y con el ejercicio enrojaban pronto, sudaban demasiado y descomponían su atuendo hasta la desmaña. Pero, con todo, tenían un atractivo muy particular.

Los comienzos fueron muy extraños. Yo había cenado con los López Hidalgo en la terraza de su chalet, y lo pude presenciar todo desde un principio. (Por cierto, se habla mucho de que Ramoncito López Hidalgo se ha desviado del camino que su inscripción en el Registro Civil, primero y luego su bigote parecían haberle señalado definitivamente.) Te repito que aquellos empiecos no tuvieron nada de normales. El sombrero de Bartolito, a eso de las diez y media o las once, estaba como cercado, sobre todo por la parte de arriba de la

playa, por la parte que da a la carretera. Los niños decididos se mantenían un buen rato tras las dunas, asomando tan sólo la cabeza, procurando no ser vistos. Parecían alimañas expectantes y temerosas, alimañas llenas de escrúpulos y de respetos. Ensayaban disimuladamente pasos de baile, obsesamente atentos a los ritmos que marcaba la orquesta, discutiendo unos con otros, en voz baja, si se trataba de una rumba, un fox o un tango... Cuando se decidían a irrumpir en el sombrero lo hacían en grupos y por la parte de atrás, por donde estaba el mostrador corrido, que era el lugar de más aglomeración. Luego pedían una copa de vino y a hurtadillas procuraban no perder detalle de cuanto en la pista acontecía. Los que llegaban sin pareja—que eran los más—y descubrían entre el público a alguna muchacha conocida alguna vecina, por ejemplo con la que tal vez nunca habían cruzado una palabra, se la quedaban mirando fijamente, abstraídos, indecisos, tensos y sombríos como lagartos sorprendidos. La timidez era pronto vencida, porque aquella noche ellas y ellos estaban empeñados en una especie de empresa revolucionaria común, y las revoluciones ya sabemos lo que solidarizan y hacen perder los respetos y las formas. Alguno escapaba de pronto y ya no volvía. O aparecía al rato con una muchacha de pelo negro muy dado de brillantina y la cara lustrosa y encarnada. Estaban como fascinados, como enloquecidos. Mejor, a punto de enloquecer.

Del público habitual a los bailes de la terraza del Miramar había alguna gente. Bueno, de lo que queda de aquel público, quiero decir. ¡Ah, se me olvidaba! El sombrero estaba colgado de farolillos y cadenas de papel de colores. Y la orquesta—el Cuarteto Verde Mar, como se titulaba en las ocavillas repartidas aquella tarde y según inscripción, sobre un fondo de olas marinas, en el frente de los atriles—la componían un trompeta un saxofón, un pianista y un batería. El trompeta, como ya habrás supuesto, era Silvino. Bonilla, el remendón, se la entendía, no sin apuros, desde luego, con el saxofón; un maestro de escuela, Camesa, tocaba el piano, y el batería era un joven malencarado y engreído, al que yo no conocía ni de vista, hombre, según se contaba por allí, de mucho ingenio y despiadadamente vengativo y a quien se le imputaba haber descalabrado, ¡por tres veces ya, a un primo suyo—con quien trabajaba y, por lo visto, no se entendía muy bien—por el insospechado y científico procedimiento de aflojarle las palomillas de la rueda delantera de la bicicleta. El batería y su castigado primo son topiqueros en el hospital. El hospital ya sabes tú que queda allá arriba, junto a la ermita, en lo más alto de esa pedregosa y pina cuesta que le llaman El Calvario, y que un día, de seguir las cosas así, acabará llevando el nombre del primo del batería, mártir.

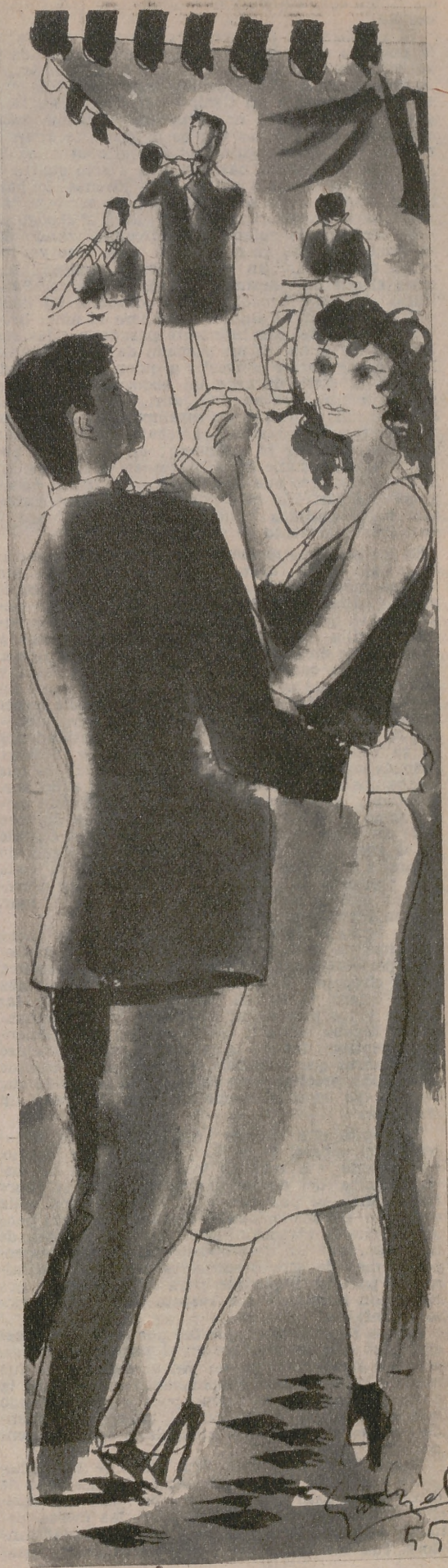
Creo que no te he dicho que el uniforme del Cuarteto Verde Mar—así lo pregonaba el comentario general—era sobrio, sencillo, elegante, finamente intencional: pantalón blanco y chaqueta azul marino, con un ondulado galón verde en la bocamanga. Así resulta, Paulinito, que el bueno de Silvino se fué al otro mundo casi vestido de marino de opereta. Pobrecillo.

¿Cómo ocurrió aquello? Nadie se lo puede explicar todavía. Ni se lo explicará probablemente nunca. La gente—ya tú sabes—, en cuanto uno se muere con el agua al pecho y dos copas en el buche, sentencia sin querer meterse en más averiguaciones: congestión a la cabeza. Y pase que al final fuese algo de eso, algo de congestión. Pero, ¿y todo lo que antecedió? ¿Y el arranque aquel, súbito y extraño, que hizo bajar a Silvino de la tarima y le puso tan resueltamente en camino de la mar y de la muerte? Para mí que fué como locura. A ver qué piensas tú.

* * *

Serían, Paulinito, cerca de las dos de la madrugada.

El Cuarteto Verde Mar había tocado ya de todo, particularmente pasodobles y blues, los dos ritmos mejor recibidos, los que más parejas arrastraban a la pista. Se notaba una extraña animación, una animación densa de sofocos, de satisfacciones, de sorda violencia. Todos sabemos—así parecen mandarlo los cánones—que el pasodoble es para bailar-se sonriendo, rebotando optimismo, y el blue con cara de tonto, con gesto de tener el sentimiento a las puertas mismas de los lagrimales. Sin embargo, aquella noche todo se bailaba con igual ánimo, con ánimos de estar pateando sobre una ci-



ma recién conquistada y durante muchos años inaccesible.

Si sonaban los primeros compases de un tango, la masa de danzantes se sentía como defraudada y se retiraba, sudorosa e inquieta, igual que tropa forzada a hacer alto, a orillas de la pista. Yo, quizá por fidelidad a mi tiempo, bailo todos los tangos, y aquella noche no perdí uno. Pero me daba cuenta de que con los tangos la gente se aburría mucho. Con el «boogie» sucedía lo contrario: la pista, sí, se quedaba casi desierta y sólo cuatro o seis parejas, chicos y chicas muy jóvenes lo bailaban. Pero los que se retiraban para ser espectadores parecían divertirse la mar. Está el «boogie» muy cerca de la culada y lo circense cuando no se demuestra una gran agilidad, y es, creo yo, un ritmo despiadado, un ritmo seco y violento, sin duda el que más deshumaniza. Date cuenta, Paulinito, de que el «boogie» no consuela, no hace soñar, no tienta al amor—ni siquiera al amor brutal—, no mueve, con bramante pasado por las entretejas del alma, ni un párpado de la marioneta loca en que parece convertir a quien lo baila. Así, salir a la pista durante un «boogie» se parece mucho a enrolarse en una jauría ebria, tomar el Metro o soñar durante un sarampión. El «boogie» aturde, sacude, reclama y arrebató, hace rechinar los dientes, crujir la osamenta; en definitiva, posee, y al cesar sume en el hastío en el síncope, en la nada. Yo creo que al bueno de Silvino el «boogie» lo arrastró al otro mundo en un gran sorbetón, entre aullidos y florituras, por el oscuro y ensalivado laberinto de su trompeta.

En los primeros momentos, cuando como hipnotizado bajó de la tarima y, paso a paso, toca que te toca, moviendo a compás del ritmo todo el cuerpo—no bailando ni dando zapatetas como un payaso, ¡eh!, que aquello era muy serio—, se fué hacia la orilla creyéndole borracho, lo tomamos a broma. Pero en seguida la melodía de su trompeta, una melodía caprichosa, improvisada, frenética y sin respiro, una melodía sincera y trágica como un testamento dictado, una melodía que parecía haber intimidado hasta al mar—inmóvil y sin un ruido— y que nos fué contagiando a todos, metiéndonos en su ronda infernal. Primero los otros músicos, después los que ballaban, por último todos los que estábamos en el sombrajo, le fuimos siguiendo, sorprendidos, expectantes de lejos y haciéndole cerco, como se sigue el incierto caminar de un león o de un perro rabioso. Hasta muy al final, cuando ya se encontraba con los pies dentro del agua, no llegamos a darnos cuenta de que llevaba la vista fija, prendida de algo que a unos cuarenta o cincuenta metros de la orilla se movía por el mar. Era la francesita, claro.

Las aguas estaban lisas, el aire calmo y la noche clarísima de luna, y a la francesita se la distinguía perfectamente, rodeada de la blanca espuma de su chapoteo. Si la trompeta de Silvino dejaba algún hueco, el sonido del agua batida por las manos y los pies de la muchacha y su acompañante llegaba hasta la orilla, nítido, perfectamente perceptible; tal era la calma y bonanza. Incluso las palabras que cruzaban se percibían, de cuando en cuando, precisas y distintas. Si no ocurre lo que ocurrió, yo aquella noche me hubiera dado un chapuzón.

Te repito que no hay entendederas que esclarezcan el suceso. Dime tú: ¿por qué ese delirio, ese repente, esa taranta loca del infeliz, del insignificante, del desabrido Silvino, que el pobre físicamente—al pan pan y al vino vino—no valía un cacao, por mademoiselle Gugusse este año poco menos que la atracción, la estrella, la golosina de la temporada? Un despropósito tal vez, un despropósito más de esta desconcertante vida; naturalmente, para no inquirirse, para tomarse según nos llega, con humildad, con respeto para lo misterioso e inefable.

Porque no cabe duda que fué por ella. La francesita pasó casi inadvertida en el primer «boogie», pero en el segundo ya no. En el segundo ya fué número, ¿sabes? Sin proponérselo, claro; que la chica, al finalizar—la fueron poco a poco dejando sola en la pista; bueno, con su pareja se entendió—estaba roja como la amapola y salió corriendo, avergonzada.

Desde luego trastornó. Era, como te he dicho, gente elemental y gente elemental en momento de demencia, de salir del barranco, de clara emancipación. Daban palmadas, golpes sobre las mesas, patadas. Aullaban. Y a todo esto Silvino desgafitándose, con las venas del cuello amenazando esta-

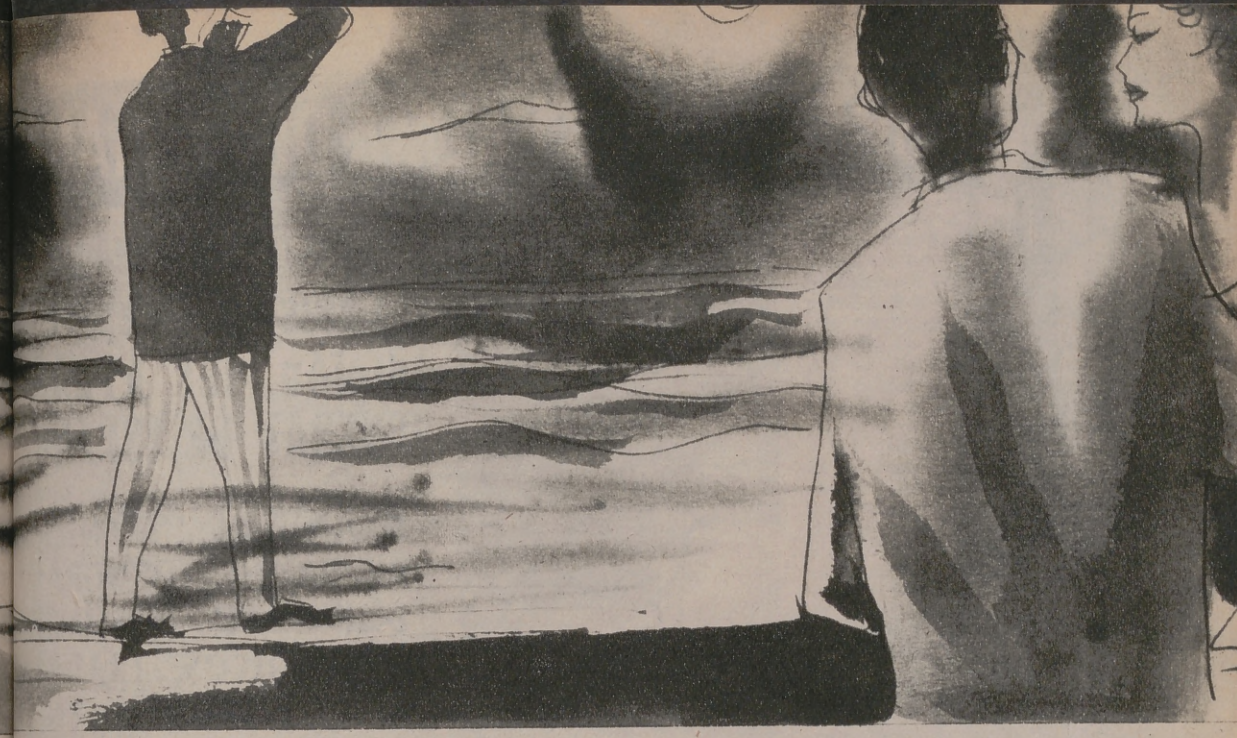


llar y los ojos más estrábicos que nunca incidiendo sobre el teclado de su trompeta. ¡Qué extraño todo, Paulinito! Hasta la manera de tocar. Tú sabes que casi todos los buenos trompetas de «jazz», los trompetas be-bop, por ejemplo—acuérdate de aquel negro que vimos en las cuevas de Saint Germain de Près—, cierran los ojos en los momentos más frenéticos, de mayor inspiración y delirio—la trompeta en el «jazz» delira y es como la voz, el testimonio de una repentina y aguda fiebre—; a lo mejor recogiendo y aislándose para el íntimo sugerimiento, para la interna iluminación. Luego, que la presión de la boquilla sobre los labios y del aire ahuecando los carrillos transforman el perfil de la nariz, lo curvan y achatan. Pues imagínate la cara, la expresión de Silvino con los ojos desorbitados y la larga y puntiaguda nariz como queriendo hacerle competencia de soplidos a la boca. Te digo, amiguito, que aquello resultaba impresionante.

El tercer «boogie» de la noche fué el del frenesí, el del arrebató. Cosa de media hora después fué repetido y entre sus notas pasó Silvino a mejor vida.

Pues para el tercer «boogie» a mademoiselle Gugusse la sacaron a empujones, a viva fuerza; a Sanchito Vadillo, su pareja, también. Sanchito estuvo en un tris de agarrarse con uno de los que de forma tan poco académica le incitaban a bailar. Mademoiselle y Sanchito llegaron hasta la pista arropados, como delincuentes entre policías, igual que punta de ganado entre tropa de mansos. Pero no consentían bailar, se negaban resueltamente. La gente chillaba, bufaba, rugía: «¡Que lo bailen!... ¡Que lo bailen!...» (Este «¡Que lo bailen!...» Javierito amigo, es un grito antiguo e impercedero, un grito atávico y trascendente en la historia de nuestro pueblo, y es de suponer, en la de los pueblos todos.) Y mademoiselle y Sanchito seguían diciendo que no. Llegaron hasta cerca y acordaron la pista para que la pareja no pudiera escapar.

El «boogie» sonaba ya hacia unos minutos, pero sin entusiasmo, a la espera, como un motor en relanti. Y mademoiselle y Sanchito seguían diciendo que no. De pronto—nadie lo esperaba—Silvino se irguió, apuntó su trompeta hacia las estrellas y lanzó un alarido poderoso, hiriente, inacabable, encalabrante, un alarido angustioso y sobrecogedor. Cuando no pudo más quebró la nota, derrumbándola por una escala sorda, desentonada, bufa, una escala como un cloqueo—un cloqueo rematado en suspiro—que llenó de regocijo a todos. Hasta la propia mademoiselle y Sanchito—antes ella que él—acabaron por reír. Y yo creí que luego de aquel tremendo esfuerzo, de aquel trompetazo indecible, al insignificante Silvino le habrían tenido que recoger del suelo. Pero siguió soplando síncoas y florituras interminables e hirientes notas. Reclamaba al ritmo, al aire, arrebatada sin remedio. Todo había cambiado.



Entonces fué cuando surgió en la pista, agitado y fachendoso, mofista y chulo de los pies a la cabeza, el chófer de Trianerito IV. Llegándose hasta la francesita se le plantó reverencial y cortesano, ridículamente aparatoso, Mademoiselle quedó sorprendida. Mademoiselle había comprendido la invitación, pero no se decidía. El la agarró por la muñeca y la arrastró ligeramente de un tirón. La muchacha ya no lo dudó y en dos saltos se pusieron ambos en el centro de la pista. Se produjo un rugido de entusiasmo; luego, un silencio expectante.

La pareja comenzó con cierta compostura, con bastante cortedad. En seguida fué entrando en el frenesí del ritmo, de los violentos quiebros, de los giros y zapateos más insospechados. Sonó un olé como nacido en la punta de una tralla. De un grupo de jovencitos que permanecía junto al mostrador surgió un jugueteo palmoteo de zambra, en seguida acompañado al ritmo del «boogie». La gente gritaba y jaleaba cada vez más. Era un «crescendo» convulsivo, enervante, que removía las entrañas, que ordenaba y acordaba, increíblemente, gritos, golpes, gesto. No era posible permanecer quietos, indiferentes. No era posible tampoco no cometer alguna majadería, alguna puerilidad, alguna salvajada. Recuerdo que un hombre gordo, cincuentón, con pelo cortado al rape, empezó, sin más ni más, a golpear la cara de su mujer. Y que una chica, acucillada al borde de la pista, se descalzó los zapatos y se puso a tamborilear sobre el cemento con los tacones. Yo mismo me tomé cuatro o seis copas de ginebra, una tras otra, sin enterarme siquiera. ¡Qué locura, Paulinito!

Luego, de repente, toda aquella gente invadió la pista. Se fueron emparejando—incluso chicas con chicas—y comenzó una danza infernal. Giraban, como en un acceso de nervios igual que posesos, dándose empujones y manotadas, completamente ebrios. La orquesta acabó oyéndose del griterío y barullo formados. Yo pude ver cómo la francesita y el chófer escapaban hacia la playa, aprovechando aquella confusión que parecía no iba a acabar nunca.

Por fin la orquesta se detuvo. La masa de danzantes fué, poco a poco, aquietándose. Una calma derrumbada, un abatimiento, un sopor, inundaron todo el sombrajo. Era como si algo vivo y pujante, un enorme monstruo acabase de morir.

Pero el sosiego duró bien poco. Fué sólo una tregua, un respiro.

Aparentemente todo había vuelto a la normalidad. La orquesta interpretó tres o cuatro piezas poderosas, melifluas, desmayadas que se bailaron mecánicamente, sin entusiasmo alguno, al borde mismo de la soñera. Luego vino el tango. Sí, recuerdo perfectamente que fué un tanguito irrecognocible y entumecido, una calcomanía de tanguito lo que se desollaba en aquel momento. Pues en mitad del tango, haciéndole de paso el favor

del golpe de gracia, clavó Silvino la saeta de su clarinazo. Resultó, como la vez anterior, un alarido inacabable, angustioso, que sobrecogió y encalabrino a todos los presentes, pero que, en cambio, no acabó despenándose por la pendiente del retozo, de la pirueta hilarante. La trompeta de Silvino había puesto nuevamente en marcha el «boogie», arrastrando tras él a los otros músicos del Cuarteto Verde Mar, devolviendo a todos la pasión, la locura del ritmo, poco antes sentida.

Para nada. Porque, como ya te he contado, se echó de la tarima al suelo, atravesó el sombrajo y, despacio, seguramente a paso de hipnotizado, de sonámbulo, se fué hacia el mar. ¡Me creerás, Paulinito, si te digo que, aunque lo lógico hubiera sido esperar que al llegar al agua se hubiese detenido, yo tuve el presentimiento de que iba a seguir? Pues siguió, Paulinito. Siguió y al mismo paso, sin un titubeo. Ya cuando estuvo con el agua a medio muslo debió de sentirse como trabado y dió algún traspies. Pero siguió mar adentro. Siguió y sin dejar de tocar y sin apartar la mirada de la chica, que nadaba todavía muy distante. (Oye, Paulinito, y ¡cómo suena una trompeta sobre el mar! Te llegan las notas dando brinco, igual que los cantos rodados que, por juego, se lanzan rasando las aguas. La vibración es pura y distinta. No deja ecos y si un murmurio, un murmurio vivo tal un banco de diminutos peces de plata.)

Bueno, pues tuvo Silvino el agua al pecho y siguió. Siguió y ya no nos explicábamos cómo se mantenía en derechura a la chica, sin un giro, sin perder pies, sin que la melodía de su trompeta acusara un fallo, un extraño. Y siguió, Paulinito. Siguió y todos le vimos dar un respingo, para superar una pequeña ola que amenazaba sobrepasarle, y luego desaparecer, sin hacer figuras, sin un espaviento siquiera. La trompeta rebrilló unos instantes sobre el agua y se hundió dando una voltereta, como un navío. Algunos afirmaban haber oído un gorgoteo entre horrisono y grotesco, un gorgoteo de frenéticas notas saliendo a flote. Esto ya me parece invención y fantasía. Claro que también pudo ser.

Lo demás, ya lo sabes y no hay por qué repetirlo. Creo que hasta me haría mal volver sobre los detalles de Silvino cadáver. Por algo esa colección de tarros de emulsión Scott vacíos en el pesebre de la abandonada cuadra de Villa «Jovita».

Espero, mi amiguito, si no haber hecho un informe valioso a tu ciencia—me refiero a la primera parte del suceso—, cuando menos haberte distraído un poco. Ya lo hubieras tomado en serio, y bien en serio, de haber sido testigo presencial de toda esta zarabanda.

Y lo dicho: para próxima ocasión queda la crónica social.

Un abrazo, Lucas.

ESPAÑA EN LA PALMA DE LA MANO

El Instituto Geográfico y Catastral prepara la edición del ATLAS GENERAL DE ESPAÑA

EQUIPOS DE INGENIEROS, AYUDANTES, TOPOGRAFOS, DELINEANTES, ESPECIALISTAS Y TECNICOS TRABAJAN INTENSAMENTE EN LA CONFECCION DE LA OBRA

APARECERA EL PROXIMO AÑO

EL CONSEJO SUPERIOR GEOGRAFICO REVISA CON MINUCIOSIDAD LAS PRUEBAS Y LAMINAS

EN el número 3 de la calle del General Ibáñez Ibero, transversal a Reina Victoria y a unos pasos de la glorieta de Cuatro Caminos, existe un edificio alto, de tres plantas, un poco separado de la calzada por una larga verja que lo convierte en un recinto aislado, silencioso. Desde esta verja verde es difícil adivinar que dentro de este edificio, en su numerosas dependencias y talleres, centenares de hombres, de especialistas y técnicos, trabajan a un ritmo incansante y con una actividad intensamente febril. A la puerta del edificio, una placa de bronce dice: Instituto Geográfico y Catastral.

Una prodigiosa realización científica de investigación, de estudio, de trabajo pone en estos días al Instituto en primer plano de actualidad. Entre la abundante producción bibliográfica española se viene registrando, hace ya mucho tiempo, la falta de un atlas nacional o peninsular, en el que el investigador, el hombre de ciencia, el estudioso o el que, sin más sienta curiosidad por el estudio de España, encuentren reunidos gráficamente, con un perfecto rigor científico y un total criterio unitario, cuantos datos puedan referirse a cada zona o punto del territorio español. Docientas páginas dedicadas a láminas cartográficas resumirán, en una forma profundamente pedagógica, todas las características que definen a la capital de provincia, al pueblo escondido que apenas ha visto su nombre en el mapa, a la región fértil que conocen hasta los niños de escuela o a la zona ignorada y reducida que nunca se ha visto en letras de molde. España, palmo a palmo, se va a reflejar, por vez primera, en este Atlas Gene-

ral, al que dedican toda su actividad los más selectos equipos de especialistas, bajo la dirección certera y entusiasta del ilustrísimo señor director general del Instituto, don Vicente Puyal.

CIENT AÑOS DE TRABAJO

Generaciones de insignes geógrafos, un siglo condensado de trabajos y aspiraciones anteceden y rubrican esta gran obra que se titula «Atlas General de España». El Instituto posee el depósito más importante y científico de datos geográficos, topográficos, fotogramétricos y toponímicos de España, acumulados a lo largo de un siglo de existencia. Ahí está la figura señera del ilustre y sabio general Ibáñez Ibero, autor del primer gran mapa nacional, y a quien bien se puede considerar como el precedente más significativo de este moderno trabajo que hoy aborda el Instituto Geográfico y Catastral.

Carecía España hasta ahora de este imprescindible elemento fundamental para el completo estudio de nuestra Nación. De esta ausencia se dolían la Universidad, los centros superiores y medios de enseñanza y los estudiosos de todas las disciplinas que ayudan al mejor conocimiento de nuestro suelo, de nuestra economía, de la producción, de la cultura y has a del costumbrismo de nuestro país.

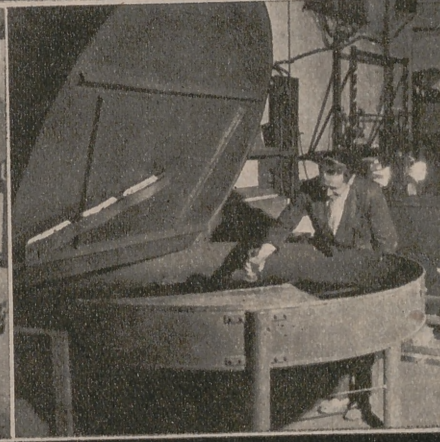
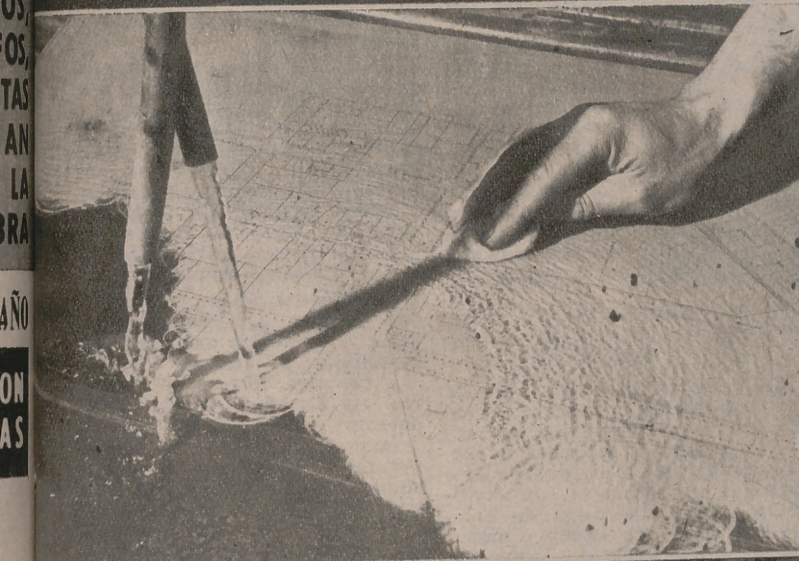
Un ejemplo nos basta para reconocer el mérito de esta obra y para comprender el hueco que viene a cubrir. Si cualquier lector se dedicara a adquirir, por sus propios medios los mapas de conjunto de la Península Ibérica,

que hasta ahora han aparecido efectuados por diversos centros, aparte del tiempo y del trabajo que tal empresa representaría y teniendo en cuenta que el coste medio de estos mapas es de orden de las cien pesetas, la obtención de los docientos que racionalmente valorados se ofrecen en este atlas, supondría un desembolso de unas veinte mil pesetas.

Excepto el atlas portátil de Justus Perthes, del Instituto alemán «Gotha», que contiene veintiocho mapas en colores, de tamaño cuartilla, en España carecíamos de un atlas de carácter tan general y de detalles tan ínfimos y minuciosos como éste. El mapa a escala 1:500.000, irá fraccionado en docientas páginas; si éstas se pusieran unas junto a otras, en forma de mapa mural, ocuparía unos dieciséis metros cuadrados de superficie de pared. Un apretado tomo de gran formato recogerá este mapa general de la Península. Los datos restantes quedarán representados en mapas menores, de tamaño diverso, según la densidad de indicaciones que en cada caso se requieran. Un detallado nomenclátor, en impresión tipográfica, hará fácil el manejo de este volumen, que hoy se espera con verdadera impaciencia en todos los centros que representan la cultura y el saber no sólo en España, sino también en las Universidades de Europa, y de modo especial en todas las naciones de Hispanoamérica, cuya demanda viene siendo constante.

CAMPO Y TALLERES

El aparato documental para la confección del «Atlas General de



Distintas fases del proceso de reproducción fotomecánica de láminas para el gran «Atlas general de España»

dero peligroso de la variada y difícil orografía española.

La moderna fotogrametría terrestre y aérea ha cumplimentado el servicio de las «tomas y miras» del topógrafo, facilitando el detalle inaccesible a las brigadas de campo y obteniendo mapas de una elevada precisión a una rapidez insospechada. Todo ello compone hoy el inmenso arsenal, la madurez documental y las disponibilidades de medios técnicos que permiten confeccionar un atlas con la misma dignidad y rigor de los atlas nacionales que hoy poseen las naciones más adelantadas en la ciencia de la cartografía.

En los talleres del Instituto Geográfico de la calle del General Ibáñez Ibero, el trabajo es prácticamente continuo. Una actividad que no se interrumpe nunca. Hay en estos talleres un régimen especial de tipo intensivo en el que los técnicos se relevan de modo que las innumerables máquinas de cada sección no encuentran la hora del descanso.

La primera sala o gabinete de estudios es el de delineación. Mesas largas sobre las que se extienden finos calcos, brillantes cartulinas. Sobre la cartulina, el lápiz casi imperceptible y la inmensa paciencia del delineante, que va dibujando, a pulso, en el papel blanquísimo, la curva de una carretera, la torre de una catedral, el piso de la Maladeta o un signo convencional que se traduce: «Abundancia de ganado porcino». Es admirable esto de los delineantes. Es la profesión de la paciencia.

—El mapa general de la Península —me dice el jefe de esta sección— va a escala de 1:50.000. A partir de éste se hacen los calcos. Después, en fotografía, se reduce a 1:100.000. Para hacer los conjuntos provinciales, se parte de 1:200.000. Esto es como la minuta del mapa definitivo. El sistema de eliminación se hace por clichés, mediante planchas. Lo más difícil para el delineante es la rotulación, cuando ésta se hace a mano. En construir un telón de cuatro hojas se viene a tardar un mes.

La discriminación de los datos que no han de figurar en cada mapa es una de las tareas más costosa a lo largo de la confección del Atlas. Es tan variado y múltiple el cúmulo de materiales sobre cualquier aspecto, que su eliminación o su fijación ha de cuidarse exquisitamente en beneficio de la exactitud, de la claridad y de la unidad del libro, de modo que los datos recogidos lle-

«España» ha sido acumulado por el Instituto a lo largo de muchos años. No es ningún secreto que los mejores expertos de esta especialidad pertenecen a la entidad de máxima solvencia en esta materia: al Instituto Geográfico y Catastral. Entre ellos han sido seleccionados equipos de ingenieros, ayudantes, topógrafos, delineantes, que en la actualidad se encuentran consagrados a esta clase de trabajos. Tampoco se excluye la posibilidad de contratar servicios de alta especialización con primeras figuras en cada uno de los sectores que constituyen la

variedad de los diversos factores que integran la confección de este atlas nacional.

Brigadas especiales de ingenieros y topógrafos han recorrido paso a paso la extensa geografía de la Península. Destacamentos de especialistas se han apostado en las tierras altas y en el profundo valle para tomar el pulso al desnivel mínimo, a la curva empinada y agreste o al desfil-

Ocho impresiones, por término medio, llevará cada carta de la monumental obra en preparación





Vista parcial de los talleres de impresión del Instituto Geográfico y Catastral en Madrid

guen en todas las cartas a un mismo nivel.

LA TECNICA DEL COLOR

A un libro que se hace con las reglas y los cánones de la más depurada y escrupulosa técnica y cuyas páginas van a un tipo medio de ocho colores, no creo que haya inconveniente en llamarle un libro en tecnicolor.

De la sala de delineantes se pasa a la de fotografía. Este es el camino que han de seguir las docientas hojas del «Atlas General de España».

Los técnicos de la fotografía trabajan también a un ritmo acelerado. Uno llega a sufrir casi el vértigo del cansancio al ver a estos hombres, verdaderos artistas, que dan al visitante una lección de física aplicada al hablarle de prismas de inversión, de objetivo de portaoriginales, de nonnius y cubetas y cloruro potásico, al mismo tiempo que en la sección de «pasado fotomecánico» otro señor habla de negativos y de planchas de cinc o planchas en desnudo.

En la sala de litografía trabajan cinco máquinas con un ruido infernal. Cinco máquinas presididas por una modernísima «Marinoni», que debe ser como la niña mimada de la sección.

—Esta «Marinoni» —dice el jefe de la sala— trabaja a una velocidad de 6.000 a la hora. Los mapas del atlas se reproducen en fotografía y se imprimen en máquinas de offset. Para obtener gamas completas de matices, de los distintos colores que figuran en cada carta, se emplean en algunas de ellas hasta doce y más planchas, cuya impresión hay que superponer, en riguroso ajuste, sobre cada hoja, otras tantas veces.

Se ha calculado que el tipo medio de impresión para este atlas será de ocho por lámina.

Un elevado criterio didáctico y pedagógico rige cada uno de los detalles mínimos en la confección de estas hojas. El Consejo Superior Geográfico y el mismo don Vicente Puyal revisan minuciosamente las pruebas y láminas antes de su itinerario por estas secciones, que van dando su configuración definida y peculiar a este resumen cartográfico, expone de un celo efectivo y de una vocación firme y decidida en pro de la cultura española.

DE LA CARTA DE JUAN DE LA CESA AL ATLAS NACIONAL

La cartografía ha sido una de las dedicaciones tradicionales de España, como país eminentemente proyectado al exterior, al que, por añadidura, le cupo en suerte estrenar su retina en un continente nuevo. La carta de Juan de la Cesa es un auténtico monumento de la geografía universal. Los viajes a América hacían que el lápiz dejara siempre un rastro sobre el papel. Los grandes periplos de los marinos españoles, nuestras frecuentes expediciones al continente africano y las constantes generaciones de misioneros españoles que se han repartido por todas las tierras crearon en España una tradicional estima y cultivo de la ciencia cartográfica.

Sin embargo, habría hoy que reconocer que una gran parte de los países cultos nos llevan algunos años de ventaja por lo que hace a la moderna cartografía. El esfuerzo casi titánico que en estos meses está llevando a cabo el Instituto Geográfico y Catastral nos ha de situar irremisiblemente a la altura de países que, como Italia, Francia, Alemania, Japón y Norteamérica, van hoy a la cabeza de los estudios y de las realizaciones dentro del campo de la cartografía.

En mayo del pasado año comenzaron los estudios de planteamiento por el alto personal directivo para la confección del «Atlas General». Ha sido preciso todo este tiempo de dedicación intensa para la preparación del proyecto que actualmente se está llevando a cabo. Un proyecto avaro de tiempo y de trabajo. La realización total se hará a lo largo de unos dieciocho meses.

Ningún matiz de la Península, ningún detalle de tipo general o

local queda al margen de este estudio. El atlas será como un gigantesco retrato de España de cuerpo entero.

A una parte de generalidades y climatología seguirá el resumen gráfico de la etnografía y demografía española, en el que la preocupación del Consejo Superior Geográfico queda simbolizada en la presencia de un mapa filológico y lingüístico o una carta que nos hable de los tipos diversos de distribución de publicaciones periódicas.

La división política de España, reducida muchas veces a la simple distribución en provincias, se llegará aquí hasta el estudio de partidos judiciales, como la división eclesiástica, tradicionalmente dada en archidiócesis y diócesis, en el «Atlas General de España» se ampliará hasta su división en arciprestazgos.

Quizá más avanzados o más originales que estas divisiones sean aquellas que hacen referencia a la producción y a la industria españolas. Era preciso un atlas que, gráficamente, expusiera no sólo los centros mineros, con los yacimientos estadísticos de producción, sino también las reservas hidroeléctricas, distribución de energías y su consumo.

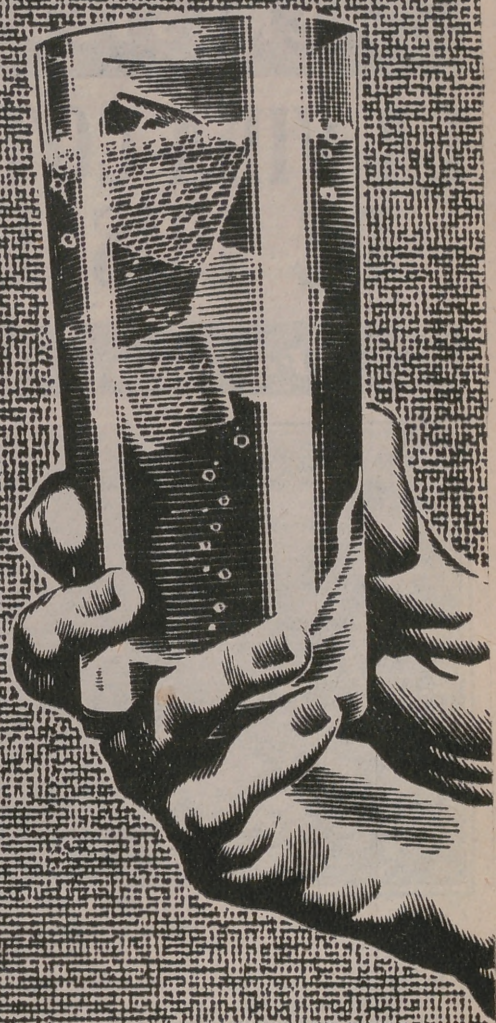
¿A qué obra podría recurrirse, por ejemplo, para estudiar comparativamente las redes de comunicaciones telegráficas, telefónicas, postales, férreas, de carreteras, en España? A este estudio detenido y concienzudo, que podríamos llamar del cuerpo de la Península, suceden cartas que resumen los niveles relativos de vida, mapas sanitarios, formación profesional y técnica. Todo cuanto dice relación a problemas sociológicos y culturales de la actualidad de España.

No será esta obra un sólo volumen de consulta para eruditos y estudiosos. Se ha concebido con pretensiones de satisfacer la angustiosa necesidad que padecen los centros de enseñanza universitaria, superior y técnica, e incluso la Enseñanza Media. Y a fe que ha de cumplir su pretensión. Este instrumento fundamental de estudio e información, de conocimiento directo de lo que España es y representa no quedará tampoco al margen del gran público.

Ediciones periódicas que viniesen a aumentar o disminuir, a modificar aquellas cartas que por su misma vitalidad, por su exigente actualidad, piden cambio o amplitud, sería cosa necesaria o al menos comfortable para esta obra que el Instituto Geográfico nos pone en las manos. Y esperanza del Instituto es que el interés de todos exija la existencia —las existencias— de estas nuevas ediciones. Una montaña será siempre la misma, un mapa que recoja zonas de analfabetismo tenderá a su disminución, por fortuna para todos.

Ernesto SALCEDO

(Fotografías de Basabe y Antonio.)



PARA LA SED
SOBERANO
HIELO Y SELTZ
Salero

GONZALEZ BYASS

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LA VIDA COTIDIANA DE LOS INCAS

Por Louis BAUDIN

Louis Baudin, conocido especialista francés en problemas precolombinos y autor de una interesante obra que lleva el título del Imperio socialista de los incas, ha aportado ahora su colaboración a la colección francesa «La vie quotidienne» que publica la librería Hachette, escribiendo un tomo sobre la vida diaria de los incas. Libro que resumimos en esta sección del «Libro que es menester leer». El estudio incaico es de una gran seriedad, objetividad y amenidad. Comentando que nuestra carencia de espacio nos impide poder recoger debidamente los mil aspectos que el autor expone de la existencia cotidiana de los pueblos que encontró Francisco Pizarro al iniciar la conquista del Perú.

BAUDIN (Louis): «La vie quotidienne au temps des derniers incas». Librairie Hachette, Paris, 1955.

EL PAIS DEL «MIEDO ORIGINAL»

EN America del Sur es imposible hablar del hombre sin evocar antes la Naturaleza, pues es ella la gran dominadora, lo fué siempre y lo sigue siendo. Nada tiene aquí nuestra escala. Los ríos, las montañas, los bosques son aquí obstáculo y hostilidad. En el plen de la creación de este continente el hombre no parece haber sido previsto: es un accidente.

Esta medida provoca primero sobreencogimiento y después temor. El relieve de la región que retendrá especialmente nuestra atención, llanuras desoladas alternando con cimas salvajes, es propicia al mantenimiento del «miedo original». Lo sobrehumano se hace inhumano. Es ésta la comarca que antiguamente los españoles llamaban «alto Perú», y que estaba comprendida entre las dos cordilleras, pero que sobrepasa con mucho los límites del Estado actual de este nombre, tanto al Norte como al Sur, ya que se extendía sobre el Ecuador, Bolivia y el Noroeste de Argentina. Los Andes reinan allí como dueños imperiosos y alucinantes. Son montañas jóvenes, según los geógrafos, de una estructura simple, sin fallas, verdaderas murallas, cuyas brechas se sitúan alrededor de los 4000 metros de altitud. Se presentan tal como surgieron en la aurora de los tiempos, sin erosiones ni aplanamiento, sin oquedades, forjadas por los vientos y las aguas, presentando una continuidad semejante a la cual sólo los Pirineos nos son capaces de dar en Europa una débil idea. Montañas vivas también, porque prosiguen su evolución lenta, desprecupadas de los hombres, picadas aquí y allá por volcanes en actividad y sacudidas momentáneamente por temblores inquietantes.

El temor lo agrava todavía más el aislamiento. Hacia el Oeste, si se franquea la cordillera, se encuentra uno casi inmediatamente uno de los más grandes océanos del mundo: la Polinesia está a 8.000 kilómetros y Australia a 12.000. Hacia el Este, más allá de la montaña, está el bosque brasileño,

que es todavía más infranqueable que el mar. Toda esta tierra ha vivido replegada sobre ella y ya se saben los esfuerzos que han sido necesarios para alcanzarla.

La zona interandina que evocamos es una de las que forman hoy el conjunto de los Estados llamados del Pacífico; las otras dos son la costa y el bosque. Ella es de lo más importante para nosotros, ya que constituye la cuna del Imperio de los incas, y es por ello por lo que comenzamos a describirla.

La reacción del europeo en presencia de la llanura interandina, que los peruanos llaman la sierra, difiere extremadamente según los individuos y en su manera de comportarse revelan su mentalidad. Unos se sienten sobrecogidos de admiración ante esta grandeza salvaje, ante este aspecto primitivo; evocan las primeras edades de la tierra y sienten la presencia de Dios. Los otros no ven en ella más que el vacío y la melancolía, masas de tierra y de rocas que destilan el tedio. En efecto, para comprender el sentido de estos paisajes es necesario sobrepasar el dominio estrecho de la sensación. La sierra es una llamada a la trascendencia y un instrumento de selección entre los hombres, tanto hoy como en otras épocas.

La segunda región del Perú, la costa, forma una estrecha banda de tierra comprendida entre el océano y la vertiente occidental de los Andes, vertiente raramente regada por la lluvia, ruda y pedregosa. La tercera zona del Perú, la selva virgen, no es propicia al desarrollo de una civilización. El curso superior de los grandes ríos, como el del mismo Amazonas, es demasiado encajonado, lleno de corrientes y cortado de rápidos, para servir de vía de comunicación.

En su conjunto, el medio natural se opone a la constitución de un imperio andino. No solamente existe el hecho de que inmensas extensiones no son cultivables, sino que también las diferencias de altitud impiden al habitante de una región aclimatarse a la otra. Es por esto por lo que los ejércitos del Inca, al descender de la llanura hacia el océano, se estacionaban durante algún tiempo a media pendiente de la cordillera antes de proseguir su marcha.

Actualmente la población se presenta todavía sobre el mapa bajo el aspecto de una serie de islotes separados por extensiones vacías: un archipiélago humano. Las fuerzas de dispersión se hicieron ineficaces antiguamente por una extraordinaria organización, la de los incas, y hoy por una extraordinaria invención, la del avión.

La unidad de la nación en los Estados del Pacífico es el fruto de la voluntad humana. Si el observador extranjero se siente desalentado al comprobar la hostilidad de la Naturaleza, recupera la confianza al estudiar la acción de los hombres. La Historia corrige la geografía.

LA SOCIEDAD: EL PRINCIPIO DUALISTA

Es probable que la primera distinción entre las categorías de las poblaciones del Imperio inca ha sido simplemente la que todas las historias suministran ejemplo; es decir, la de vencedores y vencidos, la de dominadores y dominados. Pero que

LOUIS BAUDIN

MEMBRE DE L'INSTITUT



LA VIE QUOTIDIENNE
AU TEMPS DES DERNIERS
INCAS

LIBRAIRIE HACHETTE

en Perú ha tomado poco a poco un relieve singular al revestir un carácter extraordinariamente racional. Las relaciones entre las dos clases así concebidas han sido inspiradas por la lógica y no por una fuerza ciega, y ninguna barrera infranqueable se ha alzado entre las clases, lo que nos prohíbe cualquier comparación con un régimen de castas y nos lleva a hablar más bien de una élite y de una masa.

Este dualismo se extendía a todos los dominios sin excepción, tanto a los materiales como a los espirituales. Incluso se aplicaba curiosamente al pasado. Sabemos, en efecto, que los indios del pueblo no conocían más que una historia expurgada, pero los miembros de la élite no ignoraban las sombras tan escondidas. El propio carácter místico esencial del indio en relación con la clase social a la que pertenece dejaba sentir su influencia diferente entre el hombre-masa y el hombre de la élite. La presencia constante de entidades que calificaríamos de sobrenaturales, las exigencias de un medio generalmente duro para el hombre, todo le incitaba al indio a adaptarse sin revuelta y también por reacción vital a aglomerarse con sus semejantes con el fin de sobrevivir. En estas condiciones, llevando una existencia difícil y siempre amenazada, tendía a apreciar los hombres y las cosas desde el punto de vista de su utilidad directa e inmediata. De todo esto se deducía su pasividad, su resistencia al dolor, el espíritu comunitario, generador de la idea de que un acto individual tiene una resonancia sobre toda la colectividad a la cual el individuo pertenece, idea a la que habrá que volver si se quiere comprender la práctica de la «confesión», de la cual hablaremos después, y finalmente, el carácter poco sentimental de la familia, que permanece presentando hoy un aspecto estrechamente utilitario. El sentimiento no está ausente, pero juega un papel mínimo.

Los comentaristas modernos se representan al hombre común sometido a una rigurosa disciplina, y cuyo tiempo está compartido entre el trabajo de los campos y el oficio de las armas, un tiempo agobiado por la tristeza y el tedio. En esto hay algo de exageración. Sin duda la nota dominante de su carácter es la melancolía, que sorprende incluso hoy al observador, y su lengua, el quichua, nos ofrece una serie de palabras para traducir los matices de esta aflicción. Debemos admitir también que era tradicionalista hasta el extremo y que amaba el orden, la armonía y el equilibrio. De todo esto se deducían las características de su arte: líneas geométricas, repetición de los mismos motivos, simetría de los dibujos. También se comprenden sus temores ante la Naturaleza caprichosa, desproporcionada e infinita. Igualmente se revela la inmensa construcción social, geométrica también, y cuyas proporciones exactas y definitivas aseguran la igualdad entre los individuos situados en la base, la jerarquía de los dirigentes y la perennidad del conjunto.

En el interior, sin embargo, de esta estructura el indio no guarda una fisonomía inmutable y fija; permanece fetalista, ciertamente, y se resigna a sufrir los caprichos de innumerables potencias sobrenaturales, naturales y humanas que le rodean.

A diferencia del hombre-masa, el hombre de la élite, consciente de su misión divina y encarnando el espíritu de iniciativa y el espíritu de previsión, era activo y calculador. Responsable del orden en un inmenso Imperio, se mostraba duro e incluso cruel para el que se le resistía. Algo de salvaje subsistía siempre en él. Atahualpa, en el momento mismo de la conquista española, hacía colgar a los indios a lo largo de las carreteras y fabricar un tambor con la piel de su hermano y una copa con su cráneo. No hay duda de que esta habría sido la suerte de Francisco Pizarro si hubiese sido vencido.

LA RELIGION Y LA MAGIA: LA CONFESION

Los límites que los sociólogos modernos asignan a la religión y a la magia no existían entonces. En el Perú ambas cosas se mezclan y lo segundo aparece como la aplicación de lo primero, como su prolongación natural y necesaria en la vida diaria. Esta confusión se encuentra favorecida por el carácter eminentemente utilitario del indio.

Las fronteras de la ciencia eran también imprecisas. La magia reposaba en ciertos casos sobre observaciones y razonamientos que preludiaban a la psicología, a la sociología y a la medicina. En todas las clases de la sociedad peruana ciencia,

religión y magia conjugadas eran soberanas, pues nada les escapaba, ya que todo tenía una significación profunda: la enfermedad, el accidente, así como la forma de la nube o el grito del animal por la tarde en la sierra.

La penitencia era impuesta por unos confesores, ya que para gran sorpresa de los misioneros católicos se encontró que la confesión se practicaba corrientemente en el Perú. Los confesores eran designados por los superiores jerárquicos después de un examen destinado a asegurarse que estaban instruidos en materias religiosas.

El confesor se colocaba en la proximidad de una corriente de agua, cogía con su mano derecha un manojo de hierbas secas y en su mano izquierda un hilo cuya extremidad estaba atada alrededor de una piedra y después apelaba al penitente y le invitaba a hablar. La confesión era secreta y toda infracción de esta regla era inmediatamente castigada con la muerte. Los indios, por otra parte, no escondían sus faltas, pues estaban persuadidos de que el confesor les podía fácilmente desentrañar lo que tuvieran de malo, ya que al mismo tiempo era lo divino.

Los pecados no presentaban originalidad y eran los de todos los tiempos. Una vez indicada la penitencia, el confesor procedía a una ceremonia simbólica: golpeaba ligeramente al pecador con la piedra que tenía en la mano y después le invitaba a escupir en un saquito, donde luego escupía el también. Pronunciaba ciertas oraciones y arrojaba al riachuelo vecino el saco repleto con todas sus faltas del penitente. Pedía al mismo tiempo a los dioses que llevasen por el agua este triste cargamento hacia los abismos de los cuales no se puede volver.

LA LUCHA CONTRA LA ENFERMEDAD

Las únicas ciencias que parecen haber conocido un cierto progreso son la medicina y la cirugía. La medicina consistía en una mezcla de procedimientos empíricos y de prácticas mágicas. Los curanderos pertenecían a la categoría de los seres designados por un signo irrecusable, anomalía física, enfermedad o hecho extraordinario de la existencia—tales como ciego de nacimiento u hombre tocado por el rayo—, o bien formaban parte de una tribu cuyos miembros conocían las propiedades curativas de las plantas, transmitiéndose sus secretos celosamente de padres a hijos.

Ciertas enfermedades frecuentes en el mundo antiguo eran desconocidas en América, tales como la escarlatina y el sarampión; sin embargo, enfermedades específicas hacían verdaderos estragos, como la verruga y la uta. La verruga se manifiesta por la aparición de granos, dando fiebre y provocando algunas veces hemorragias en los hombres y en los animales, siendo muy conocida por los indígenas que habitan en los pueblos situados en altitudes medias entre los 1.000 y los 3.000 metros, en la cordillera occidental. La uta es una especie de lepra que ataca al rostro y que exige actuar sobre las partes contaminadas, sobre todo en la nariz y en los labios, lo que explica las mutilaciones reproducidas en los vasos por los artistas chimúas.

Existían remedios para todos los males. La dieta, la purga, los masajes, los emplastos, la sangría con una aguja constituían la terapéutica corriente. La farmacopea vegetal era mucho más importante. La coca venía a la cabeza de la lista. Este arbusto, originario de tierras más sanas tropicales, que alcanza un metro cincuenta de altura y vive una cuarentena de años, da tres cosechas anuales de hojas, que las seca por una exposición prudente, progresiva a los rayos solares, con el fin de evitar que se pudran y se rompan. Para hacerla comestible es necesario agregar una materia alcalina. Se le da la forma de una bola y se la mastica. Es un estimulante precioso, pero hay que temer el abuso. Tomada con moderación, la coca permite al indio dar pruebas de una sorprendente resistencia a la fatiga; tomada con exceso, conduce a la insensibilidad y al embrutecimiento.

Los españoles han reconocido inmediatamente las cualidades de esta planta, y Garcilaso evoca el diálogo de dos de sus compatriotas, uno a caballo y el otro a pie: el primero ve en la costumbre de masticar la coca una superstición indígena, y el segundo le responde que sin dinero no hay otro medio para salir adelante.

En materia de cirugía, la intervención que parece haber sido practicada principalmente en el antiguo Perú es la trepanación; los cráneos en-

contrados en las tumbas llevan frecuentemente en ellos las marcas seguras, lo que no debe sorprender, ya que eran frecuentemente aplastados por golpes de maza en los combates.

Los cirujanos se servían para realizar esta operación de un trinchete en forma de T cuya parte vertical representaba el mango y cuya parte superior horizontal era curva. Elevaban la parte de la caja craneana cavando cuatro surcos rectos que formaban una superficie rectangular o también tallando una serie de agujeros según una curva cerrada y cortando luego el hueso entre los agujeros. Eran de una gran habilidad, pues uno de los cráneos encontrados por los arqueólogos fue trepanado cinco veces en fechas diferentes y sólo la última cicatriz presenta huellas de infección.

Los cirujanos practicaban también amputaciones, como lo testimonian diversas cerámicas. Algunas eran muy singulares, como la que realizaban para unir las dos partes de una herida, en la cual el operador colocaba hormigas en la herida, que picaban en los dos lados a la vez, contando él después la cabeza a los insectos, con lo cual la herida quedaba cerrada.

Cuando las operaciones, se hacía insensible al paciente aplicándole cocaína, que se sacaba de la coca poniendo a ésta en contacto con un alcalino poderoso, la Llipta, preparada especialmente con cal.

EL PROBLEMA DE LA DEFORMACION DE LOS CRANEOS

La cabeza no era solamente objeto de intervenciones quirúrgicas. La estética, que ocupaba un lugar eminente en las preocupaciones de los indios, inspiró la idea de deformar los cráneos de los recién nacidos, aplastándolos entre planchas de madera, con el fin de embellecerlos y también de adaptarlos mejor al tocado tradicional de la región. El sentido de la belleza y el gusto de la racionalización encontraban provecho también en esto. Esta costumbre no era propia de los indios de la llanura andina; era de origen antiguo y general en América del Sur, pero se acobodaba par-

ticularmente con las normas de una civilización que no retrocedía ante nada por imponer al individuo desde su nacimiento la marca imborrable de la colectividad. Es posible que grupos de una inteligencia superior hayan querido ir más lejos en este camino y que hayan intentado por este procedimiento comprimir ciertas circunvoluciones cerebrales con el fin de crear individuos de mentalidades determinadas. Un cronista indio pretende que el Inca utilizó este procedimiento para hacer a sus súbditos más obedientes. Ello sería el término lógico de una política de racionalización: la fabricación de esclavos.

Se distinguen seis tipos diferentes de deformaciones: ciertas cabezas eran aplastadas como las de los reptiles, otras tomaban la forma de un pan de azúcar y algunas eran alargadas o ensanchadas. Varios procedimientos eran empleados para este fin. Las tabillitas se colocaban respectivamente sobre la frente y el occipucio y se ataban entre ellas con cordones de lana o de fibra vegetal.

Otras veces se mantiene al niño completamente tumbado y su cabeza se fija a la tabla del fondo de la cuna. En algunos casos vendas circulares apretando en determinados lugares bastaban para provocar una modificación del cráneo. Para evitar perturbaciones inmediatas, la madre apretaba un poco más cada día estos instrumentos bárbaros, hasta el momento que obtiene la forma deseada, generalmente hasta los tres o cuatro años.

MISERIA Y PESIMISMO DE LOS INCAS

El habitáculo del hombre del pueblo era de lo más primitivo. La comunidad edificaba la choza que correspondía a cada joven matrimonio. Los muros de tierra cocida, excepcionalmente de piedra, soportaban un techo de paja. No había ninguna ventana y el aire entraba por una abertura. Una puerta baja, semejante a la boca de un horno, estaba cerrada por una cortina.

En este reducido oscuro y meloliente, algunas veces dividido en dos partes por una ligera pared interior, se amontonaban los hijos y el ganado alrededor de un pequeño horno de arcilla repleto de instrumentos y útiles de cocina. Pieltes de llamas arrojadas en tierra y dobladas servían de lecho. Una mitad formaba el colchón y la otra la colcha. La familia no se reunía en este antro más que por la noche o durante los días de lluvia. Este modesto alojamiento era dos veces al año revisado por los inspectores estatales. Todo lo que pudiese adornar la habitación y embellecerla estaba prohibido, pues nada debía de apartar al indio del fin económico utilitario asignado al Estado. La primera conclusión evidente que se desprende de toda esta existencia es una lección de relatividad. Difícilmente sabríamos hoy vivir en la sociedad, en la que el indio estaba perfectamente habituado, ni podríamos acomodarnos a la planificación de su vida. Los que no conciben ni la libertad ni la propiedad individual no sufren con su ausencia.

El Inca no ha buscado más que una solución oportunista para asentar su autoridad y ha creado un enorme aparato administrativo que se adaptaba a las condiciones naturales, históricas y psicológicas de sus súbditos. Nos hemos preguntado lo que hubiese ocurrido si los españoles no hubiesen desembarcado en Perú. Alguien ha supuesto que el régimen incaico constituía una etapa del camino de la libertad. Aunque la individualización de los bienes de la minoría pudiese aportar una confirmación de esta tesis, la creciente esclerosis de la masa no permite fundamentar seriamente esta teoría.

Visto con los ojos del hombre del siglo XX, la vida cotidiana de los últimos incas da la impresión de haber sido reglamentada de una vez para siempre como un mecanismo de una triste perfección. Lo absoluto y lo definitivo reinaban por todas partes. El hombre-masa no tiene nada que aprender, nada que prever ni nada que desear. No existe para él ningún repliegue interior ni ningún brillo. El inca y su consejo constituyen únicamente el cerebro de esta inmensa personalidad colectiva. Así aparece para nosotros el Imperio: gigantesco, pero en donde todo está localizado, momento grandioso que se repite idéntico, sueño realizado de una inmensidad sin extensión y de una duración sin sucesión. «Cansada monotonía y tristeza invencible», según la frase de un comentarista.

ACABA DE APARECER
UN LIBRO CLARO, SENCILLO,
CONCISO Y PRACTICO

La Secretaría

UN CONCEPTO MODERNO DE
LA OFICINA

Por A. CARPINTIER

Es la obra que da la debida importancia y que enfoca con la visión de nuestro tiempo un menester necesario e indispensable en toda actividad burocrática y comercial

INDICE

Introducción.—Organización y funciones.—La Función administrativa.—La Secretaría General.—Actividades personales.—La Secretaría Especializada.—La Instalación.—Material de la Oficina.—Los artículos del Escritorio e impresos.—Cómo se toma un escrito.—El estudio de las palabras.—Cálculo Mercantil.—Operaciones financieras.—Los libros de la contabilidad.—Las formas ortográficas.—La Documentación y la información.—Mecanización.—La correspondencia.—Formularios (los más usuales en toda Secretaría)

Forma un volumen tamaño 14 x 22, encuadernado, de 500 páginas, con diferentes ilustraciones

Pídalo a reembolso de su importe, 100 pesetas (libre de gastos)

EDICIONES GINER

Cuesta de Santo Domingo, 11
M A D R I D

TORERO POR UNA APUESTA

FRANCISCO BARRIO, "EL TURIA"

NACIO EN LA MISMA CALLE VALENCIANA QUE MANOLO GRANERO

SU VIDA ES UN CANTO A LA ESPERANZA EN EL EXITO

El "margen de confianza" que le han concedido los aficionados está abierto ante la promesa de este novillero

EN la parroquia de los Santos Juanes, cerca de la calle del Triador, de Valencia, se celebraba, una tarde de principios del otoño del año 1935, un bautizo. Al neófito le ha sido impuesto el nombre de Francisco, y el padre, un hombre joven, no puede ocultar su gozo. Cuando le preguntan, para inscribir al nuevo cristiano en el libro de bautismos de la parroquia, por el nombre y apellidos de aquel morenito que duerme, entre las mantillas, en los brazos de la madrina, contesta nervioso y alegrísimo juntamente:

—Francisco Barrio Esterlick.

Hace tan sólo un año que el padre del bautizado contrajo matrimonio. El es un trabajador del ramo de la electricidad que conoció a una simpática muchacha y se casó con ella. Ahora se celebra el advenimiento del primer retoño de la familia.

El empleado, con el gesto cansado del monótono oficio, pregunta rutinario:

—¿Cuándo nació?

La respuesta del padre, en su simplicidad, tiene, por el tono, toda la importancia de un motivo faustísimo:

—El 23 de septiembre de 1935.

Ha salido de la iglesia el acompañamiento y ya se celebra con unos dulces, unos bocadillos y unos vasos de buen vino el natalicio.

—Angel—pregunta un amigo—: ¿qué es lo que va a ser tu hijo de mayor? ¡No me digas que torero como tú!

Y el padre del pequeño, acor-

ENTRE los matadores de novillos que presentan un porvenir más esperanzador se encuentra este novillero valenciano que tiene por sobrenombre El Turia. La biografía de Francisco Barrio es una demostración de lo que puede la afición al toro y de cómo se llega y se avanza cuando hay corazón, arte, sabiduría y constancia.

Las plazas de toros españolas han conocido, casi todas, el toreo elegante, como dibujado, de este jovencísimo matador de novillos. Junto a los matadores de toros consagrados, las biografías de los novilleros presentan, todas el buen signo de la esperanza. La vida de El Turia es también eso. Un canto a la esperanza en el éxito. Y el éxito, para El Turia ha estado junto a él un buen número de veces.



El Turia va a cumplir veinte años



Hay valor y dominio en el toreo de El Turia

dándose de los tiempos en que quiso ser lidiador de reses bravas y no pudo, porque no todo se consigue en esta tierra aunque uno lo quiera de verdad, responde con calma:

—Mi hijo será ingeniero industrial. Y además dirigirá una gran fábrica de electricidad.

Mas el hijo que ahora dormía

en la cuna, amorosamente contemplado por la madre, se encargaría de romper con el deseo. El recién bautizado en la parroquia de los Santos Juanes y venido al mundo en la misma calle que nació Manolo Granero sería, andando el tiempo, Francisco Barrio «el Turia», un novillero famoso de Valencia.

UNA AFICION QUE EMPIEZA A CRECER: EL CINE

Una noche, mientras duerme la familia menuda—que se aumentó con dos nuevas hermanas—, el padre y la madre de Paquito comentan:

—Ángeleta, tenemos que mandar a Paquito al colegio. El chico tiene cinco años y es hora de que vaya a clase.

Hay que buscar colegio para el pequeño. Un colegio bueno, donde se aprenda mucho, donde las lecciones materiales vayan también acompañadas de las espirituales. Y Paquito entra en el de los Padres Escolapios.

Allá fué, a comienzos del curso del año 1940, un chiquillo moreno, delgadito y pensativo, que iba a pasarse cinco cursos en las diferentes aulas del colegio.

Paquito es un colegial más entre todos los colegiales. El estudio sus lecciones, hace cuando puede los problemas de matemáticas y presenta casi todos los días, es la verdad, sus deberes limpios y correctos.

Pero hay una afición en el colegial que avanza con el tiempo. Y no son los toros precisamente, que de los toros ni se acuerda, ni casi sabe que existen si no es por las fotografías o por los rumores de los comentarios. Porque en su casa, el padre lee todas las crónicas taurinas, y alguna vez que otra, mientras el niño hace sus deberes en casa, exclama:

—¡Qué bueno ha estado Mancolete!

O también:

—De Sevilla viene un torero que se llama Pepe Luis.

O, un poco más adelante:

—Hoy le han dado una cornada a Valencia III.

La afición secreta del colegial es el cine. Y la madre, por fuerza, se convierte en la arca monetaria de donde sale el dinerito para las entradas.

—Madre, hoy es jueves y echan una de caballistas muy buena.

Otras veces Paquito lleva a su hermanita con él para que vea una película de dibujos. A la vuelta, la pequeña comenta:

—¿No sabes, mamá?... Había unos cerditos que cantaban y un lobo que soplando les tiraba la casita.

Pero a Paquito lo que de verdad le gustaba era el caballo blanco de Tom Mix galopando por la pradera y lo de prisa que nadaba Tarzán y los puñetazos decisivos de James Cagney.

EN UNA CARRETERA DE TERUEL

A los trece años de la vida de Paquito Barrio ocurre un suceso que pudo impedir la futura carrera taurina del hoy novillero valenciano.

Un día, por la carretera de Teruel, avanzaba un camión con marcha normal y atención fija y bien segura. Iba como conductor el padre de Paquito, y como pasajero, Paquito mismo.

Todo transcurría sin alarma cuando, de repente, un automóvil que transitaba a gran velocidad se cruzó delante del camión.

—¡Agárrate, Paquito, hijo! ¡Cuidado, que nos estrellamos!

Fueron más rápidos los hechos que las palabras. Por un terraplén cayó dando vueltas el vehículo, y dentro quedaron, inanimados, los cuerpos de los dos pasajeros.

Al cabo de un rato paró arriba, en la carretera, otro coche.

—¡De prisa, están allá abajo!

En el mismo coche fueron llevados padre e hijo a un sanatorio de Teruel. Las lesiones de Paco son graves: tiene la pierna desarticulada y desgarrada la rodilla. Los médicos temen que no pueda andar.

Paquito no lo siente más que por una cosa: él no se quiere quedar cojo, porque él quiere nadar. Por entonces ya es un perfecto campeón infantil de natación. Las piscinas de Valencia saben de sus entrenamientos, de sus virajes al final de las «calle» y de sus salidas perfectas y potentes.

Las heridas del padre son, afortunadamente, menos importantes. Cuando a la cabecera de la cama del muchacho se encuentra don Angel, Paquito pregunta angustiado:

—¿Volveré a andar, padre? ¿Volveré a andar?

Y la cosa se quedó en temor, porque luego anduvo. Que para atestiguarlo, ahí están sus paseillos en las plazas de toros. En medio de los otros dos matadores, Francisco Barrio, «El Turia», avanza clásico y pausado. La pierna no lo impide. Ni el corazón tampoco, ambos van hacia adelante como los mejores.

A LOS TRECE AÑOS QUERÍA SER EL PRIMERO EN LOS 1.500

Manuel Guillot es un nadador que fué campeón de Levante en la especialidad de fondo. Y además es primo de Paquito. En la doble significación de la enseñanza y del vínculo familiar, Manolo lleva a su pequeño primo a la piscina del Club Náutico de la capital valenciana. Allí le enseña a nadar.

—¡Los músculos sueños, Paco! ¡No lleves las piernas agarrotadas!—grita el profesor—. Ahora hazte cuatro largos de tabla.

Paquito va puliendo su estilo. Y nada un «crawl» suelto y pausado, con un cierto parecido al de Manolo Martínez, aquel gran campeón que tuvo España.

Manolo Guillot, el campeón levantino, quiere que e su primo, Francisco Barrio—que todavía no era «El Turia», sea su sucesor en el acuático cetro.

Hoy, Francisco Barrio—que ya es «El Turia», aunque no ha conquistado el Campeonato, no por ello ha abandonado su deporte preferido. Junto con el cine, y después, naturalmente, de los toros, es su gran pasión.

—La verdad, que me gustaría nadar con el estilo de Johnny Weissmuller o con la seguridad de Jim Mc Lane, o con el desliz extraordinario del japonés Furahashi.

Casi todos los días, la pileta del Club Náutico, y más tarde de la de la piscina Las Arenas, son ter-

tigos de los progresos del aprendizaje de nadador. En los cien metros marca un minuto, quince segundos. Pero lo que a Paquito, que tenía trece años, le gustaba más era nadar con ritmo, sensación y presencia de gran fondista. Paquito pensaba intimamente en ser el primero en la final olímpica de los 1.500 metros, porque entonces todavía Francisco Barrio no pensaba ni por casualidad en el toro.

TORERO POR UNA APUESTA

Francisco Barrio, entre clase y clase o entre vacación o vacación, tiene sus amigos. Unos son de su edad, otros un poco mayores. Entre las pandillas de conocidos hay una de toreros; por lo menos de toreros con ganas de serlo. Uno de ellos es Félix Guillén—un muchacho aragonés que luego sería novillero—, que siempre estaba hablando, junto con los demás, de pases de muleta, de verónicas, de toros grandes y cornalones y de pesetas cobradas por corrida.

Francisco asistía a estas conversaciones, en las que no intervenía demasiado. A él por entonces le gustaba el cine y la natación, y prefería hablar de Ingrid Bergman y de Loretta Young, o de Alex Jany y de Alan Ladd antes que de Manolete o de Arruza. Pero un día tanto dijeron los amigos, tanto se alabaron y tantos proyectos hicieron, que Francisco, sin poderse contener—aunque, eso sí, muy pausado y muy seguro—, sentenció:

—Yo, sin haberme puesto nunca delante de un toro ni haber cogido ni un capote ni una muleta, lo hago mejor que todos vosotros.

El contraataque fué rápido y rotundo. Félix Guillén respondió:

—Si tan bien lo haces, ¿por qué no vienes a torear con nosotros a una capea? Apuesto algo a que no te pones delante del toro ni a una legua de distancia.

—Apostado va.

Y por una apuesta, Francisco Barrio, «El Turia», se iba a convertir, pasando el tiempo, en un novillero de tronio.

EL PRIMER CAPOTAZO TIENE AIRE DE TRAGEDIA

Cárcer es un pueblo valenciano, alegre y luminoso, en donde algunos domingos veraniegos del año, principalmente por las festividades locales, se celebran capeas en las que intervienen aficionados y algún que otro profesional venido a menos o que empieza su carrera. Cárcer fué el lugar elegido para el desarrollo de la apuesta entre Francisco Barrio, por un lado, y Félix Guillén y sus amigos, por otro.

Francisco, que tiene entonces exactamente quince años, no quiere que su madre se entere de su aventura.

—Mamá, prepárame una merienda para mañana, que nos vamos de excursión.

—¿Dónde vas, hijo?

—Cerca, al campo a pasar la noche y luego a tomar el sol durante el domingo. Sólo vienen los amigos.

La madre, como otras veces, prepara la merienda al muchacho: tortilla de patatas, filetes empanados, pan y fruta; al salir, la recomendación:

—No vayáis a cometer alguna imprudencia.

—No te preocupes, madre. ¿Crees que no sé cuidar de mí?

Don Angel, a la noche, pregunta por su hijo:

—¿Y Paquito?

—Marchó de excursión con los amigos.

Es por el verano y la cosa, como puede suponerse, ahí quedo, sin más.

En el domingo, las calles de Cárcer ven pasear a cuatro o cinco muchachitos valencianos que van a torear. Como el pueblo no es muy grande y todo el mundo se conoce, el comentario es unánime:

—Esos que van ahí son los toreros.

—Pequeñajos son, la verdad.

Lo primero que se hace es comprobar el piso del ruedo. La artesana plaza no tiene, ciertamente, la arena de la Maestranza ni los tendidos de la Monumental madrileña. Pero hay dispuestos un par de burladeros y se ha procurado en lo posible alisar el suelo con la mejor buena voluntad. Aunque algún hoyo que otro y algún que otro pedrusco rompan, como atiplanicies para trucos cinematográficos, la endurecida llanura.

Ya está el novillo en el irregular ruedo. Félix Guillén es el primero que da un capotazo. El bicho embiste de pasada. Los mozos, mientras tanto, citan de lejos, con las gorras blancas en la mano.

—¡Toro, toro, toro!

Francisco, con la mirada fija en el animal, permanece callado y abstraído.

—¡Vamos! ¿Te decides o nos volvemos a casa?

—¡Qué! ¿Hay miedo?

Francisco no contesta. Despacio, con seguridad, se dirige hacia el novillo, que escarba, en la arena.

Francisco lleva un capote de brega, ya utilizado por sus amigos en otras capeas. Se coloca. Se coloca frente al toro y le llama, con voz alta y segura:

—¡Eh, eh, eh!

El novillo escarba y se arranca.

Un lance y otro revolviéndose. Al dar el tercero, el novillo le atropella y le derriba. Pero no pasa nada. Otro lance y nuevo persegimiento. Por fin, media verónica muy pinturera, con ovación de la multitud.

Los amigos, emocionados, le felicitan:

—¡Bien, Paquillo, pero que muy bien!

Continúa la capea. Nuevos aficionados intervienen. Francisco Barrio, que ya quiere ser torero, se despacha a su gusto. El novillo, como luego recordarán los amigos, le dió, entre verónica y verónica, y entre derecho y natural, una buena paliza. Pero ganó la apuesta. El lunes, cuando se enteró el padre, hubo algo para las espaldas del incipiente novillero. Resumen: una apuesta



Francisco Barrio enciende un pitillo a su apoderado, don Florentino Díaz Flores

ganada en dos horas y dos palizas recibidas en veinticuatro.

ESCAPADO DE CASA PARA IR A CAPEAS

En casa, pues, la oposición es fulminante. El padre, que sabe por experiencia el peligro de la profesión, se muestra contrariamente decidido.

—Aquí no queremos toreros, ¿te enteras? A estudiar, que es tu obligación, y si no quieres estudiar, a trabajar, que ya te buscaré yo taller donde lo hagas.

La madre, más suave, pero igual de preocupada, le reprocha:

—No nos des disgustos, hijo, que no quiero verte debajo de los cuernos de un toro.

Al principio, las palabras de la madre influyen en el muchacho. Pero cuando se ha dado un capotazo a un toro y está metida la afición en el cuerpo es muy difícil echarla. Por eso hubo que tomar una decisión. Y la decisión era marcharse de casa.

Estamos en la temporada taurina del año 1952. Una noche, la cama de Francisco está vacía. Y la noticia es escueta: «Me he marchado a torear.»

El dinero en el bolsillo del escapado no es muy grande; más bien escaso. Tan escaso que estuvo viajando durante un mes por las dos provincias de Teruel y de Cuencá con diez pesetas en la cartera. Durante este tiempo fué cuando Francisco se hizo maestro en sortear a los revisores de los trenes y en practicar el viaje por carretera en los camiones de mercancías.

Salido de casa, la primera parada tuvo lugar en Mora de Rubielos, provincia de Teruel. Y allí se realizó la inauguración de lo que pudiera decirse «capeista profesional». Le tocó un toro castaño, descarado y veleto, que muy bien tendría sus 350 kilogramos de peso. Francisco, que todavía no usaba apodo alguno, estuvo muy torero y artista, con esa su forma de lidiar, que parece que dibuja en el aire. Todavía no había matado ningún toro. Pero se dejó caer, sin echarse fuera, y clavó una muy superior media es-

tocada que tumbó al enemigo. Oreja hubo y buenas perras en el capote. Al acabar le llamó el Alcalde.

—Oye, muchacho.

—Usted dirá.

—¿Quieres torear otros dos toros aquí mismo?

—Pues, sí, señor, desde luego.

Había comenzado para Francisco la vida de aventura.

LA ENTRANABLE AMISTAD CON MARCHENITA

La vida de capeas es dura y tiene sus momentos difíciles, aunque también haya momentos buenos, como aquellos en que aplauden las gentes y las mujeres echan flores y los hombres dinero. El peso del capote entonces se torna ingrático.

Hay que correr por los pueblos, correr por los trenes, correr por los caminos. Francisco Barrio tiene un compañero, un hermano casi, de bueno, de animoso, de honrado, de grande de corazón. El muchacho se llama Manuel Morata, «Marchenita». Más tarde, en 1954, esta amistad se rompería trágicamente: en un pueblo de Teruel, un toro «pregonao» cogió al Marchenita. La vida alegre, dulce y cariñosa del amigo se fué para siempre en el substitutivo de enfermería que se instala en los pueblos.

Recién empezada la época de capeas, Francisco Barrio y Manuel Morata van a torear a un pueblo de la sierra de Albarracín. El primer día, la cosa no se dió mal; hizo sol, hubo gente, y los dineros que cayeron de los carros fueron, si no muy abundantes, por lo menos, alentadores. Pero a la siguiente fecha amaneció nublado. Unas nubes tronadas de agua que quisieron dejar su cargamento en la localidad. No hubo corrida; no hubo dinero.

—Paco, no tenemos bastante para pagar la pensión.

El dueño de la casa, temiendo la carencia, exigió su importe.

—Pues no nos llega, señor.

El dueño de la casa no sabía de concesiones a los toreros y llamó a la Guardia Civil. Allí se presentaron el cabo y la pareja.

—¿Con que no tenéis dinero?

Marchenita cogió al cabo y se fue a un rincón a hablar con él. No se sabe si es que el Marchenita tenía dotes de orador o el cabo un corazón de oro, tan generoso como las cuatro torres de una catedral. Lo cierto fué que la Guardia Civil, compadecida, pagó la pensión. Y los toreros, agradecidos, pudieron continuar su viaje.

Viaje va, viaje viene por Aragón, por Levante o por Castilla. Cada día una aventura. Como aquella vez que los dos hermanos de oficio y de amistad tomaron el tren en dirección equivocada. Era un tren minero. Y en vez de aparecer en el pueblo aparecieron en la mina; concretamente, en Ojos Negros. El capataz de los mineros, muy bien que los atendió. Cuatro días les tuvo hasta que llegara el próximo tren, con comida y cama pagada. En compensación, los muchachos le limpiaron la casa.

Mientras tanto, el padre hace gestiones. Por algunas noticias sabe que el hijo anda por Aragón. Y decide ir a buscarlo.

Francisco sigue en las capeas: Albarracín y Linares de Mora, en Teruel, y Landete, en Cuenca, son escenario de nuevos éxitos. Se come en una posada o en medio del campo con los compañeros. Lo interesante es torear y tener práctica con los toros. Que habiendo va'lor y condiciones lo demás ya se dará, porque juventud no falta para esperar.

Ha pasado un mes desde la salida. Un día Francisco estaba tomando café en Cuenca, capital, en el bar donde suelen ir los toreros. De repente notó una mano en el hombro y una voz conocida:

—Francisco.

Era su padre. En el regreso a casa no hubo disgustos, ni palizas, ni pescozones siquiera. Hubo, por el contrario, muchos besos en la llegada por el hallazgo del hijo y del hermano desaparecido y recién descubierto.

DE DONDE LE VINO EL APODO DE «EL TURIA»

El padre se ha convencido de que no hay más remedio que transigir. Su hijo será torero antes que nada, porque así son los hechos. Por tanto, le deja que vaya a entrenarse a la plaza de toros de Valencia, a trear de salón y a perfilar pases y capotazos frente al carretón de madera.

Allá se dirige Francisco, por las mañanas, con la ilusión viva y el corazón alegre. Y allí, en la misma plaza, conoció a Chacarte.

Chacarte ya era novillero de los buenos. Ya toreaba en plazas importantes y tenía su cartel en los medios taurinos. Hicieron amistad y se entrenaban juntos en el ruedo valenciano. Chacarte tenía contratada una corrida. El día anterior marchó, junto con Francisco, a entrenarse un poquillo en la plaza. Mientras toreaban, un reducidísimo número de espectador

res en las barreras de sombra contemplaba sus faenas. Cuando terminaron se acercó un señor alto y fuerte que saludó a Chacarte.

—¿Qué hay, muchacho?

Chacarte se dirigió a Francisco. —Don Segundo Arana, mi apoderado.

Hubo saludo:

—Tanto gusto.

Un momento de silencio y unas palabras luego demoleadoras.

—Muchacho—dice Segundo Arana dirigiéndose a Francisco—, tú no sabes torear ni de salón.

En la plaza estaba Domingo Fernández, un amigo de Segundo Arana.

—Estás equivocado, Segundo Este, dentro de dos meses, será torero.

Y Domingo Fernández fué el primer apoderado del novillero.

Francisco, pensando en las palabras negativas, no durmió tranquilo. Y se hizo una promesa que luego cumpliría: contestar con la demostración de las corridas al hombre que había dudado de su valía.

Domingo Fernández llama al aspirante a torero. Y habla con él, cariñoso, tranquilo y pausado.

—Oye, Francisco, a ti te hace falta un apodo. Un apodo que hable de Valencia y la recien, siempre.

—Lo que usted diga, don Domingo.

—Te llamarás Francisco Barrio, «El Turia».

La calle del Triador, la calle donde naciése Manolito Granero, se esponjó imperceptiblemente de orgullo.

UN VESTIDO AZUL CELESTE Y ORO QUE LE REGALÓ EL APODERADO

Ha llegado el 10 de mayo de 1953. En el patio de caballos de la plaza de toros de Gerona está, silencioso, ido, como si pensase en extraños trasmundos, un jovencísimo torero, vestido de azul celeste y oro. Tiene el capote de paseo recogido entre las manos y espera que los clarines anuncien el despeje para hacer el primer paseillo de su vida con traje de luces. Es el sobresaliente de una novillada con picadores, que estoquearán, mano a mano, Pedrosa y Chacarte. La misión de este silencioso novillero, cetrino por el color de la piel y pálido por la tensión del ambiente, consiste en matar el sobrero de la ganadería de Sepúlveda de Yeltes que se correrá aquella tarde.

Han llegado los quites, y el joven novillero, que en los carteles figura con el sobrenombre de El Turia, ha lanceado finamente, con una elegante limpieza. Terminaron luego las espadas de turno su lidiar y, sin haberse movido nadie de los asientos, espera el público la suelta del último novillo, del sobrero.

Un novillo gordo, negro meano y descarado de cuerna, ha salido, contrario, a la arena. El abierto capote de El Turia lo llama. Seis lances templadísimo, como seis vuelos de mariposa, fijan al ne-

villo. Luego, a los caballos. Banderillas de prisa. Y a matar.

El novillero marca la curva de la muerte, en el estoque, contra la barrera. Coge la montera en la mano derecha, y en la izquierda, plegada, la muleta y la espada. Y se va, parsimonioso y lento, a hacer el primer brindis oficial de su carrera. Hecho, ha dado la espalda y arrojado por el hombro la montera. Los peones están ocultos tras los burladeros. No hay nadie en el ruedo. Francisco Barrio, «El Turia», avanza pausado hacia el novillo. Ya está en los terrenos del toro. Cita. Un estatuario, otro y otro. Luego, seis naturales. Más tarde, derechazos, en redondo y de la firma, de esa firma autóctona que inspirara casi la diosa del toreo. Espadazo rotundo. Orejas, rabo y a hombros por las calles de Gerona.

El vestido azul celeste y oro que le regalara su apoderado ha perdido en el camino a go de su peso. Los machos y los alamares se han quedado en poder de los aficionados como tributo a la victoria.

A Valencia, a casa del novillero, llegan, láconicas, las palabras: «Francisco, superior. Orejas, rabo, salida hombros» Y el padre, orgulloso, no puede contener una expresión de alegría.

—Al fin y al cabo—piensa—, que sea lo que Dios quiera.

EN PALMA DE MALLORCA LO CONFUNDEN CON ANTONETE

Con lo de Gerona se inicia la temporada oficial de El Turia. Luego, Santo Domingo de la Calzada, Gerona otra vez—ahora como tercer espada con los mismos compañeros—y después, entre otras plazas, Palma de Mallorca.

La afición es tan grande que para torear en una nocturna en la capital balear coge el avión desde Barcelona.

—Quería llegar en seguida. Qué sé yo; parecía como si no estando allí bastantes horas antes hubiera actuado otro en mi lugar.

Después de lo del viaje aéreo es contratado para seis novilladas sin picadores y una con caballos en la misma plaza.

Habiendo terminado una de aquellas novilladas, en una Exposición pictórica taurina le presentaron a un señor para él desconocido. En la conversación se habló—¡cómo no!—de toros y de toreros. Más de media hora estuvieron charlando. Pero lo curioso fué que el visitante se creyó que Francisco era Antonete.

—Estaba el hombre tan contento y tan ilusionado creyendo que yo era Antonete, que me dió pena decirle que no, que yo era tan sólo Francisco Barrio, «El Turia», un novillero de Valencia.

EN LA PLAZA DE VALENCIA, VESTIDO DE BLANCO Y ORO

Un día del mes de septiembre de 1953, don Domingo Fernández llega al despacho de la Empresa de toros de Valencia.

La conversación es rápida y concisa:

—Buenos días. Yo tengo un torero que es El Turia. Es tan bueno que necesito que le pongan el domingo.

—Está hecho.

Para el domingo 4 de octubre se anuncia el cartel: «Seis novillos de don José María Lancha para Victoriano Psada, Chacarte y El Turia, nuevo en esta plaza.» Mas el domingo 4 llueve y se suspende el festejo. Hay, por lo tanto, nuevo anuncio: martes día 6. Anuncio que será el definitivo.

El Turia se viste en un hotel. Estrena vestido, un vestido blanco y oro, impecable y reluciente. Y en el capote de paseo, unas flores rojas y azules entrelazadas, como el destino.

La familia ya se ha conformado. La madre reza en casa a la Virgen de los Desamparados, y el padre ha prometido ir a visitar al torero antes de salir para la plaza.

Falta poco para que llegue el coche.

—Ya no creo que venga tu padre—dice el mozo de espadas.

Mas a los tres o cuatro minutos se abre la puerta y aparece don Angel. Hay un silencio hondo y denso que se come el ambiente.

Ni una palabra. Tan sólo un abrazo. Luego, a la plaza.

Dos orejas, el rabo y una pata es el resultado. Francisco está en el centro del ruedo saludando al público. Al retirarse, con los apéndices en las manos, se dirige a su apoderado:

—Mira que decirme a mí que yo no sabía torear ni de salón...

La calle de Ribera y la plaza del Caudillo, hasta el hotel Victoria, contemplan el paso de una multitud entusiasmada.

Alguien pregunta.

—¿Qué pasa?

Y alguien contesta:

—Es El Turia, que se ha vestido de torero.

LA PRIMERA COGIDA, EN BARCELONA

Termina la temporada de 1953 con dos corridas más en Valencia, en las que el triunfo se repite, y empieza la de 1954 con su presentación en Barcelona.

El Turia ha cambiado de apoderado. Domingo Fernández tiene grandes negocios de exportación y no puede, como quisiera, atender debidamente al torero, que va para arriba. Segundo Arana le sustituye en el puesto.

La temporada 1954 está, pues, en marcha. Principalmente torea en Barcelona, y es también en Barcelona donde tiene lugar la primera cogida. Al entrar a matar a su primer novillo recibió un puntazo en la axila. De la enfermería salió, para torear a su segundo novillo, con varios puntos en la herida. Al hacer un quite se abrió otra vez el puntazo, y en estas condiciones finalizó el festejo. La gente, en los tendidos, comentaba:

—Tiene genio este muchacho de Valencia.

Pero la herida no hace mella. La temporada es larga y buena. Orejas, salidas a hombros y felicitaciones. Cincuenta y seis novilladas es una buena marca. Tan buena que en un concurso que organiza el semanario «Dígame», de Madrid, para que los aficionados opinen, por medio de su voto, cuál es el cartel ideal de una novillada, el resultado es el siguiente: Chamaco, Joaquín Bernadó y El Turia.

La afición, sin esfuerzo, le ha proclamado primero.

A MADRID, DE BLANCO Y ORO

Está próxima la temporada de 1955, la temporada en que El Turia vendrá a Madrid, fecha con la que soñó tantas veces. Hay que entrenarse durante el invierno, cazar y montar a caballo para conservar la forma. Y luego a torear en las ganaderías de Galache, de Clairac, de Zembrano y de Sepúlveda de Yeltes. Francisco Barrio tiene ahora

su tercer apoderado. Hubo diferencias con Segundo Arana, y El Turia piensa en otra persona.

—Yo quería un buen amigo, un amigo de verdad, en quien tuviera toda mi confianza.

El amigo de verdad es Floreritino Díaz Flores, que desde principio de año, se encarga del matador.

Comienza la temporada en Alicante. El cartel está compuesto por El Turia y los dos ídolos alicantinos: El Tino y Rufaza. El Turia, junto con El Tino, sale a hombros. Por las calles, los partidarios de El Tino comentan:

—Pues no torea mal El Turia, la verdad.

La frase, por venir de quien viene, tiene un valor doblementepreciado.

Madrid está en la puerta. El 5 y el 9 de junio de 1955, dos corridas seguidas para el nuevo novillero. En la primera, con Juan Gálvez y Rafael Mariscal; en la segunda, con Francisco Villanueva y El Chuli. Tiene preparados para los dos días dos trajes distintos: blanco y oro para el primero; caña y oro para el segundo.

El día 5 de junio hace un día hermoso. Francisco Barrio, «El Turia», ya está en la puerta de caballos de la Monumental madrileña. En seguida llega cetro de los matadores que torearán aquella tarde.

El matador más veterano se cree en el deber de dar ánimos:

—¿Qué, estás tranquilo?

—Vaya...

—Nada, hombre, no te preocupes; esto es tranquilidad, nada más que tranquilidad...

El matador más antiguo luego no acertaba a ponerse el capote de paseo.

No hay suerte con el ganado en Madrid. Hasta un sobrero de Aleas, que le corresponde en el sorteo, es condenado a banderillas negras. Pero por los tendidos queda patente la finura y la línea del novillero valenciano. Y «el margen de confianza» de que hablaban los revisteros antiguos queda, más que antes, suficientemente abierto.

Está ya El Turia embalado en la temporada. Y ahora a pensar otra vez en venir a Madrid para armar la escandalera, y luego en las ferias importantes, y en Valencia, que es su tierra, y —¿por qué no?— en la alternativa.

Y entre corrida y corrida a descansar a un hotelito que posee en Guadarrama. Allí sueña con una novia que, según él, tiene:

—Mi novia es la fiesta de toros. No tengo otra.

Así es la afición de El Turia, un novillero de Valencia que ha conquistado los ruedos. Moreno, delgado, estático y pensativo. El Turia es ahora el más directo sucesor de la tradición taurina de Valencia. Una tradición, por otra parte, engastada en auténticas piezas de oro.



La tradición taurina valenciana tiene un digno sucesor en Francisco Barrio, «El Turia»



TUNEZ, MODERNA BABEL MEDITERRANEA

UN IMPERIO QUE SE PIERDE

HACIA UNA COMUNIDAD FRANCOEUROPEA

BURGUESES, SOCIALISTAS, INTELLECTUALES, FUNCIONARIOS, PRESENCIA FRANCESA, ESPAÑOLES Y CORSOS EN EL ASEDIO DE LAS CIEN MALAGAS

Si no hubiese una cortina vegetal frente a la villa donde tiene su residencia el cónsul general de España en Túnez, don Gonzalo de Ojeda, desde la terraza de Santa Mónica se divisaría Cartago.

Por culpa de un cochero francés de una inamabilidad evidente y de un cochero árabe con un desconocimiento fantástico de la ciudad, llegué al Consulado con un retraso que no podían prever ni los más pesimistas horarios.

El canciller telefonó al domicilio de nuestro representante diplomático para anunciarle mi visita. Se puso al aparato su esposa y me invitó a un «cocktail» que daban aquella tarde en su villa cartaginesa, a veinte kilómetros de Túnez.

Considero piedra de toque para apreciar las cualidades de una gran dama la gracia en la manera de recibir. Cuando se consigue crear una atmósfera grata, que los invitados no se sientan en casa ajena y todo funcione con precisión y orden, puede decirse que se posee tacto, maestría, elegancia, todas esas cosas que diferencian la cuna de la improvisación.

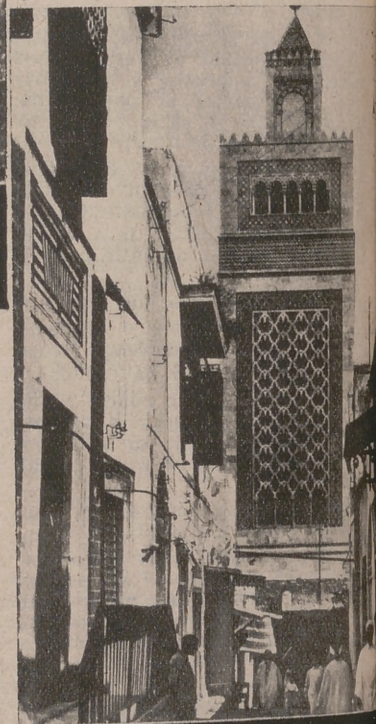
A la señora de Ojeda le esperaba lo que folklóricamente se denomina «una papeleta difícil». En esta enrucijada que, en cualquier momento, puede transformarse de nuevo en uno de los más peligrosos puntos neurálgicos, recibía a ministros y embajadores —no puedo decir cónsules porque los representantes diplomáticos en las naciones independientes son embajadores o ministros, no cónsules— de Turquía, de Estados Unidos, al jefe del Protocolo —gran ceremonial— de Su Majestad el

Bey, a los altos funcionarios de la Residencia.

Son distintos los afares que me han traído a Túnez e ignoro si ha pasado por aquí recientemente Dior o algún otro mago de la aguja, o si en la avenue de France los talleres de alta costura pueden competir con los de París, pero las damas de la diplomacia acreditada en la capital de esta nación, todavía en pañales, se presentaron con unos vestidos que supongo deben ser el sueño de una mecanógrafa.

La consulesa española pasaba de uno a otro grupo y de uno a otro idioma. Para mí constituyó un espectáculo admirable... Se precisa una selección de estirpes y de alumnas para producir estos tipos humanos, de sagacidad... Era el resbalar, el deslizarse sobre un tema grato al invitado, el troquelarlo apartando el cliché... Una amabilidad sobre Turquía, algo poético y alado que no tenía nada que ver con las turquerías de Loti ni de sus continuadores. La discreción me retuvo junto a la embajadora de no sé qué país de Oriente que hablaba un árabe ceceo, cantarín, como imagino que pían los pájaros en Bagdad y en Samarkanda. Y no pude asistir al diálogo de la señora de Ojeda con el gran ceremonial de Su Majestad. Debí ser un «digesto» de la noche Mil Dos, aquí, en la orilla de la tumba de Salambó, en la tierra donde tuvieron su nacimiento los más delicados mitos punos.

Don Gonzalo de Ojeda se esforzaba por facilitar mi entrevista con el futuro primer ministro del reino de Túnez, Habib Burgulba. Primer ministro y probablemente Presidente de la República.



Arriba: Una vista de la avenida Jules Ferry.—Abajo: Entrada al barrio de las Bocas Pintadas

En las Monarquías árabes, el único que nos ha fallado hasta la fecha ha sido Mussadeq.

LAS ROSAS DE SALAMBO EN EL ASEDIO DE LAS CIEN MALAGAS

—Le voy a presentar a unas personas que le interesarán a usted mucho.

No podía suponer la señora de Ojeda que me iban a interesar tanto.

Se trata de un matrimonio francés que lleva avecindado treinta años en Cartago, donde poseen una villa muy bonita, rodeada de un extenso parque. La deada de un extenso parque. La señora se consagra a la flor, y de sus jardines salen las grandes brazadas olorosas que los árabes exhiben en la Rambla de las Flores tunecina, que es la avenue de Jules Ferry, que no se diferencia de la barcelonesa sino en que las casas son menos altas y han metido un tren —el de Santa Mónica precisamente— frente a las floreras.

El marido es químico. Fabrica esencias que, en tarros primorosos.

mente labrados y con etiquetas en árabe llegan a París con parsimonia. Es el perfume, podríamos decir, natural. Cien por ciento flor, y no me acuerdo cuántas docenas de rosas es necesario sacrificar para llenar con su sangre un frasco minúsculo.

Son las rosas de Salambó, de Matho, que se aturdira con el vino de estos viñedos púnicos; rosas de rosales nacidos en la misma tierra de las ofrendas floridas a Tamir, y sobre la que proyectaron la sombra breve de las leves alas las amaestradas palomas de la femenina deidad cartaginesa.

No se pasan treinta años impunemente entre ruinas fenicias, escuchando la música del agua de los infinitos caños, en el asedio de las cien Málagas de Kart Hadach (la Ciudad Nueva, como, después, la Kart Hadach de España (Cartagena) ha de ser la Ciudad Nueva también, pero ya no con referencia a Tiro, sino a Cartago), porque Málaga continúa llamándose, en lengua puna —hasta cierto punto, en lengua chleuj—, a las cisternas. No, no se pasan impunemente seis lustros en la vecindad de los dioses difuntos, de los Siete Cabiros y de Baal, sin sentirse atraído por las voces antiguas, por la arcilla y por la piedra de la nación más ilustre, más grande que conoce la Historia, la que, con excepción de los pleitos entre padres e hijos y el cultivo del odio permanente, lo inventó todo: la escritura, la navegación, el cristal, la moneda, la astronomía, la matemática, el comercio, el arte de tejer, porque, si hay una cosa en la tierra que sea noble, útil, civilizada, va marcada con el sello de Fenicia.

El diálogo fué, al principio, historia y paisaje, y, por lo que me concierne, alarma.

—Algún día —dijo— se encargará mi hija de retortas y alambiques, y yo, serenamente, me dedicaré a escribir la biografía de Aníbal.

Estuve a punto de suplicarle que no se embarcara en aquella empresa.

—No... No me haga usted esto... Es mi única ambición... Con este sol de fuego voy a pasarme todo el mes de agosto en Cartago, en el convento de los Padres Blar-

cos... ¿Por qué se le ha de ocurrir a usted escribir la biografía de Aníbal ni ocuparse de la familia de los Barca...? Escriba de los Hannón. Maldígalos, exécrelos... Era una gente ignominiosa... Pero de los Barca no diga nada... En España hay unas señoras y unos señores que se han atribuido la exclusiva de la explotación de un cadáver ilustre, y les dan muertazos terribles a los que se atreven a mencionar siquiera a sus difuntos... Y si se ve a un escritor con la cabeza vendada, es porque ha aludido a un clásico, y entonces el propietario le ha pegado con su muerto hasta descalabrarle. Deje que mi muerto sea Aníbal.

Me ahorré el discurso porque en aquel momento entré en la terraza ya señorita que un día heredará las rosas, los lirios, los narcisos, los alambiques, las esencias carísimas, pero magníficas, y esta señorita puede tener trece o catorce años, lo que me concede un amplio margen de tiempo antes que su padre se decida a derrumbar las falsedades y embustes puestos en circulación por escritores tan parciales y mendaces como los señores Tito Livio y Polibio.

De los Kabyros a Burguiba, de las guerras púnicas a la guerra que Francia sostuvo hasta ayer en Túnez y en la que se ha establecido una tregua que quizá desembogue —si llega a ratificarse el Convenio— en una paz con la victoria, por puntos, necedruiana. En vez de un canto triunfal las orillas del Sena escucharán al coro de repatriados... No hay exageración de ninguna clase: es el abandono de los mandos el precio de la paz tunecina, la repatriación de quienes todavía les sirven.

Una imposición dolorosa que es justo reconocer: que lo mejor que tiene Francia en Túnez ha aceptado con resignación, sin refunfuños, sin sonreír, porque nadie sonríe cuando hay que arriar una bandera, pero sin dar portazos... Con educación, con buenas maneras. Esto la «Buena Francia», la de los colonos —sí, la de los colonos, naturalmente—, la pequeña y mediana burguesía, las gentes honestas y bien pensantes...



Panorámica parcial de las ruinas de Cartago



Guadarrama, río de la Piedad, de Tunicia

De la «Mala Francia» también hablaré; de la socialista, que en vez de ponerle crepones de luto a la bandera arte un trance doloroso e inevitable se regocija —pero poco— y manifiesta su contento.

De la Presencia Francesa, también. Pero la Presencia Francesa es otra cosa... No se mueve solamente en defensa de los presupuestos. Tiene ambiciones, justas o no, más altas.

A LA DERECHA Y A LA IZQUIERDA, EL MAR

—¿Ha venido usted en el tren de Cartago?

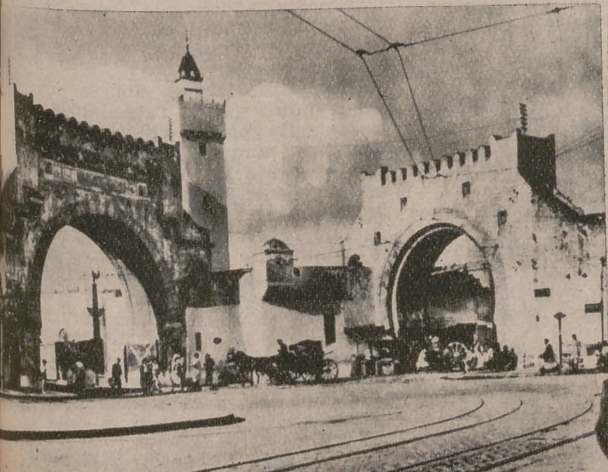
—Ciertamente.

—¿Ha observado lo que había a su derecha?

—El mar.

—¿Y a su izquierda?

—Una carretera y... espere... El mar también... ¿Cómo puede es-



Arribal de Sidi Ben Arrús, punto de reunión de presencia francesa en Túnez



Otra perspectiva de la avenida de Jules Ferry: Rambla de las Flores tunecina

tar el mar a la derecha y a la izquierda de un camino?

—Porque nuestros ingenieros elevaron el terreno y dividieron la Bahira (la Mar Chica), trazando una línea recta desde la Goleia hasta Túnez.

La Bahira no es propiamente el golfo de Túnez. Es un lago, con dieciséis kilómetros de distancia de una a otra orilla, que tiene una estrechísima comunicación con el mar. El camino, que une un puerto y capital, constituye una magnífica obra de ingeniería.

—En el puerto invertimos catóticamente millones de francos oro. A finales de siglo no había un muelle, ni un dique, ni nada que pudiera semejarse a cualquier instalación portuaria... Lo mismo que en Túnez, en Soussa, en Sfax... Cuando se ocupó el beyelato, su población no llegaba al millón de habitantes. Hoy tiene cerca de cuatro millones.

—Y no había ni un ferrocarril, ni una carretera. Ni más medio de locomoción que el dromedario, ni jamás rodó una rueda. Lo sé.

Lo sé, pero no es éste el problema. Yo a los franceses no les reprocho que colonicen mal, porque sería injusto, y probablemente más injusto que en ninguna otra parte en Túnez, sino que colonizan sin apreciar el punto de vista del indígena.

En la terraza que, de no ser por la muralla vegetal, atalayaría Cartago, el sentido de discreción de la elogiabile burguesía francesa freno a mi interlocutor, y apenas si habló de tres puertos y de cuatro ferrocarriles. Yo hablaré de lo demás. Como nosotros en nuestra zona de influencia, han acabado con la lepra y con la sífilis, crearon centenares de escuelas y de dispensarios, roturaron los campos, transformaron en preciosos casis lo que hasta su llegada fueron aduares palúdicos...

Todo esto es verdad. Al francés no le faltan ni buena voluntad, ni deseos de trabajar, ni capacidad de colonización. Lo reúnen todo, pero les fallan los resortes psicológicos.

Un cabrero andaluz, a los quince días de haber llegado a Marruecos, comprende al mauritano. Es su primo carnal. La religión es distinta, pero la concepción de la vida la misma. El español, en Africa, no es que colonicen con amor. Es que está con sus parientes, con los que se ha peleado mil veces y con los que se ha reconciliado otras mil.

El francés siente orgullo de serlo. Cuando la Revolución Francesa, decidió que, en lo sucesivo, no hubiera Dios, y creó a la diosa Francia.

Nosotros también estamos satisfechos de nuestra nacionalidad, pero no nos parece que sea cosa que se pueda regalar a nadie. En ocasiones han pretendido resolver una situación difícil haciendo franceses a los árabes. Obraban de buena fe, seguros de que dispensaban un favor y no de que cometían un agravio. Por lo que me concierne, no con una España ordenada, sino con una España desgarrada, comunista, antropófaga, continuaría considerando una vejación fabulosa que me dijieran que me iban a hacer francés.

¿Por qué no pensaron que éste mismo podía ser —lo es— el punto de vista de los árabes?

EL MITIN DE LAS CARAS LARGAS

Ahora hay que esperar la ratificación del Convenio, y cuando se ratifique comenzará la repatriación de los funcionarios. Millares de cargos a repartir entre los neodesturianos. La administración del país, la Policía, todo en manos de los tunecinos.

Se percibe un soterrado milhumor. Comprensible y humano. Muchos de los funcionarios que van a ser repatriados llevan lustros de permanencia en Túnez. Aquí tienen sus hogares, les han nacido sus hijos y sus nietos. La vida es más barata que en Francia y, por añadidura, cobran un tercio más que en la metrópoli.

Hay que abandonarlo todo. Exactamente igual que si un ejército neodesturiano desfilara victoriosamente por la Porte de France.

—¿Recuerda usted un cuento de Alphonse Daudet titulado «La última clase»?

—Sí... Un viejo maestro explica a sus alumnos la última lección y escribe en el tablero «¡Viva Francia!» en el momento que los prusianos entran en el pueblo...

De todas formas, el maestro se quedaba allí, podía mantener la esperanza de que el Ejército francés reaccionara y consiguiera la victoria o de que se firmase la paz y los prusianos evacuaran el pueblo. Con nada de esto pueden contar los franceses de Túnez el día que se ratifique el Convenio.

Rehacer sus vidas, con los ingresos reducidos en un tercio, enfrentarse con el problema de la vivienda y con el que plantea la escasez de numerario... Cada uno dará su última clase en la escuela, en la oficina... Luego, en vez de un prusiano, entrará un joven del Neo Destur, que comenzará a escribir de derecha a izquierda, porque «el único idioma oficial de Túnez es el árabe», y el francés no pasa de ser «una lengua consentida».

Por eso cuando, al día siguiente asistí, no en Cartago, sino en Túnez, al mitin de los socialistas, resultó el mitin de las caras largas...

La noche anterior, en un restaurante árabe de la avenida de Jules Fervry, entablé conocimiento con un español, un guipuzcoano, Evaristo Martiarena, que se brindó a pilotarme en los medios marxistas, en los grupos socialistas y comunistas franceses.

Llegó a Túnez con los barcos que huyeron al terminar nuestra guerra de Liberación. Lleva dieciséis años en el país y las cosas le han rodado bien.

Primero hablamos de los españoles.

—Todos se han situado... No hay ningún pobre... La colonia era muy escasa... Un centenar todo lo más... Ahora somos cerca de mil.

—¿Relaciones con el Consulado?

—Pues verá... Puede decirse que las estamos empezando... Todos, más o menos, nos hemos creado una situación en Túnez. No necesitamos ir a España a ga-

narnos la vida, pero ver a la familia si nos gustaría... Al principio, salieron algunos, a pesar de las seguridades que nos daban en el Consulado, tímidamente. Fueron, regresaron, no les pasó nada, y esto ha animado a los demás... Cada vez se piden más pasaportes...

—¿A qué oficios se dedican?

—Un poco a cada cosa. Agricultores no hay ninguno. Mecánicos, bastantes. En cargos de confianza, muchos. Yo tengo un taller de reparación de automóviles. Hace diez años me case con una tunecina...

—¿Francesa?

—No, con una copta.

—Don Evaristo, donde nosotros llegamos aparece la raza cósmica.

—Así será. Muy buena mujer es. Un poco negada para la cocina. La tengo pasando el verano, con los chicos, en La Goleia... ¿Qué?... ¿Vamos mañana a ver a los socialistas?

—Y a los comunistas también.

El Centro Socialista está situado en la rue de Marseille. El local no es muy grande. Estaba lleno. Con dificultad pudimos abrirnos camino. No nos fué posible encontrar asiento, por lo que asistí al largo funeral de pie. La mañana que pasé en el Centro Socialista de Túnez la recordaré como una de las más aburridas de mi existencia.

Primero habló un señor Comarin, sin quitarse del todo la camisa y sin quitarse el cigarro de los labios. Dijo cuatro cosas primarias y le cedió la palabra a otro primario, que tampoco se quitó del todo la camisa, y, mientras el socialista percraba, yo me acordaba de un impresor bilbaíno que me dijo, poco antes de nuestra guerra, que socialistas no había más que chupatintas y barren-deros.

Barrenderos, en el mitin de Túnez, no sé si habría alguno. Funcionarios, casi todos. De poca categoría escalafonal. Asistían a la pavorosa victoria pírrica que les había proporcionado su partido. Uno de los oradores dijo algo como esto:

«La Federación Socialista S. F. I. O. de Túnez saluda con profunda satisfacción la firma de los Convenios francotunecinos. Hemos sido nosotros, los socialistas, los defensores de las clases trabajadoras, quienes más han contribuido a que se establezcan los Convenios y los que velaremos atentamente para que los derechos de los trabajadores queden salvaguardados.»

Las «caras largas» aplaudieron un poquito. Ya no necesitan que nadie salvaguarde, en Túnez, sus derechos, porque sus mujeres están haciendo las maletas y vienen si pueden sacar algo por el traspaso del piso... De vez en cuando deben hacer un elogio de los padres de Carlos Marx y de los de sus discípulos, que, según propia declaración, son los que con más entusiasmo han contribuido a que les rebajen un tercio del sueldo, a que les expulsen de Túnez, a sacarles de un bienestar económico para colocarlos en una zona limítrofe con la miseria.

Nadie aplaudió tanto al orador como yo. Merecía la pena haber-

aburrido todo lo que me aburriré por disfrutar de aquel momento, trágico y bufo de las caras largas... Aplaudí tanto que mi paisano, Evaristo Martiarena, comentó:

—Nunca hubiera supuesto que fuese usted socialista.

—No lo soy.

—¿Por qué se entusiasma?

—Por el resultado que con sus trabajos han obtenido estos trepadorzuelos.

EL MANIFIESTO DE PRESENCIA FRANCESA

A la salida del mitin les provocaron unos mozalbetes que repartían el manifiesto de Presencia Francesa. A éstos les comprendo, aunque no comparto sus puntos de vista, y les respeto, mientras los socialistas no me produjeron más que risa y asco. Presencia Francesa responde en Marruecos al asesinato con el asesinato. Su visión política del colonialismo es un poco retrasada y no se explican por qué Francia, habiendo quedado en el bando vencedor de la guerra, en vez de arrojarse Libia y un par de provincias alemanas, tenga que pagar la victoria con la pérdida de Indochina y el abandono del Norte de África.

—Amigos, es la política de los calzones caídos

Imaginé a los presupuestivos socialistas leyendo en sus casas el manifiesto de Presencia Francesa, y a la mujer gritándoles:

—¡La culpa es tuya, por reunirse con esa mugre!...

He aquí el manifiesto:

«Franceses y europeos de Túnez:

Sin haberos consultado, sin haber querido examinar el problema tunecino en su realidad, los Convenios han sido firmados por un Gobierno irresponsable, como todos los que se vienen sucediendo desde hace tantos años.

La grandeza la misión y el porvenir de Francia en el mundo se olvidan, y si a nuestros amigos tunecinos se les abandona a la propaganda interior y exterior no pueden sino despreciar nuestra debilidad.

Nadie intenta unirnos para defender nuestro derecho a la vida de hombres libres y dignos en nuestra casa. Si no podéis abrir cuestiones de personas, clases o situación social, una suerte miserable os espera. Ante vosotros, un bloque totalitario militarizado, levanta a un pueblo pequeño lo excita, exasperando absurdamente su orgullo; reniega obstinadamente de la obra en común, arrasa en sus discursos y en su Prensa, setenta años empleados en la transformación de la justicia, de las finanzas de los puertos del campo; pide el Amán, concede la victoria sobre Francia a un puñado de «fellaghas»... No ve más que colonialismo e ideas retrógradas.

Frente a la conjura exterior e interior que un Gobierno débil denuncia y padece, hemos de unirnos para defender la patria y sus derechos imprescriptibles. Pensamos todos de la misma manera. Sabemos que en este mundo lleno de peligros, abandonar un país sin armadura real es condenarle a la miseria

y a la muerte. Para Túnez—donde desempeñamos un plan único en lo que concierne a lo social, a lo cultural y a lo económico—nuestra desaparición sería una catástrofe para todos: franceses, europeos y tunecinos.

El Convenio crea nuestro estado de extranjería, crea la segregación, suprime el equilibrio entre las nacionalidades, desorganiza la defensa nacional. El próximo Residente general «no será el Alto Comisario, será el cónsul de Francia». Orgullosos de nuestro pasado, agrupados alrededor de nuestras tumbas y de nuestras cunas, debemos asumir nuestras responsabilidades con la patria y con el porvenir de nuestros hijos.

Presencia Francesa hace un llamamiento para crear una comunidad francoeuropea real, unida, sólida, dispuesta a actuar. Los Poderes Públicos nos olvidan o nos desdennan. Demos ejemplo de unión y de organización para quedarnos, porque nos tenemos que quedar...»

Resulta divertido que estos pobres socialistas franceses no tengan más esperanza de salvación que la victoria de Presencia, que aun no ha adquirido la virulencia que en Marruecos, pero todo se andará.

Ante tanta cosa borrosa, confusa, de no saber lo que se quiere y lo que no se quiere, sólo dos grupos presentan una postura clara, sólo dos grupos están dispuestos a todo. Unos si se ratifican y otros si no se ratifica el Convenio que establece la independencia de Túnez: Presencia Francesa y Neo Destur.

A unos y a otros creo comprenderles perfectamente.

A LOS COMUNISTAS LES GUSTA EL CONVENIO

Los comunistas de Túnez tienen un periodiquín, más bien un prospecto, una hoja y no muy grande: «L'Avenir» se llama.

Se reúnen en un bar próximo al callejón El Hassuni y son una gente cauta a la que no es fácil hacer que hable.

No importa que sean comunistas para destacar un hecho que habla muy alto de su valor, de su heroísmo, de su hombría de bien. Lo voy a referir para que se les admire todo lo que merecen. El hecho ha ocurrido en Mahdía.

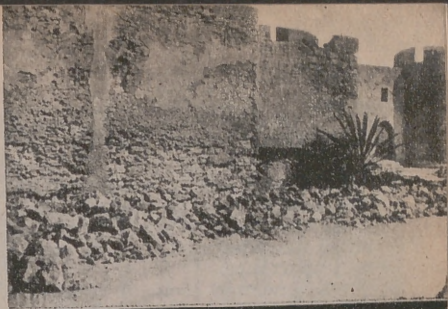
En un camión de una fábrica iban a su trabajo veinte mujeres indígenas obreras. De pronto comenzaron a lloverles pedruscos y adoquines. Unas cayeron sobre el camión, sangrando; otras, descalabradas; otras, con la cabeza rota. El chófer aceleró la velocidad y posiblemente a eso se debió que no lapidaran, hasta matarlas, a las veinte.

Incurrirá en error quien suponga que el grupo de héroes se vanagloria de su esforzada acción. No. Hasta la fecha son héroes anónimos.

Mi primer contacto con el comunismo norteafricano lo establecí con esta pregunta:

—¿Qué ha sucedido en Mahdía?

—Nada. «Des chomeurs se sont laissés entraîner a des actes d'hostilité contre des femmes travailleuses» para llamar la atención del Gobierno.



Fortaleza española de Yerba. Restos de la presencia española en tierras tunecinas



Las Málaga cartaginesas que asedian la fontana de las Mil Anforas

—¡Ah, bueno!... Si ha sido para que el Gobierno se fije en su maestría en el lanzamiento del adoquín.

El tema Túnez parecía ser tabú. Hablamos de Indonesia, de la batalla por la paz emprendida por Rusia y por la China Roja, de los acuerdos soviéticoyugoslavos, de una reunión que tuvieron las madres para decir que no vivirán tranquilas mientras exista la bomba H.

Por fin pude canalizar la conversación en el sentido que me interesaba.

—¿Son buenas las relaciones entre los trabajadores y el Neo Destur?

—En la inauguración de los nuevos locales de la U. G. T. T., Burguiba abordó el problema de las relaciones entre el movimiento obrero y el movimiento nacional.

—¿En qué sentido?

—Destacó el papel eminente desempeñado por la revolución soviética de octubre y por el marxismo en el auge del movimiento obrero.

—¡Ah!

Pensé que de ser esas sus admiraciones cualquier día se remanga el albornoz y la emprende a cantazo limpio con las obreras de Mahdía.

—Este homenaje al marxismo fué el preámbulo. Después, Burguiba reprochó a los marxistas tratar de separar la clase trabajadora del resto de la nación... Sería difícil encontrar a esta afirmación la menor justificación teórica o práctica.

—¿Cómo difícil?... ¡Imposible!

—continúa.

—La burguesía nacionalista tunecina combatió el movimiento obrero desde que se inició. Se esforzó —a pesar y en contra de los comunistas— en excluir a la clase obrera de la comunidad nacional. Los comunistas piensan que el fin esencial de la clase obrera debe ser la liberación nacional del país.

Mal asunto que los comunistas

estén en favor del Convenio. Prevén un Túnez más débil, con pocas defensas contra el virus marxista. ¿Por qué no habrá dicho nada de esto Presencia Francesa en su manifiesto? Es un argumento importante.

—El enemigo esencial continúa siéndolo el imperialismo. La burguesía teme que sus intereses se vean amenazados por la lucha de clases obrera y aldeana. Por temor a esta lucha, que, por otra parte, es indispensable a la victoria del movimiento nacional, algunos elementos están dispuestos a renunciar a la independencia. La concordancia de los intereses marxistas con los intereses nacionales hace que el comunismo sea la única fuerza capaz de orientar a las grandes masas aldeanas y al conjunto de la nación en la vía de la victoria. Los comunistas, fieles al marxismo, asimismo contribuyen a crear las condiciones de triunfo de toda la nación.

EL MANIFIESTO DE LOS INTELLECTUALES

La Unión de los Intelectuales Independientes, que no es, como pudiera creerse, algo así como los amigos de Rusia, ha fijado su posición en el asunto de la independencia tunecina, de una manera indirecta, pero suficientemente clara, dando la vuelta por Marruecos y poco menos que glorificando el asesinato del director de «Maroc Presse», y aunque no llegan al extremo de justificar a los asesinos, no parece que les falte mucho.

El manifiesto de la Unión de los Intelectuales Independientes, ¿es un complemento del manifiesto de Presencia Francesa?

Veamos algunos de sus párrafos:

«El doctor Eyraud, director de «La Vigie Marocaine», fué asesinado. La Prensa y el Gobierno francés reaccionaron con blandenguería; el sherif Muley Idriss, director del periódico «Liberté»; Tahar Essafi, director de «El Faro de Túnez», fué asesinado; Cheddi Kastefalli, director del periódico «Nahda», fué asesinado, sin que se produjera ninguna reacción espectacular por parte del Gobierno y de la Prensa porque habían muerto asesinados por los extremistas norteafricanos.

«Jacques Lemaigre-Dubreuil, representante de la «ligarquia francesa, agente doble, antiguo «cagoulard», a quien el Gobierno de Vichy privó de su nacionalidad, fué detenido en 1944 por el Gobierno del general De Gaulle. Controlaba varios trusts estrechamente ligados a los enemigos de Francia en África del Norte, director de «Maroc Presse», murió asesinado en Casablanca e inmediatamente el ministro de Asuntos Tunecinos, Marroquies, y la Prensa, se alzan contra semejante crimen. Edgar Faure visita a su viuda. Mendes interrompe un viaje de propaganda política y se desplaza a Casablanca.

«La medida está colmada y nos demuestra que en Francia hay dos pesos y dos medidas

«El mismo día el capitán Quidan, padre de tres hijos y mutilado de guerra, caía asesinado, con una bala en la cabeza, en la medina de Marrakech, mientras, en Rabat, un joven militar de la base

aérea de esta ciudad, Pierre Brouvielle, moría traidoramente asesinado. Estas víctimas no han tenido derecho a la conmiseración del Gobierno ni de la Prensa.

«Este desencadenamiento diti-rámico nos muestra por qué vía desean orientarse los responsables de la política francesa.»

Desde luego, los intelectuales libres no tienen nada que ver con los amigos de Rusia. Parecen, más bien, amigos de Francia.

LA PASTORAL DEL ARZOBISPO DE CARTAGO

En «Informaciones Católicas Internacionales» se ha publicado un artículo de Gerard de Berais, profesor del Instituto de Altos Estudios Tunecinos, que trata del tema «Los católicos y Túnez».

—Las reacciones —dice— distan mucho de ser iguales. Hay un grupo de católicos que se alegra de que el Convenio sea firmado. Creen que garantiza los intereses materiales que había que salvaguardar. Conceden a Túnez esta autonomía interna que ha sido obra de la educación francesa y esperan que constituya una etapa para la formación de una única comunidad humana. En consecuencia, se unirán al pueblo tunecino, con toda la discreción necesaria, para ayudarle a la construcción de la nueva Tunicia.

Hay otro grupo de católicos, menos numerosos, que desean la amistad del pueblo tunecino, pero el pensamiento político de Burguiba les parece un tanto impreciso. Se resignan a aceptar la ratificación del Convenio y esperan que el Neo Destur, partido burgués, dejará paso a otro partido socialmente más avanzado.

Unos y otros han sabido apreciar la pastoral de monseñor Perrin, arzobispo de Cartago y primado de África.

En un respeto total de la libertad de los católicos, monseñor Perrin recuerda «que todo miembro de la comunidad católica puede aceptar voluntariamente la nueva situación, previendo la posibilidad de trabajar en mejores condiciones por el bien común y construir un buen porvenir para este país, al que tanto amamos».

Inmediatamente después de haber leído la pastoral del arzobispo de Cartago, me enteré de cuál es la opinión del Gobierno en lo que se refiere a sus empleados y la forma en que les manifiesta que ya pueden ir preparándose para la repatriación.

Y que es ésta, por asombroso que parezca:

«Las transformaciones de todos los órdenes ligadas a la realización de la autonomía interna no permitirán, quizá, a los funcionarios franceses que hayan servido en Túnez, bajo un régimen distinto, continuar, de manera satisfactoria, su carrera en Túnez.»

Se les ha olvidado darles las gracias por los servicios prestados.

LOS CORSOS NO QUIEREN AUTONOMIA INTERNA

—Si quiere usted tener una versión completa del caso Túnez, vaya a ver a los corsos.

—¿Por qué a los corsos, y no a los malteses o a los provenzales?

—Porque les encontrará en un estado de irritación terrible. Los

separatistas del grupo «As Sabah» han publicado un artículo asegurando que Córcega no es Francia y, por tanto, el Gobierno francés debe concederles una autonomía interna idéntica a la de Túnez. ¿No le parece que se están desquiciando un poco las cosas?

—Probablemente, sí.

Fuí a ver a los corsos. Les hallé en un estado de indignación prometedor de que tan lejos como vaya Presencia Francesa irán ellos.

Como cada grupo y cada grupo se cree obligado a lanzar su correspondiente manifiesto, me facilitaron una copia mecanografiada del que acaban de dar a la Prensa:

«Solicitamos la intervención directa de todos los diputados de la Isla, sin distinción de partidos, para:

1.º Adoptar y difundir una moción manifestando su hostilidad a toda política de abandono de la autoridad nacional en ultramar y, especialmente, a los Convenios francotunecinos, expresión de la tendencia desastrosa que en Siria, Líbano, Indochina e Indias Francesas ha causado numerosas víctimas. Terminar con la campaña odiosa e infamante para sus autores, llevada en la metrópoli contra los franceses del África del Norte por intelectuales mediocres, cuya envidia ha encontrado en la traición su ejecutoria.

2.º Estudiar inmediatamente los medios necesarios para la creación urgente, vista la gravedad de la situación, de grupos que protejan a la población europea de África del Norte. El Comité actuará de acuerdo con los reprochables económicos, cultural y social sentantes de la isla y con las asociaciones a las que invita a constituir comisión especial.

El Comité se propone establecer contacto con los francocanadienses para rogarles recuerden a su antigua metrópoli las consecuencias de una política de la que ellos conocen los resultados nefastos.

No consentiremos que los Imperios que se han construido en ultramar se destruyan en París.»

OTRA VEZ PRESENCIA FRANCESA

Creí que con mi visita a los corsos había puesto fin a la encuesta realizada en los medios europeos de Túnez, cuando a los directivos de Presencia Francesa se les ocurrió organizar un mitin en el arrabal de Fochville Ben Anon.

Tomé un coche de caballos con mucha anticipación y, a pesar de todo, sin ninguna seguridad de llegar a tiempo, porque, desde que en África desembarcaron los megalómanos no se ha conocido una tribu más deliberadamente torpe que la de los cocheros de Túnez.

—Intentaré dar la vuelta por el cabo de Buena Esperanza, pero no se lo toleraré—fué mi optimista pensamiento.

Había unas quinientas personas en el local. Cuando entró en la sala aplaudieron al general Rime Bruneau, que, por lo que parece, se ha atribuido la misión de «mantener viva en África a la que hemos dado lo mejor de nosotros mismos, una acción que ha logrado que este país alcance un

nivel económico, cultural y social que, sin nosotros, no hubiera conseguido nunca.

¡Un general animando Presencia Francesa! La cosa hubiera prometido bastante si, en vez de 500, habrían asistido 50.000 personas al mitin (300.000 se congregaron en Túnez y en La Goleta para recibir a Burguiba).

Al general Rime Bruneau le acompañaba su correligionario el coronel Chevalier.

Si Presencia Francesa de Túnez actuara como lo hace Presencia Francesa de Marruecos, que la dirigieran un general y un coronel, no causaría sorpresa, sino estupor.

El coronel nos explicó el motivo de la reunión. Dijo que se encuentran ante la traición de una política que les obliga a abandonar un imperio colonial, y que el lema de los franceses de Túnez debe ser el mismo que el de los veteranos de Indochina: «Unión, todos unidos.»

Un señor que no se cómo se llama animó a los franceses a que repelieran la insurrección tunecina como los ingleses el levantamiento de los mau-mau.

Ya lo intentaron en diversas ocasiones, y, además, un árabe no es un mau-mau.

Tenía cierta curiosidad por oír al general Rime Bruneau. Me defraudó bastante. Se limitó a decir que los Convenios son nefastos y no deben ser ratificados.

Total, nada entre dos platos. A la salida no hubo ningún incidente. Los neodesturianos se desentendieron totalmente de la reunión de Presencia Francesa.

UN BUEN COLCHON Y UNA CONCIENCIA TRANQUILA

Una mañana el criado del hotel donde me alojo me preguntó si me había asustado mucho aquella noche.

—¿Por qué? ¿Ha habido ladrones?

—No. Ha estallado una bomba en el Centro de Información Americana y ha hecho volar el edificio.

—El Centro de Información Americana está en esta misma calle.

—A cinco portales de distancia del hotel.

—¿A qué hora?

—A la una y media.

Para dormir bien se necesitan dos cosas: un buen colchón y una conciencia tranquila. Las dos las tenía, pero hasta el extremo de que no le despierte a uno una bomba que convierte en cascote un edificio de tres pisos...

La noche anterior estuve cenando en Cartago, en la villa de los señores de Ojeda. Regresé a Túnez a las once y media y la explosión debió cogerme durante el primer sueño. Pero aun así.

Me acerqué al edificio donde estubo instalado el Centro de Información Americana. Estaba hecho migas. Las dos casas próximas habían sufrido daños. No quedaba un cristal en las ventanas.

Un grupo de tunecinos miraba los cascotes y sonreía.

—Presencia Francesa—dijo uno. Los demás asintieron.

Luis Antonio de Vega

MISTERIO EN TORNO AL DOBLE CRIMEN DE MONTFORT-L'AMAURY

Sensacional "affaire" en el que la Prensa y la Policía guardan el más absoluto silencio

UNA FIRMA EN BLANCO

El miércoles 1 de junio, a las siete de la mañana, abandonaba su chalet de Enghien Francis Bodenan. Cerró la puerta tras sí y entró rápido en el automóvil que había permanecido toda la noche ante la casa. Era un «Frégate» nuevo, de color verde suave, que comenzó a rodar buscando la carretera de Ruan.

Francis Bodenan no se detuvo en el camino nada más que un instante. Fué en las orillas del Sena, para fírar al agua un revólver de modelo antiguo. Luego, como si se hubiera desprendido de un gran peso, continuó viaje.

Sin embargo, en vez de tranquilizarse, Francis Bodenan llegó a Ruan en pésimas condiciones morales. El automóvil cruzó las calles y se detuvo, con un largo frenazo que asustó al muchacho que vendía los periódicos frente a la casa de Jean Capdeville, diputado del Sena-Marítimo y vicepresidente de la Comisión de la Defensa Nacional.

—Monsieur le president?

—No está—decía la sirvienta— ni tampoco su esposa.

Francis Bodenan debía ser muy conocido en la casa porque, a pesar de ello, entró apresuradamente. Cruzó—se declarará más tarde— las habitaciones de «recibir» y se presentó en el despacho donde la secretaria de Jean Capdeville trabajaba. Desde allí mismo, sin hacer muchos cumplidos, comenzó a llamar por teléfono a diversas personas. Nombres, los de algunos, que suenan mucho en los corredores de la Asamblea Nacional o en los negocios. «Cada uno de ellos fué retenido y controlado posteriormente por la Policía».

Cuando terminó de telefonar se volvió hacia la mujer:

—¿Quisiera que me hiciera un documento a máquina?

—¿Qué clase de documento? Bodenan no la contestó. Por encima de la mesa la alargó una hoja en blanco en la que sólo existía, en la parte inferior del

L'AFFAIRE de Montfort-l'Amaury

Interrogé par le juge d'instruction



Francis Bodenan

Francis Bodenan acapara la actualidad de las primeras páginas de la Prensa francesa

papel, una firma. Esa firma era la de Louis Robinard.

«Tan nervioso estaba—ha declarado al comisario Samson la empleada—que no me pudo dictar nada más que unas líneas del documento.»

Y es cierto. Tuvo que ser la secretaria de Capdeville, un poco asombrada del nervosismo de Bodenan, quien tuvo que hacer por sí misma el documento, una vez que éste la explicó, entrecortadamente, cuál era su deseo. La declaración, «firmada por Louis Robinard», decía que «se desligaba a Bodenan del compromiso de hacer frente a los 60 millones de francos, firmados en letras de Bodenan a Robinard, y que el negocio entre ambos quedaba terminado».

La secretaria se aturdió un poco, cuando a la hora de poner la

fecha, 1 de junio de 1955, se vió nerviosamente interrumpida por Bodenán:

—Ponga una fecha del mes de marzo.

Y así se hizo. Todavía, el misterioso visitante pasó unas horas en Ruan; pero a la caída de la tarde estaba nuevamente en París. Su coche nevoso se estacionaba nuevamente en el número 18 de la calle de la Iglesia, en Eghien. Pero ¿cuál era el motivo que le llevó tan urgentemente a ver al diputado del Sena-Marítimo?

Esta pregunta se la harían, al día siguiente, los policías de la primera Brigada Móvil. Su única respuesta fué la siguiente:

—Tenía necesidad de reflexionar y de ver a mis amigos.

Sin embargo, mientras el diputado socialista Jean Capdeville viajaba en visita oficial por el sur de Marruecos, a su amigo Francis Bodenán se le complicaba la existencia. Porque ese mismo día, 1 de junio, dos obreros agrícolas se sobresaltaban al borde de una carretera.

LA VIDA COMIENZA A LAS CINCO Y MEDIA DE LA MAÑANA

Eran las cinco y media de la mañana, cuando dos obreros agrícolas, «con su pala al hombro» —como declararían más tarde— cruzaban la carretera departamental 138 que conduce, a través del bosque de Montfort-l'Amaury a Saint Leger-en-Ivelines. Los dos hombres comentaban «que vendría un buen día», cuando al atravesar la alameda de las Siete Encinas tropezaron casi con un hombre herido.

«Nuestro susto fué enorme, sobre todo, al oírle decir con una voz muy débil: "¡Salvadme, os lo suplico!"»

Mientras que uno de los dos hombres intentaba confortar y reanimar al herido, el otro se dirigió hacia una camioneta estacionada a unos cincuenta metros.

—Pensaba— declaró— pedir auxilio al chofer y que fuera a comunicar a la gendarmería de Montfort-l'Amaury.

Tal era, según declaró posteriormente, su esperanza; pero a dos metros escasos de la camioneta, otro hombre, éste claramente muerto, estaba tendido en el suelo. La prueba, efectivamente, era dura. «Me sobrecogió el espanto de la situación», dijo el campesino.

Un ciclista que pasó por allí también camino de su trabajo, llevó la alarma a los gendarmes. Media hora después, a las seis, montaban guardia en la alameda de las Siete Encinas, que es donde se les encontró La alameda es un paseo agradable y muy conocido y frecuentado por algunos parisienses. Allí van, se dice, los enamorados y los que gustan del largo y bello paseo bajo los árboles. Pero el 1 de junio a pesar del sol mañanero, la cosa era muy distinta. La alameda parecía haberse convertido en el campo de batalla de un misterioso «arreglo de cuentas». Pero ¿entre quiénes?

DOS HOMBRES «BALEADOS» Y EL REVELADOR CONTENIDO DE LA CAMIONETA

Los gendarmes buscaron por tc-

das partes, en los alrededores, sin encontrar la menor huella sospechosa. La camioneta, «Citroen», de matrícula 3066-DA-75, estaba detenida a través del camino, como si otro vehículo la hubiera hecho apartarse y buscar la cuneta. Sobre el parabrisas se adivinaba claramente la huella de una bala. En la carrocería, igual que si se tratara de una batalla campal, los expertos certificaron impactos de balas de revólver del 6.35 y del 11.45.

Rápidamente se procedió a «establecer los hechos». Por lo pronto, importaba conocerse la identidad de los dos hombres. Uno de ellos, el herido, llevaba en el bolsillo documentación a nombre de Louis Robinard, comerciante. El muerto, simplemente, se llamaba Roger David Laaban.

En la primera reconstrucción de los hechos, el comisario Samson, de la primera Brigada Móvil, que se hizo cargo rápidamente del asunto, llegó a la conclusión de que el primer herido fué Laaban, que conducía, por una bala que entró en la camioneta por el cristal de la puerta izquierda. En el primer momento, Laaban cayó sobre el volante, pero haciendo un supremo esfuerzo de la voluntad, consiguió abrir la puerta y salir al camino. Allí, a los dos metros escasos de la camioneta, que era propiedad de Robinard, le alcanzó una segunda bala.

Su amigo mientras tanto, abrió la otra puerta y escapó a través de la floresta. Corrió teniendo en cuenta el lugar donde fué hallado herido, unas docenas de metros, hasta cruzar la calzada de Montfort-l'Amaury, donde fué alcanzado, finalmente, por una bala en la cabeza. El herido permaneció así, durante largas horas, hasta que a las cinco y media de la mañana, «cuando la vida comienza para los campesinos», dos obreros agrícolas le encontraron.

En el registro que se efectuó sobre la marcha, en la camioneta, se encontraron nada más que dos cosas de cierta importancia: tres cajas conteniendo cada una 32 botas de grasa y unos documentos bancarios, unas letras, por valor de dieciséis millones, firmadas por Robinard a Francis Bodenán.

LA AUTOPSIA DICE: «TRES ARMAS»

Louis Robinard ha muerto sin decir una sola palabra. Un policía ha guardado constantemente su cuarto. Se han tenido oídos finos constantemente cercanos a cualquier débil emisión de su voz. Pero de su garganta apenas han salido otras palabras que aquellas que imploraban la salvación o el dolor. Con su muerte, se llevaba el nombre de los asesinos.

Mientras tanto, la autopsia iba dando al comisario Samson los datos científicos. Uno de ellos, sorprendente.

Al principio teniendo en cuenta las balas encontradas, se pensaba sólo exclusivamente, en dos atacantes y en dos revólveres: uno, de 11.45 milímetros, y otro, del 6.35. Pero la autopsia de Robinard proporcionaba un elemento nuevo: se le extrajo del cráneo una bala de 8 milímetros. El arreglo de cuentas había sido completo. Los dos hombres estaban muertos y ninguno de los dos había podido decir una palabra que guiara a la Policía. El ensañamiento, además, fué cruel. Roger

David Laaban, según la autopsia, recibió, ya herido, un balazo en la cara, que le dispararon a menos de un metro de distancia de sus ojos, aun vivos.

Y todo ello, en el pacífico bosque de Montfort-l'Amaury, bajo la sombra de la alameda de las Siete Encinas.

También, al principio, se pensó que la muerte ocurriría hacia las diez y media de la noche.

LA HISTORIA DE LOS DOS HOMBRES

Louis Robinard, casado, con un hijo de once años, era un hombre metódico y afable. Desde hace veinte años, salvo los tiempos de la guerra, a las siete en punto abandonaba un almacén de sacos de yute que tenía en la calle Roquette y se dirigía hacia su casa. Últimamente lo hacía en su camioneta «Citroen», y poco tiempo después, directamente, llegaba a su casa, el número 4 de la calle de Las Flores, en el Stains.

Nada más quitarse la chaqueta se dirigía a la habitación de su hijo, Jean-Claude, y comenzaba a dirigir sus estudios. Una vida pacífica y hogareña. Sin embargo, de vez en cuando, pasaba unos días fuera, o no regresaba en la noche. Su mujer no se asombraba tampoco.

—Yo sabía— dice a la Policía— que sus negocios le obligaban a ir a provincias.

—¿Sabe usted qué clase de negocios?

—Los de los sacos.

—Sin embargo, señora, también se han encontrado en el almacén de la calle Roquette un depósito de neumáticos y otro de neveras.

Ni una cosa ni la otra le parecen a la mujer cosa de cuidado. Los tiempos están malos y su marido haría varias cosas al tiempo. Habla, sin embargo, de su carácter afable y de lo considerado que era en el comercio. Y en eso acierta. Según se van ampliando las pesquisas de la Policía se descubren dos cosas: que Robinard era un negociante muy considerado y que, sin embargo, realizaba negocios a veces no muy claros.

Su compañero, Roger David Laaban, de treinta y siete años, con tarjeta profesional de «editor», es un personaje más confuso. Su amistad con Louis Robinard data de los tiempos de la «Resistance». Ambos formaron parte de los grupos de sabotaje, y técnicamente, Robinard estuvo bajo las órdenes de Laaban (o Saban, como le conocían otros), que se distinguió durante ella bajo el sobrenombre de «Capitán Gallard».

Esta trabazón política de la «Resistance» tiene, todavía, en Francia, una gran importancia. En nombre de la «Resistance» se han cometido crímenes brutales sobre los que se ha tendido—y las palabras son de Arthur Koestler en su libro «Hieroglyphes»—un verdadero manto de silencio. Sea lo que sea, muchos hombres siguen unidos en los muertos. ¿Era éste el caso de Laaban y Robinard? ¿A qué partido político pertenecieron durante la Resistance? A ninguna de estas preguntas responde, ni tan siquiera inquiera, la Prensa francesa. Toda esa etapa es, prácticamente, tabú.

Las últimas noticias que se tienen de Roger David Laaban son las siguientes: Hasta hace algunos meses, su residencia habitual

estaba en Marsella. Luego, repentinamente, decidió ir a vivir a París. El primer hotel donde estuvo fué el de las «Deux Acacias», en el número 28 de la calle del Arco de Triunfo. Según la dueña del hotel, una señora que manifiesta por él muy poca simpatía, su primer día de estancia fué el 16 de enero.

Posteriormente, después de diversos incidentes provocados porque no pagaba con regularidad su pensión, el 2 de marzo la mujer le obligó a abandonar su habitación. Roger David Laaban se lleva consigo una pequeña y negra maleta, en la que van unas cuantas camisas. Puesta lleva su única ropa decente: un traje gris de rayas. Desde ese día, sin embargo, se pierde su rastro. ¿Encontró posteriormente a Robinard?

Parece que sí, porque, según ciertas informaciones de la Policía, recorrió algunas zonas agrícolas con determinados encargos comerciales de Robinard referentes a las compras de sacos de su negocio. Pero nadie sabe en qué momento, o en qué circunstancia, le asocia Robinard a sus negocios ocultos. Los negocios que les iban a llevar a los dos a la muerte. Por lo pronto, en el almacén de la calle Roquette, Robinard compra y vende los objetos más diversos, desde los sacos de yute, hasta las puertas de los refrigeradores, y recibe la visita de un misterioso personaje, y de actividades también múltiples y poco honestas, que había conocido durante los tiempos de la ocupación. Este viejo amigo, mezclado en la vida de los políticos y siempre con conocimientos ventajosos, le ofrece el negocio de suministrar un cargamento de grasa para las armas del Ejército. Ese hombre es Bodenan.

EL DÍA 2 DE JUNIO SE PRESENTA EL TESTIGO NUMERO UNO ANTE LA POLICIA

El día 1, en la tarde, regresó a París, como sabemos, Francis Bodenan. Los periódicos de la mañana no habían recogido todavía la noticia del doble asesinato de Montfort-l'Amaury. Francis Bodenan, por tanto, no sabe oficialmente nada; pero en la mañana del día 2, después de leer los periódicos, se presenta voluntariamente ante el comisario Samson. ¿Voluntariamente? Antes, a las cuatro de la madrugada, después de cumplidas algunas verificaciones, la primera Brigada Móvil había llamado por teléfono al domicilio de Bodenan.

Cogió el teléfono su mujer, que contestó diciendo que su marido no estaba en casa.

—¿Quién le llama?

—De la Policía. ¿Sabe usted dónde se encuentra?

—Salí para El Havre—explica la mujer.

Al otro lado cuelgan poco ceremoniosamente el teléfono. Cuando Francis Bodenan atraviesa la puerta de la Policía el reloj marca las once de la mañana. Durante horas, como el día antes en Ruán, Francisco Bodenan ha ido movilizándose una cadena invisible de personajes, de nombres importantes.

El comisario Samson le mira curiosamente. Los dos hombres conocen bien su oficio, y saben que, tal como están las cosas, con dos hombres «baleados» de mala ma-

nera las palabras de más son peligrosas. Así comienza la historia del negocio:

—¿De qué se trataba?

—De suministrar al ministerio de Defensa Nacional un cargamento de grasa para las armas, por valor de sesenta millones de francos.

—¿Aceptó Robinard participar en el negocio?

—Inmediatamente. Al día siguiente comienza a hacer las gestiones y rápidamente encarga la grasa a varios almacenistas al por mayor, encargados de la recuperación de stocks americanos de la guerra.

Una tras otra de las afirmaciones de Bodenan son controladas por la Policía. Todas son exactas. Se comprueba que Robinard había comprado a la Sociedad de Recuperación los dos millones de botes de grasa solicitados. Los botes, aunque comprados a muy bajo precio, no están en muy buenas condiciones, y Robinard los hace vaciar y llenar de nuevo en una fábrica de Gennivilliers, donde todavía se encuentran.

Las fórmulas del negocio son muy simples y sencillas. Según Bodenan, el ministerio de Defensa Nacional pagará por el suministro de la grasa sesenta millones de los que él exige, como comisión especial, veinte millones. Una vez de acuerdo, deciden firmarse, reciprocamente, unas «letras de Caballería», en las que Bodenan adeuda sesenta millones a Robinard, y Robinard veinte a Bodenan. Ambos se comprometen seriamente a no ponerlas en circulación nada más que cuando el ministerio de Defensa haya pagado la cantidad comprometida a través de Francis Bodenan.

Lo malo es que Louis Robinard, que no tiene dinero suficiente para pagar a la Empresa de Gennivilliers, les gira unas letras de Bodenan, advirtiéndoles uno las pongan en circulación hasta el momento en que se haya consumado el negocio.

Pero de todos, es Bodenan el que actúa de acuerdo con su profesión de estafador. Antes que Louis Robinard pueda impedirlo, pone en circulación cuatro millones de las letras de Robinard, que su Banca paga religiosamente. Sin embargo, cuando Robinard quiere, a su vez cobrar el anticipo en la Banca de Bodenan, se entera que éste no tiene un solo céntimo.

Desde ese momento las cosas se precipitan. Louis Robinard y Roger David Laaban apremian a Bodenan a que se cumpla el acuerdo con el ministerio de Defensa. Este les cita, un día determinado, en los mismos Centros oficiales donde se desenvuelve como en su propia casa. Le ven hablar con unos y con otros. Cuando vuelve, les da toda clase de seguridades.

Pero al cabo de unos días surgen relativas desconfianzas, y el problema vuelve a su cauce inicial. El día 31 de mayo, con las cabezas impacientes, Robinard y Laaban son convocados por teléfono por Bodenan para una cita ante el ministerio de Guerra. Son entonces las seis de la tarde. A las siete y cuarto, los dos socios abandonan la calle Roquette en la camioneta.

Desde ese momento, todos sus pasos son mortales. Cada instante tiene importancia.

A las siete y cuarenta y cinco minutos comen precipitadamente en un restaurante de la calle Charonne, justamente en el número 13. El número del mal agüero. El restaurante es uno muy popular: «Chez Paul». En la puerta espera la camioneta.

A las ocho, con la comida en la boca, los dos hombres entran en un cafetín de la calle Saint-Dominique, desde cuyas ventanas se adivina el ministerio de la Guerra, para encontrarse con Bodenan. Durante un cuarto de hora, los tres hombres discuten apasionadamente. Las palabras se mezclan con el ruido del bar, pero no sin que los camareros lo observen.

Según la declaración de Bodenan, declaración sin testigos, pretendió deshacer el negocio y consiguió de Robinard la firma en blanco para que se desligara éste del asunto. No hay que decir que ello parece totalmente imposible. Conociendo a Bodenan, Louis Robinard no hubiera dejado a éste nunca con tan peligroso documento. Más razones en contra: que aquella noche Robinard y Laaban llegaron al convencimiento de que dentro de unas horas se arreglaría completamente el asunto. A quien les tenía citados, seguramente en Saint-Leger-en-Ivelines, para resolver la situación. Llevaban en el coche tres cajas de botes de grasa como prueba de que la mercancía estaba preparada. ¿Quién les esperaba? Se habla, en el hoso silencio del «affaire», del chófer de un general. Lo cierto es que camino de la carretera 138, Louis Robinard tuvo un presentimiento y se detuvo en la casa de una amiga para dejarla un paquete cerrado. Sin embargo, Bodenan devolvió a Robinard las «letras», que seguía teniendo en su poder, por valor de 16 millones, que luego aparecieron en la camioneta. Pero, ¿fué así o las introdujo allí después de la «fusilada»?

Después siguieron su rumbo. Cuatro kilómetros antes de llegar a Saint-Leger, un coche se cruzó con ellos y comenzó el implacable fusilamiento. En los roles ese tiempo está contado entre las diez y las once y media de la noche. Una enfermera que cuidaba a un enfermo escuchó perfectamente los disparos. Pero no se decidió a llamar a la Policía, pensando que sería cualquier otra cosa.

Cuando el comisario Samson pregunta seriamente a Bodenan qué clase de participación tiene él en el asunto contesta con estas palabras:

—Únicamente se me puede acusar de estafa.

—¿Quién mató a Robinard y Laaban?

La respuesta deja a todos sorprendidos. El «affaire», que parecía ya al alcance de la mano, se vuelve confuso.

—Robinard y Laaban—dice—han muerto como resultado de un arreglo de cuentas entre espías. Ellos formaban parte de un grupo.

Después entrega al comisario una documentación en que, según él, se prueba lo que dice. Pero esto se merece otro reportaje.

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

Marcado con una cruz blanca aparece el lugar donde fue encontrado el cadáver de Robinard. El cuerpo de Laaban quedó junto a la camioneta que se ve al fondo, ocupada por las víctimas cuando recibieron la "fusilada" de tres armas.



MISTERIO EN TORNO AL DOBLE CRIMEN DE MONTFORT-L'AMAURY



David Laaban, a la izquierda, y Louis Robinard, víctimas del atentado en Montfort-l'Amaury

¿SE TRATA DE UN CASO DE ESPIONAJE?



Izquierda: M. Gapdeville, diputado socialista, uno de los encartados en el proceso, y a la derecha, F. Bodenan, la «vedette» del caso.

SENSACIONAL "AFFAIRE" EN EL QUE LA PRENSA Y LA POLICIA GUARDAN EL MAS ABSOLUTO SILENCIO

EN LA PAGINA 61 OFRECEMOS A NUESTROS LECTORES ESTE INTERRESANTISIMO REPORTAJE